Borges - Lugones - Papini
Tolstoi y otros

Antología del cuento extraño
1

Selección, traducción y
noticias biográficas de
Rodolfo J. Walsh

Lectulandia

Largos o breves, estos relatos tienen la característica común de describir insólitas experiencias o de situarse en un clima extraño en el que la realidad prosaica y cotidiana no halla cabida.

Lectulandia

AA. VV.

Antología del cuento extraño 1

Antología del cuento extraño

ePub r1.0
Ascheriit 18.05.14

Título original: *Antología del cuento extraño 1*
AA. VV., 1976
Selección y noticias biográficas: Rodolfo Walsh
Traducción: Rodolfo Walsh

Editor digital: Ascheriit
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

1
El misántropo
J. D. Beresford

JOHN DAVYS BERESFORD nació en 1873, en Peterborough, Inglaterra. Murió hace algunos años. Hijo de un pastor protestante, se radicó a los 18 años en Londres, donde estudió arquitectura. Ejerció su profesión varios años antes de dedicarse a las letras, lo que ocurrió hacia 1906. Publicó novelas y cuentos.

El más célebre de sus relatos —*El Misántropo*— ha recibido entre nosotros los honores del plagio. Recibe ahora el más modesto de la traducción.

Después que volví del islote y discutí el caso en sus distintos aspectos, empecé a preguntarme si aquel hombre no me habría tomado por tonto. Pero, en lo más profundo de mi conciencia, creo que no. Sin embargo, no puedo resistirme a la influencia de las risas que ha despertado mi relato. Aquí, en tierra firme, todo parece improbable, grotesco, estúpido. Pero en el islote la confesión de ese hombre resultaba absolutamente convincente. El escenario es todo, y quizá yo deba agradecer que las circunstancias que actualmente me rodean sean tan favorables a la normalidad. Nadie aprecia más que yo el misterio de la vida; pero cuando ese misterio implica dudar de uno mismo, me resulta más agradable olvidarlo. Naturalmente, no quiero creer en esa historia. De lo contrario tendría que admitir que soy un ser aborrecible. Y lo peor es que nunca acertaría a saber por qué soy aborrecible.

Antes de mi viaje, descartada la explicación fácil y trivial de que el hombre estaba loco, habíamos recurrido a las dos alternativas inevitables: el Crimen, el Amor Desengañado. Éramos humanos, éramos románticos, y tratábamos desesperadamente de no ser demasiado vulgares.

Ya antes un hombre había intentado lo mismo, y construyó o quiso construir una casa en el peñasco de Gulland; pero antes de que transcurrieran quince días se vio derrotado en su propósito, y lo que quedó de su construcción fue sacado de la isla y convertido en una capilla de hojalata. Aún está ahí. Todos fuimos a Trevone, y meditamos en torno a ella, abrigando la vaga esperanza de que alguno de nosotros, sin saberlo, tuviera condiciones de psicometrista.

Nada resultó de esa visita, salvo una ligera intensificación de aquellas teorías, que se estaban volviendo un poco rancias. Comparamos el primitivo fracaso de treinta y

cinco años atrás, la frustrada tentativa, con el éxito presente. Porque este nuevo misántropo había vivido en el Gulland todo el invierno, y aún vivía. En realidad, el hecho de su presencia en ese terrible peñasco era aceptado ahora por las gentes del lugar; para ellas, solo estaba un poco más loco que la remuneradora, reincidente multitud de visitas que este año interrumpían su viaje a Bedruthan con el propósito de pararse en la playa de Trevone y contemplar estúpidamente la choza apenas visible que como una excrecencia de forma cúbica se alzaba en aquel islote giboso y desolado.

Y eso lo hacíamos todos; mirábamos, sin un propósito definido, y meditábamos mucho. Poseído por lo que a la sazón me pareció un alocado espíritu de aventura, fui una noche a la eminencia del Cabo Gunver, y vi una luz en la distante cabaña, como una mancha de liquen dorado sobre el parásito del peñasco.

En aquella luz creí descubrir cierta apariencia de humanidad; y eso, junto con una secreta simpatía por el ermitaño —¿loco, criminal o amante desdichado?— que había huido del pestilente contacto de la ubicua multitud, fue lo que acabó de decidirme. Era, en realidad, una noche borrascosa, y yo me quedé hasta que la motita de luz amarilla se extinguió y ya solo pude ver, de tanto en tanto, a través de las tinieblas, un curvado dosel de espumas cuando el brazo del Faro de Trevone tocaba un rincón desnudo del lóbrego peñasco.

No fue difícil arribar a una decisión; pero mientras aguardaba la llegada del buen tiempo que permitiría viajar al bote que de tanto en tanto llevaba provisiones a la isla, situada a dos millas de tierra firme, sufrí alternados accesos de vacilación y nerviosidad. Y los soporté solo, porque había resuelto no mencionar mi aventura a ninguno de los miembros de nuestro grupo, hasta que la excursión se hubiera realizado. Pensarían que había salido a pescar. Y la llegada del botero, para anunciarme que el viento y la marea eran favorables aquella mañana, dio a mi excusa la necesaria verosimilitud. Yo lo había prevenido —y sobornado para que no diera a mis amigos el menor indicio sobre el propósito de mi salida.

Mi nerviosidad no disminuyó cuando al acercarnos a la roca vi la silueta de su único habitante esperando nuestra llegada. Me consolé pensando que al ver al inusitado pasajero de nuestra barca se pondría sobre aviso; pero me estremecí interiormente al considerar la necesidad de emplear un saludo convencional si quería al mismo tiempo presentarme y disculparme. Las formas consagradas por el uso civilizado eran irremediablemente incapaces de expresar mi simpatía; lejos de ello, creía yo, serían el síntoma inconfundible de la curiosidad. Me extrañó que nunca hubiera recibido a otros visitantes entrometidos, como, en efecto, me lo había asegurado explícitamente el barquero.

Mi desasosiego aumentó cuando nos aproximamos a la única abertura entre afiladas rocas que, estando la marea estacionaria, servía de puerto en miniatura. Tuve

la impresión de que el hombre que nos aguardaba al borde del agua me observaba. Y súbitamente me faltó el ánimo. Resolví no molestarlo con mi presencia, permanecer en el bote mientras descargaban la mercadería, y después volver con el barquero a Trevone. Y seguí este plan con tal decisión que cuando atracamos al minúsculo embarcadero, aparté obstinadamente la vista del hombre a quien venía a ver, y contemplé con solemnidad el abultado lomo de Trevone, que ahora se me aparecía bajo un aspecto enteramente nuevo.

La voz del ermitaño me arrancó de una abstracción perfectamente sincera.

—Buen tiempo tenemos hoy —dijo. Y me pareció descubrir en su acento cierta nerviosidad. Recordé que había dirigido la misma observación a los boteros, que ahora transportaban el cargamento a la cabaña.

Alcé la cabeza y me encontré con su mirada. Me observaba, en efecto, con extraña concentración, como si estuviera ansioso por captar el menor detalle de mi expresión.

—Muy bueno —asentí—. Pero estos dos últimos días han sido detestables. Se habrá encontrado usted algo desprovisto.

—He tomado mis precauciones. Tengo algunas reservas, ¿comprende? ¿Se aloja allá? —preguntó, señalando la bahía con un movimiento de cabeza.

—Por una semana o dos —repuse, y empezamos a hablar de los campos aledaños a Harlyn, con el entusiasmo de dos desconocidos que hallan un tópico común en una recepción aburrida.

—¿Nunca ha estado usted en el Gulland? —aventuró él, por fin, cuando ya los barqueros habían descargado sus mercaderías y se disponían, evidentemente, a marcharse.

—No, es la primera vez —contesté, vacilante, considerando que la invitación debía provenir de él. Pero él dejó la cuestión indecisa:

—Es un condenado lugar, y desde luego no hay nada que ver. No sé si le interesa a usted la pesca.

—Bastante —repuse con entusiasmo.

—Del otro lado del peñasco —prosiguió él—, hay aguas profundas. Cuando el tiempo es favorable, se pescan unos róbalos espléndidos. —Hizo una pausa antes de añadir—: Esta tarde será magnífica para pescar.

—Quizá podría volver… —murmuré, pero el botero me interrumpió en seguida.

—Si quiere volver, tendrá que ser mañana —advirtió—. Solo hay marea favorable cada doce horas.

—Bueno, si quiere usted quedarse… —ofreció el ermitaño.

—¡Gracias! —repuse—. Es usted muy amable. Me quedaré, encantado.

Y me quedé, dejando claramente establecido que la barca vendría a buscarme a la mañana siguiente. A primera vista, no había nada excesivamente extraño en el

hombre del Gulland. Me dijo que se llamaba William Copley, mas al parecer no estaba emparentado con los Copley que yo conocía. Afeitado, habría parecido un inglés enteramente vulgar pasando sus vacaciones en un lugar agreste.

Calculé que su edad oscilaba entre los treinta y los cuarenta años.

Solo dos cosas me parecieron un poco extrañas durante aquella tarde que pasamos dedicados a una exitosa pesca. La primera, su intensa mirada indagadora, que parecía sondearlo a uno hasta lo más profundo. La segunda, una inexplicable devoción por un ritual muy singular. A medida que crecía nuestra intimidad, iba dejando de lado la cortesía formal que le imponía su calidad de anfitrión; pero siempre insistía en un detalle que en un comienzo supuse no era más que la convencional ceremonia de dejar paso a su huésped.

Nada podía inducirle a adelantárseme. Marchó detrás de mí incluso cuando me llevó a conocer los pequeños recovecos de su isla (el único metro cuadrado enteramente plano en toda la extensión de la misma era el piso de la choza). Pero después observé que aquella peculiaridad iba aún más lejos, y que ni por un solo instante quería volverme la espalda.

Ese descubrimiento me intrigó. Yo excluía aún la explicación de la locura. Los modales y la conversación de Copley eran convincentemente normales. Pero recaí en aquellas dos sugerencias que ya se habían formulado, y las perfeccioné. Imposible evitar la inferencia de que este hombre, de algún modo, me temía; mas no acertaba a decidir si era un fugitivo de la justicia —alguna clase de justicia—, o de la venganza; quizá de una «*vendetta*». Ambas teorías parecían explicar su mirada intensa e inquisitiva. Deduje que su deseo de sentirse acompasado se había vuelto tan fuerte, que había resuelto afrontar el riesgo de que yo fuera un emisario enviado por alguna persona exquisitamente romántica (a mi modo de ver) que deseaba la muerte de Copley. Recordé algunas de las maravillosas fantasías de los novelistas y me deleité con ellas. Me pregunté si podría hacer hablar a Copley convenciéndolo de mi inocencia. ¡Cómo me estremeció esta perspectiva!

Pero la explicación vino sin esfuerzo de mi parte. Me envió fuera de la cabaña mientras preparaba la cena, una cena excelente, dicho sea de paso. En seguida comprendí sus motivos: no podía arreglárselas para cocinar y poner la mesa sin darme la espalda. Una cosa, sin embargo, me intrigó un poco: tan pronto como salí, bajó la cortina de la pequeña ventana cuadrada.

Naturalmente, yo no puse reparos. Bajé al borde del mar —era una tarde espléndida— y esperé hasta que me llamó. Permaneció en la puerta de la choza hasta que llegué a unos pocos pies de distancia; después retrocedió y tomó asiento de espaldas a la pared.

Mientras cenábamos hablamos de la pesca de la tarde, pero cuando encendimos la pipa, acabada la cena, dijo de pronto:

—No veo por qué no he de decírselo.

Como un necio, aprobé ansiosamente. Me habría sido tan fácil disuadirlo…

—Empezó cuando yo era niño —dijo—. Mi madre me encontró llorando en el jardín. Y yo solo pude decirle que Claude, mi hermano mayor, tenía un aspecto «horrible». Durante varios días, en efecto, verlo me resultó intolerable. Pero como yo era un niño perfectamente normal, esta pequeña manía no inquietó demasiado a mis padres. Creyeron que Claude me había hecho una mueca y me había asustado. Pero al fin mi padre me dio una tunda.

»Esa paliza debió servirme de advertencia. Sea como fuere, hasta que tuve casi diecisiete años no volví a mencionar a nadie mi peculiaridad. Estaba avergonzado de ella, desde luego. Y en cierto modo, aún lo estoy.

Se interrumpió, bajando la vista; apartó el plato y cruzó los brazos sobre la mesa. Yo desfallecía, por preguntarle algo, pero temía interrumpirlo. Después de vacilar un instante, levantó la cabeza y clavó en la mía su mirada, pero desprovista ya de aquella expresión inquisitiva. Más bien parecía buscar comprensión.

—Se lo dije al rector de mi escuela —prosiguió—. Era un hombre excelente, y se mostró muy comprensivo; tomó en serio todo lo que yo le conté y me aconsejó que consultara a un oculista. Fui en las vacaciones con mi padre (ahora le había dado una explicación más razonable de mi problema). Me llevó al mejor oculista de Londres. El oculista demostró un interés enorme, y ello prueba que debe haber algo de cierto en todo esto. No puede ser simple imaginación, porque realmente me encontró un defecto en la vista; algo enteramente nuevo, según él. Una nueva forma de astigmatismo; pero, desde luego, me indicó que ninguna clase de lentes podría serme útil.

—Pero ¿cómo…? —interrumpí, incapaz ya de contener mi curiosidad.

Copley vaciló y bajó los ojos.

—El astigmatismo, como usted sabe —dijo—, es «un defecto visual (repito la definición del diccionario; la sé de memoria, y a menudo vuelvo a pensar en ella, azorado) que hace que las imágenes de los ejes que poseen cierta dirección se vean borrosamente, mientras que las de ejes perpendiculares a los anteriores se ven con nitidez». En mi caso, ocurre que mi vista es perfectamente normal salvo cuando miro a alguien por encima del hombro.

Alzó la cabeza, con expresión casi patética. Advertí su esperanza de que yo comprendiera sin nuevas explicaciones.

Pero no pude ocultar mi desconcierto. ¿Qué relación existía entre ese insignificante defecto visual y la reclusión de Copley en la roca de Gulland?

Expresé mi perplejidad con un fruncimiento de cejas.

—Pero, no comprendo… —dije.

Él vació su pipa y empezó a raspar el hornillo con su cortaplumas.

—Mi astigmatismo es también moral —dijo—. O por lo menos, me da cierta clase de penetración moral. Me parece inevitable darle ese nombre. En algunos casos he demostrado… —Bajó la voz. Al parecer, estaba absorto en la operación de limpiar su pipa, que miraba fijamente.

»Normalmente, ¿comprende usted?, cuando miro a las personas frente a frente, las veo como todos los demás. Pero cuando las miro por encima del hombro… ¡oh! Entonces veo todos sus vicios y defectos. Sus rostros permanecen en cierto sentido iguales, es decir, perfectamente reconocibles, pero deformados… bestiales. Ahí tiene, por ejemplo, el caso de mi hermano Claude. Era un muchacho de agradable aspecto. Pero cuando yo lo miré… de esa manera… tenía una nariz como un loro, parecía al mismo tiempo débil y voraz… y vicioso. —Se interrumpió, estremeciéndose levemente, y después prosiguió—: Ahora sabemos que era así. Acaba de cometer un desfalco en la Bolsa. Una vulgar estafa…

»Después fue Denison, el rector de mi escuela. Un hombre tan decente, en apariencia. Nunca lo miré de ese modo hasta que terminó mi último año de estudios. Yo me había acostumbrado, con más o menos dificultad, a no mirar nunca por encima del hombro, ¿comprende usted? Pero a menudo caía en la trampa. Y este fue, uno de esos casos. Yo integraba el equipo de fútbol de la escuela, que aquel día jugaba contra “Old Boys”. En el momento de entrar en la cancha, Denison me gritó: “Buena suerte, muchacho”, y yo me olvidé y lo miré por encima del hombro…

Yo aguardaba, suspenso, y al advertir que no seguía, lo apremié:

—¿Él también era… así? —Copley asintió.

—Era débil, pobre diablo. No había nada de malo en sus ojos, pero estaban en pugna con su boca; no sé si usted me entiende. Cuatro años más tarde se habría producido un terrible escándalo en la escuela si no hubieran echado tierra a cierto asunto. Denison se vio obligado a salir del país.

»Después, si quiere usted más ejemplos, estaba el oculista… Un hombre atlético, espléndido. Desde luego, me pidió que lo mirara por encima del hombro, para ponerme a prueba. Me preguntó qué veía; yo se lo dije, con bastante aproximación. Por un instante se puso pálido. Era un sensual, ¿comprende usted? Y cuando yo lo miré de ese modo, me pareció un viejo cerdo sucio.

»El verdadero golpe de gracia —prosiguió después de un intervalo— fue la ruptura de mi compromiso con Helen. Estábamos terriblemente enamorados, y yo le conté mi problema. Se mostró muy comprensiva, y también, creo, algo sentimental y romántica. Creía que yo era víctima de un hechizo. En todo caso, según su teoría, si yo alguna vez llegaba a ver, mirando de ese modo, a alguien verdaderamente sano y normal, terminarían mis tribulaciones… se rompería el hechizo. Y naturalmente ella quería ser ese alguien. No resistí demasiado a sus ruegos. Supongo que la quería. De todas maneras, yo pensaba que ella era la perfección y que sería sencillamente

imposible encontrarle defectos. Cedí, pues, y la miré de ese modo…

Su voz tenía ahora una monótona entonación de abatimiento, como si el relato de la tragedia final de su vida le hubiera traído la indiferencia de la desesperación.

—La miré —prosiguió— y vi una criatura sin mentón, con ojos perrunos y aguachentos. Una muchacha fiel y pegajosa… ¡uff! No puedo… Nunca volví a hablarle.

»Eso me derrumbó, ¿sabe usted? Después, ya cesó de importarme. Empecé a mirar a todo el mundo de esa manera, hasta que sentí la necesidad de alejarme de los seres humanos. Estaba viviendo en un mundo de bestias. Los fuertes eran viciosos y criminales; y los débiles eran detestables. No podía soportarlo. Al fin, tuve que venir aquí para apartarme de todos.

En aquel momento se me ocurrió una idea.

—¿Alguna vez se ha mirado al espejo? —le pregunté.

Asintió.

—No soy mejor que los demás —dijo—. Por eso me he dejado crecer esta sucia barba. Aquí no tengo espejo.

—¿Y no puede usted caminar entre los hombres con el cuello rígido, por así decirlo, mirándolos de frente?

—La tentación es demasiado fuerte —dijo Copley—. Y crece cada vez más. Supongo que en parte obedece a simple curiosidad; pero, en parte, a la momentánea sensación de superioridad que uno experimenta. Cuando los ve de esa manera, olvida cómo es usted por dentro. Pero al cabo de un tiempo se siente asqueado.

—Y usted… —dije y vacilé. Quería saber, pero me dominaba un miedo terrible —. Usted —empecé nuevamente—… ¿aún no me ha mirado… a mí… de esa manera?

—Aún no —dijo.

—¿Cree usted que…?

—Probablemente. No lo parece, desde luego. Pero los otros tampoco.

—¿No tiene la menor idea de cómo me vería, si me mirase así?

—En absoluto. He tratado de adivinarlo, pero no puedo.

—¿Quiere usted…?

—Ahora no —respondió ásperamente—. Cuando esté a punto de irse, quizá.

—¿Está usted seguro, entonces…?

Asintió, con atroz seguridad. Me fui a dormir, pensando si la teoría de Helen no sería cierta, y si acaso yo no podría deshacer el hechizo del infortunado Copley.

A la mañana siguiente, poco después de las once, vinieron a buscarme los boteros.

Yo había dominado en parte el sentimiento de supersticioso terror que me asaltara la noche antes, y no había repetido mi ruego a Copley; él, por su parte, tampoco se había ofrecido a indagar en los rincones tenebrosos de mi alma.

Me acompañó hasta el embarcadero y me estrechó la mano cordialmente, pero no me dijo que volviera a visitarlo.

Y luego, en el preciso instante en que la barca se ponía en movimiento, se volvió hacia la cabaña y me miró por sobre el hombro. Fue solo una mirada, muy rápida.

—Un momento —ordené a los barqueros, e incorporándome lo llamé:

—¡Eh, Copley! —grité.

Él se volvió para mirarme de frente, y advertí que su cara estaba transfigurada. Tenía una expresión de estúpido asco y repugnancia, semejante a la que yo había visto, cierta vez, en la cara de un niño idiota acometido de náuseas.

Me dejé caer en el bote y le volví la espalda. Entonces me pregunté si era así como él mismo se había visto en el espejo. Mas a partir de entonces solo me he preguntado qué vio él en mí… Y jamás podré volver para preguntárselo.

2
La estatua de sal
Leopoldo Lugones

Poeta de inagotables recursos verbales y pictóricos (*Las Montañas del Oro*, *Los Crepúsculos del Jardín*, *Lunario Sentimental*, *Odas Seculares*, *Poemas Solariegos*, *Romances de Río Seco*), historiador ocasional (*Las Misiones Jesuíticas*), ensayista (*El Payador*), biógrafo de Ameghino y Sarmiento, frustrado novelista (*El Ángel de la Sombra*), político y estudioso, LEOPOLDO LUGONES cultivó también el cuento fantástico, con exacto conocimiento de la técnica narrativa. Sus relatos están reunidos en dos libros: *Las Fuerzas Extrañas* y *Cuentos Fatales*.

Nació Lugones en Río Seco, provincia de Córdoba, en 1871. Murió en el Tigre, en 1938.

He aquí cómo refirió el peregrino la verdadera historia del monje Sosistrato:

—Quien no ha pasado alguna vez por el monasterio de San Sabas, diga que no conoce la desolación. Imaginaos un antiquísimo edificio situado sobre el Jordán, cuyas aguas saturadas de arena amarillenta, se deslizan ya casi agotadas hacia el Mar Muerto, por entre bosquecillos de terebintos y manzanos de Sodoma. En toda aquella comarca no hay más que una palmera cuya copa sobrepasa los muros del monasterio. Una soledad infinita, solo turbada de tarde en tarde por el paso de algunos nómades que trasladan sus rebaños; un silencio colosal que parece bajar de las montañas cuya eminencia amuralla el horizonte. Cuando sopla el viento del desierto, llueve arena impalpable; cuando el viento es del lago, todas las plantas quedan cubiertas de sal. El ocaso y la aurora confúndense en una misma tristeza. Solo aquellos que deben expiar grandes crímenes, arrostran semejantes soledades. En el convento se puede oír misa y comulgar. Los monjes que no son ya más que cinco, y todos por lo menos sexagenarios, ofrecen al peregrino una modesta colación de dátiles fritos, uvas, agua del río y algunas veces vino de palmera. Jamás salen del monasterio, aunque las tribus vecinas los respetan porque son buenos médicos. Cuando muere alguno, lo sepultan en las cuevas que hay debajo a la orilla del río, entre las rocas. En esas cuevas anidan ahora parejas de palomas azules, amigas del convento; antes, hace ya muchos años, habitaron en ellas los primeros anacoretas, uno de los cuales fue el

monje Sosistrato cuya historia he prometido contaros. Ayúdeme Nuestra Señora del Carmelo y vosotros escuchad con atención. Lo que vais a oír, me lo refirió palabra por palabra el hermano Porfirio, que ahora está sepultado en una de las cuevas de San Sabas, donde acabó su santa vida a los ochenta años en la virtud y la penitencia. Dios lo haya acogido en su gracia. Amén.

Sosistrato era un monje armenio, que había resuelto pasar su vida en la soledad con varios jóvenes compañeros suyos de vida mundana, recién convertidos a la religión del crucificado. Pertenecía, pues, a la fuerte raza de los estilitas. Después de largo vagar por el desierto, encontraron un día las cavernas de que os he hablado y se instalaron en ellas. El agua del Jordán, los frutos de una pequeña hortaliza que cultivaban en común, bastaban para llenar sus necesidades. Pasaban los días orando y meditando. De aquellas grutas surgían columnas de plegarias, que contenían con su esfuerzo la vacilante bóveda de los cielos próxima a desplomarse sobre los pecados del mundo. El sacrificio de aquellos desterrados, que ofrecían diariamente la maceración de sus carnes y la pena de sus ayunos a la justa ira de Dios, para aplacarla, evitaron muchas pestes, guerras y terremotos. Esto no lo saben los impíos que ríen con ligereza de las penitencias de los cenobitas. Y, sin embargo, los sacrificios y las oraciones de los justos son los clavos del techo del universo.

Al cabo de treinta años de austeridad y silencio, Sosistrato y sus compañeros habían alcanzado la santidad. El demonio, vencido, aullaba de impotencia bajo el pie de los santos monjes. Estos fueron acabando sus vidas uno tras otro, hasta que al fin Sosistrato se quedó solo. Estaba muy viejo, muy pequeñito. Se había vuelto casi transparente. Oraba arrodillado quince horas diarias, y tenía revelaciones. Dos palomas amigas, traíanle cada tarde algunos granos y se los daban a comer con el pico. Nada más que de eso vivía; en cambio olía bien como un jazminero por la tarde. Cada año, el viernes doloroso, encontraba al despertar, en la cabecera de su lecho de ramas, una copa de oro llena de vino y un pan con cuyas especies comulgaba absorbiéndose en éxtasis inefables. Jamás se le ocurrió pensar de dónde vendría aquello, pues bien sabía que el señor Jesús puede hacerlo. Y aguardando con unción perfecta el día de su ascensión a la bienaventuranza, continuaba soportando sus años. Desde hacía más de cincuenta, ningún caminante había pasado por allí.

Pero una mañana, mientras el monje rezaba con sus palomas, estas, asustadas de pronto, echaron a volar abandonándolo. Un peregrino acababa de llegar a la entrada de la caverna. Sosistrato, después de saludarlo con santas palabras, lo invitó a reposar indicándole un cántaro de agua fresca. El desconocido bebió con ansia como si estuviera anonadado de fatiga; y después de consumir un puñado de frutas secas que extrajo de su alforja, oró en compañía del monje.

Transcurrieron siete días. El caminante refirió se peregrinación desde Cesárea a orillas del Mar Muerto, terminando la narración con una historia que preocupó a

Sosistrato.

—He visto los cadáveres de las ciudades malditas —dijo una noche a su huésped —; he mirado humear el mar como una hornalla, y he contemplado lleno de espanto a la mujer de sal, la castigada esposa de Lot. La mujer está viva, hermano mío, y yo la he escuchado gemir y la he visto sudar al sol del mediodía.

—Cosa parecida cuenta Juvencus en su tratado *De Sodoma* —dijo en voz baja Sosistrato.

—Sí, conozco el pasaje —añadió el peregrino—. Algo más definitivo hay en él todavía; y de ello resulta que la esposa de Lot ha seguido siendo fisiológicamente mujer. Yo he pensado que sería obra de caridad libertarla de su condena…

—Es la justicia de Dios —exclamó el solitario

—¿No vino Cristo a redimir también con su sacrificio los pecados del antiguo mundo? —replicó suavemente el viajero, que parecía docto en letras sagradas—. ¿Acaso el bautismo no lava igualmente el pecado contra la Ley que el pecado contra el Evangelio?…

Después de estas palabras, ambos entregáronse al sueño. Fue aquella la última noche que pasaron juntos. Al siguiente día el desconocido partió, llevando consigo la bendición de Sosistrato; y no necesito deciros que, a pesar de sus buenas apariencias, aquel fingido peregrino era Satanás en persona.

El proyecto del maligno fue sutil. Una preocupación tenaz asaltó desde aquella noche el espíritu del santo. ¡Bautizar la estatua de sal, libertar de su suplicio aquel espíritu encadenado! La caridad lo exigía, la razón argumentaba. En estas luchas transcurrieron meses, hasta que por fin el monje tuvo una visión. Un ángel se le apareció en sueños y le ordenó ejecutar el acto.

Sosistrato oró y ayunó tres días, y en la mañana del cuarto, apoyándose en su bordón de acacia, tomó, costeando el Jordán, la senda del Mar Muerto. La jornada no era larga, pero sus piernas cansadas apenas podían sostenerlo. Así marchó durante dos días. Las fieles palomas continuaban alimentándolo como de ordinario, y él rezaba mucho, profundamente, pues aquella resolución afligíalo en extremo. Por fin, cuando sus pies iban a faltarle, las montañas se abrieron y el lago apareció.

Los esqueletos de las ciudades destruidas iban poco a poco desvaneciéndose. Algunas piedras quemadas, era todo lo que restaba ya: trozos de arco, hileras de adobes carcomidos por la sal y cimentados en betún… El monje reparó apenas en semejantes restos, que procuró evitar a fin de que sus pies no se manchasen a su contacto. De repente, todo su viejo cuerpo tembló. Acababa de advertir hacia el sur, fuera ya de los escombros, en un recodo de las montañas desde el cual apenas se los percibía, la silueta de la estatua.

Bajo su manto petrificado que el tiempo había roído, era larga y fina como un fantasma. El sol brillaba con límpida incandescencia, calcinando las rocas, haciendo

espejear la capa salobre que cubría las hojas de los terebintos. Aquellos arbustos, bajo la reverberación meridiana, parecían de plata. En el cielo no había una sola nube. Las aguas amargas dormían en su característica inmovilidad. Cuando el viento soplaba, podía escucharse en ellas, decían los peregrinos, cómo se lamentaban los espectros de las ciudades.

Sosistrato se aproximó a la estatua. El viajero había dicho verdad. Una humedad tibia cubría su rostro. Aquellos ojos blancos, aquellos labios blancos, estaban completamente inmóviles bajo la invasión de la piedra, en el sueño de sus siglos. Ni un indicio de vida salía de aquella roca. El sol la quemaba con tenacidad implacable, siempre igual desde hacía miles de años; y sin embargo, esa efigie estaba viva puesto que sudaba. Semejante sueño resumía el misterio de los espantos bíblicos. La cólera de Jehová había pasado sobre aquel ser, espantosa amalgama de carne y de peñasco. ¿No era temeridad el intento de turbar ese sueño? ¿No caería el pecado de la mujer maldita sobre el insensato que procuraba redimirla? Despertar el misterio es una locura criminal, tal vez una tentación del infierno. Sosistrato, lleno de congoja, se arrodilló a orar en la sombra de un bosquecillo.

Cómo se verificó el acto, no os lo voy a decir. Sabed únicamente que cuando el agua sacramental cayó sobre la estatua, la sal se disolvió lentamente, y a los ojos del solitario apareció una mujer, vieja como la eternidad, en vuelta en andrajos terribles, de una lividez de ceniza, flaca y temblorosa, llena de siglos. El monje que había visto al demonio sin miedo, sintió el pavor de aquella aparición. Era el pueblo réprobo que se levantaba en ella. Esos ojos vieron la combustión de los azufres llovidos por la cólera divina sobre la ignominia de las ciudades; esos andrajos estaban tejidos con el pelo de los camellos de Lot; ¡esos pies hollaron las cenizas del incendio del Eterno! Y la espantosa mujer le habló con su voz antigua.

Ya no recordaba nada. Solo una vaga visión del incendio, una sensación tenebrosa despertada a la vista de aquel mar. Su alma estaba vestida de confusión. Había dormido mucho, un sueño negro como el sepulcro. Sufría sin saber por qué, en aquella sumersión de pesadilla. Ese monje acababa de salvarla. Lo sentía. Era lo único claro en su visión reciente. Y el mar… el incendio… la catástrofe… las ciudades ardidas… todo aquello se desvanecía en una clara visión de muerte. Iba a morir. Estaba salvada, pues. ¡Y era el monje quien la había salvado!

Sosistrato temblaba, formidable. Una llama roja incendiaba sus pupilas. El pasado acababa de desvanecerse en él, como si el viento de fuego hubiera barrido su alma. Y solo este convencimiento ocupaba su conciencia: ¡la mujer de Lot estaba allí! El sol descendía hacia las montañas. Púrpuras de incendio manchaban el horizonte. Los días trágicos revivían en aquel aparato de llamaradas. Era como una resurrección del castigo, reflejándose por segunda vez sobre las aguas del lago amargo. Sosistrato acababa de retroceder en los siglos. Recordaba. Había sido actor en la catástrofe. Y

esa mujer, ¡esa mujer le era conocida!

Entonces una ansia espantosa le quemó las carnes. Su lengua habló, dirigiéndose a la espectral resucitada:

—Mujer, respóndeme una sola palabra.

—Habla… pregunta…

—¿Responderás?

—¡Sí, habla; me has salvado!

Los ojos del anacoreta brillaron, como si en ellos se concentrase el resplandor que incendiaba las montañas.

—Mujer, dime qué viste cuando tu rostro se volvió para mirar.

Una voz anudada de angustia, le respondió:

—Oh, no… ¡Por Elohim, no quieras saberlo!

—¡Dime qué viste!

—No… no… ¡Sería el abismo!

—Yo quiero el abismo.

—Es la muerte…

—¡Dime qué viste!

—¡No puedo… no quiero!

—Yo te he salvado.

—No… no…

El sol acababa de ponerse.

—¡Habla!

La mujer se aproximó. Su voz parecía cubierta de polvo; se apagaba, se crepusculizaba, agonizando.

—¡Por las cenizas de tus padres!…

—¡Habla!

Entonces aquel espectro aproximó su boca al oído del cenobita, y dijo una palabra. Y Sosistrato, fulminado, anonadado, sin arrojar un grito, cayó muerto. Roguemos a Dios por su alma.

3
Alrededores de la ausencia
Noël Devaulx

De NOËL DEVAULX, escritor francés contemporáneo, solo sabemos que es o ha sido viajante de comercio, que Jean Paulhan —en el postfacio a L'Auberge Parpillon— lo considera autor de «alegorías sin explicación y parábolas sin clave», «poeta oscuro», y que; acaso en contradicción con esos juicios, le debemos esta fábula transparente, plena de ternura y simple belleza.

Estaba leyendo en el quiosco chino cuando un campanilleo tan leve que habría podido creerse un engaño del viento me hizo dejar a un lado el libro y aguardar una confirmación. Y en efecto, luego se oyó un segundo llamado, aún más incierto y menos diverso de los ruidos del campo. Salí del pabellón echando pestes contra el intruso, algún vagabundo que acudía a mendigar pan antes del viernes, día en que se lo distribuye a los pobres, cuando vi una chiquilla de ocho a diez años que en puntas de pie trataba de alcanzar el cordón para llamar por tercera vez. Había dejado, junto a ella, una maletita como las que yo solía preparar de niño, para mis viajes imaginarios, pero envuelta en una funda que a mí no se me habría ocurrido y que daba visos de autenticidad a ese vagabundeo precoz. Por fin alcanzó el cordón provocando un sostenido repiqueteo que la dejó totalmente aturdida, tanto más cuanto que los postigos de la cocina restallaron y apareció en el umbral el ama de llaves, muy tiesa en su ropa de domingo y dispuesta a dar una lección a la descarada, sorprendida en flagrante delito. Me adelanté para evitar un drama, escoltado de cerca por *Madame* Grande Yvonne, nombre que la gobernanta debe a mi hermana mayor, de quien fue nodriza, y al cual se ha agregado el título de «*Madame*» para consagrar sus altas funciones.

—¿A dónde vas, pequeña? —le pregunté con ese tono con que intentaba simular ante los pilletes ladrones y depredadores de nidos una severidad de propietario, y que reforzaba aún más la costumbre que tengo de aconsejar paternalmente a los niños.

—Aquí —respondió.

No pude disimular una sonrisa, y ella, que sin duda aguardaba ansiosamente el resultado de su treta, rompió a reír, tranquilizada, con una confianza que me conmovió.

Del mismo lado de la reja y de las convenciones, *Madame* Grande Yvonne y yo

examinamos estupefactos a aquella visitante extenuada pero decidida, encantadora aunque vestida como una pobre, y sin confesárnoslo ya habíamos consumado la mitad de la traición. Así entró ella en nuestra casa, en nuestras vidas —digo «nuestras» porque mi mayordomo con faldas fue conquistado tan rápidamente como su amo—, con tanta naturalidad como si siempre hubiéramos formado parte de su imperio infantil.

Aquella misma noche, cuando se quedó dormida (cosa que conseguimos no sin dificultad, debido, creo, al enervamiento del viaje, o a nuestra torpeza, pues tan pronto la reñíamos como la acunábamos), celebramos un consejo, en el que después de haber cambiado graves reflexiones sobre la tristeza de los tiempos y el abandono de la infancia, y de haber examinado minuciosamente das hipótesis más pesimistas sobre el sentido moral de los padres, confeccionamos la lista del ajuar, de las provisiones y aun el programa de estudios, que no puedo releer sin reírme: estaba lejos de pensar que mi humilde colaboradora desempeñaría en esto un papel rector, por su competencia en los quehaceres domésticos y su conocimiento de las cosas del campo. A tal punto exageramos nuestras propias luces…

La casa es lo más incómoda que se pueda imaginar y toda en corredores; una casa solariega que han desfigurado sucesivamente los granjeros que la arrendaron mucho tiempo y el gusto por un medioevo excesivo que profesaba la tía de quien la heredé. La fachada, un poco seca, cuidadosamente desahogada de rosales trepadores y de las asimetrías que en ella aclimataba la vida, es de un hermoso fin de siglo XV. Sobre el granito se destacan los marcos de la puerta y de las ventanas, en piedra azulada de Kersanton. Ese rostro terroso de ojeras profundas se rodea de geranios frescos y de rosas, como de una vieja beldad.

A no ser por el absurdo de un quiosco chino de vidrios multicolores, por las yucas, por un presuntuoso jardín de invierno, el conjunto no estaría desprovisto de armonía. Un huerto rodeado de gruesos muros favorables a las plantas trepadoras, rebosante de flores y legumbres, prolonga la casa, de la que está separado por una zanja antaño unida al estanque, pero que hoy parece no tener otra razón de ser que esa encantadora pasarela sobre la que se abre la puerta de la torre. Una higuera se agobia hasta rozar las ventanas de la trascocina. Cada una de las tres entradas restantes se halla en mitad de un muro, de suerte que los cuadros están repartidos con tierna simetría entre dos alamedas perpendiculares. En el centro, los castaños circundan un estanque encenagado por las hojas muertas. El recinto está tan bien protegido por sus altos muros y el ruedo de árboles, que una mimosa ha consentido en instalarse en él, seducida por el zumbido de las abejas. Vista de aquí, con su ancho tejado que se inclina para abrigar la torrecilla, la casa cuya fachada es quizá demasiado grave me parece más dulce y más familiar.

Este doble carácter de vieja barraca conmovedora y de mansión señorial vuelve a

encontrarse en la disposición de sus dependencias. Raras son las habitaciones de acceso directo. Algunas se abren sobre la escalera de caracol, otras en corredores sombríos, limitados por las paredes de inmensas salas. Este loteo, practicado con tanto acierto como en los terrenos suburbanos, ha cortado en dos una gran chimenea o un ajimez cuyo arquibanco ha sido sacrificado. Es justo añadir que las paredes de abeto están cubiertas de falsos tapices a los que indefinidas hileras paralelas de leones rampantes dan cierta atmósfera heráldica.

Los cuartos serían tristes si el paisaje que desde ellos se contempla no fuera una fuente siempre renovada de satisfacción y de paz. Una avenida majestuosa, concebida para el regreso de las partidas de caza sobre la blanda alfombra del otoño, donde ya no se aventuran las calesas, sube desde la hondonada donde se recata la casa solariega, y su larga procesión hacia la campiña a menudo brumosa lleva el espíritu a esas colinas boscosas al pie de las cuales se presiente el mar. Esta avenida casi regia, desproporcionada a la casa a donde conduce, dispone las hileras de sus hayas en una espaciosa nave central y en dos naves laterales que forman una masa frondosa y compacta, a la que se ordena todo el paisaje circundante. A cien pasos de la reja embiste bruscamente el muro cubierto de musgo, que a través de un pórtico ruinoso solo deja pasar la alameda central; y esta cruza sobre un terraplén lo que antaño fue un estanque. Lo divide esa elevación del terreno en dos saetines, entre los que trabajaba un molino: el molino es ahora la casa del cuidador, y el estanque una pradera. Olvidaba la exquisita capilla cubierta de un tejado tan bajo que de a trechos lo roza la hierba, y al que el único vitral levanta sin ceremonias para mirar curiosamente a las visitas.

Ese nuevo mundo, con sus archipiélagos y sus colonias, fue apenas un bocado para nuestra fugitiva. Ya al día siguiente de su llegada, en un abrir y cerrar de ojos y en dos o tres excursiones vertiginosas, había explorado el dominio a su manera. Comprendí en seguida que, contrariamente a lo que yo imaginaba de una visión infantil (en la que me parecían preponderantes ciertos detalles que nosotros no habríamos advertido), era el conjunto lo que poseía para ella una fisonomía y sin duda un olor especial; y el afectuoso conocimiento que en nuestros mejores momentos tenemos de una casa, de un paisaje, debía ser, si no me engaño, su manera habitual de percibir.

Lo cierto es que, una vez libre, cuando hubo adoptado el perro del molino, el bebé de la cuidadora y una coneja con una graciosa mancha en la nariz, debí ejercitar una tenacidad poco común para persistir en el interrogatorio que me había parecido hábil postergar hasta que descansara esa primera noche. Aun así, mis preguntas más premeditadas solo obtuvieron resultados irrisorios.

Debí recurrir a la Grande Yvonne, cuyo empirismo apenas consiguió algunas ventajas secundarias. Concluimos que la niña debía ser huérfana, no porque esto

respondiera a nuestros secretos deseos, sino porque cuando tratábamos de interrogarla sobre su madre, su mirada se clavaba a lo lejos, y esa palabra no despertaba en ella ninguno de los sentimientos violentos que habíamos temido. A juzgar por vagos indicios, nos pareció que pertenecía a una familia acomodada, pero su país, por mucho que insistiéramos, era imposible de identificar, y se reducía a un palomar suficientemente reconocible por su rumor de alas y a un camino interminable cuyo valladar estaba poblado de cantos.

Apenas habíamos extraído de sus descripciones un dato utilizable cuando lo enredaba todo de nuevo mezclando elementos visiblemente imaginarios, o bien, no teniendo ojos más que para el presente, añadía: «Este es mi país», y llevaba la confusión a su colmo. Su equipaje no pudo suministrarnos indicios más coherentes: un perro de lana negra al que le faltaba un ojo y al que todas las noches había que acostar a su lado era, con un chaleco descosido, lo que en él había de más explícito. La funda no traía inicial. En aquel revoltijo reconocí también una budinera aplastada, un carretel vacío, los restos de un ajuar, cintas, hilo de seda rosa y una gruesa aguja de zurcir.

Después de darle mil vueltas al asunto, decidí publicar un anuncio donde no sin repugnancia y contra la formal opinión del «Concejo» incluí su fotografía. Presté mi declaración ante los gendarmes y el secretario de la Alcaldía, quienes me escucharon con el más vivo interés. El secretario, antiguo patrón de barca, enternecido y deseoso de complacerme, tomó el asunto tan a pecho y desplegó tanto celo que bien pronto evité encontrarlo, cansado de enterarme diariamente de sus nuevos descubrimientos y de oírle decir que seguía una buena pista. Al mismo tiempo consulté a mi abogado en vista de una posible adopción.

Bien pronto fue necesario aceptar la evidencia: la gramática y la aritmética le disgustaban tanto como la atraían los quehaceres domésticos y la cocina. No porque fuese poco dotada, sino porque sin duda su herencia la inclinaba más a los trabajos manuales que al estudio, contradiciendo una distinción natural en sus modales y manera de expresarse, que me había asombrado desde el primer momento. Me prestó un poco más de atención en botánica y geografía, en lo que yo mismo estaba muy flojo y reducido a los manuales. Su obediencia era ejemplar, mas resultaba tan evidente que se aburría, y se embrollaba de tan buena fe en la terminología más elemental, que después de haber perseverado honestamente un mes, variado mis métodos, amenizado la clase con sesiones de prestidigitación y gritos de animales —cosas todas estas por las que revelaba pronunciada afición—, debí inclinarme ante el cepillo y la gamuza. Pero si bien los quehaceres domésticos y las labores de aguja ejercían sobre ella tal seducción (lo que llenaba de orgullo el corazón de *Madame* Grande Yvonne), no por eso dejaba de ser el juego su verdadero elemento, y el vaciado de un flan o de una tarta no podía alejarla por mucho tiempo de un partido de

croquet.

Como yo vacilaba en darle por amigos a los ganapanes de la aldea, brutales y mentirosos, de suerte que los compañeros de su edad quedaban reducidos al chico del molino y al viejo podenco, sacaba de su propia cosecha los figurantes y el decorado de una comedia inagotable. La vida familiar y social: comidas, viajes, visitas, constituía el tema de una especie de ballet con transformaciones parecidas a las de un sueño, donde un poco de barro resultaba una torta de chocolate y una hoja de acebo un escalope; donde ella misma interpretaba los personajes más diversos: un guarda de tranvía, sugerido por una hilera de sillas; el salvaje emplumado y armado hasta los dientes, cuya vida primitiva transcurría bajo una alfombra sostenida por un palo de escoba; el ama de casa afligida por una criada insoportable, y esa misma criada charlando con el almacenero.

Pero me equivocaría si dijera que esta pasión del juego era una pasión exclusiva, pues la Grande Yvonne, muy piadosa ella misma, me hizo notar desde los primeros días la inclinación que nuestra protegida mostraba por la plegaria. En efecto, ponía en ella la misma avidez, la misma energía infatigable que en sus pantomimas y en sus brincos. La capilla la había fascinado inmediatamente. Desde la muerte del capellán, yo no tenía autorización para conservar la hostia y rara vez se cantaba allí la misa. Pero tocábamos el *Angelus* y los granjeros vecinos se reunían para la oración de la tarde. Clara —es tarde para decir que se llamaba así, y sin embargo ese nombre no debía significar para mí, al cabo de tantos años, otra cosa que luz y paz—; Clara, apenas arrodillada, se sumía en un recogimiento tan profundo que la plegaria de los mayores, torpe o distraída, me asombraba de pronto como el aturdimiento de un ciego.

A menudo, cuando la creíamos en el molino o paseando con el podenco, la sorprendíamos en una de esas conversaciones silenciosas que me parecían excesivamente graves para su edad, y de buena gana habría compartido yo el ingenuo temor, abrigado por *Madame* Grande Yvonne, de que los niños demasiado piadosos no estuviesen destinados al cielo. Sin embargo, una autoridad no menos considerable era de opinión diferente: el cura de la aldea, hombre excéntrico pero bueno, había empezado a dar clases particulares a Clara, abreviándole la enseñanza del catecismo con el fin de que ese mismo año pudiera tomar la primera comunión. Y cuando yo mismo iba a buscarla al presbiterio, los días en que mi trabajo no adelantaba, en que tenía necesidad de refrescar mis ideas, hablábamos de ese fervor que me parecía revelar una perturbadora discordancia en un carácter tan exuberante. Pero el anciano sacerdote, que durante mucho tiempo frecuentara la infancia más desheredada de las ciudades, había observado a menudo las mismas tendencias profundas, y pensaba que lo sobrenatural era la atmósfera ordinaria de esas almas que aún no han atesorado su amor ni su tiempo.

—Porque la divisa de los hombres de negocios —me decía— trasciende en mucho su pensamiento: el oro es literalmente el pasado mezquino, el porvenir frío y temeroso. Nada obliga tanto a la Providencia como el espíritu de abandono, resorte de esas vidas nuevas y pródigas, y si el ángel que las asiste ve en el cielo la faz de Dios, ellas, en este mundo, ven a menudo ese ángel que las custodia.

Se mostraba encantado de una réplica de Clara, sobre la que volvía a menudo. Para ilustrar una lección sobre los ángeles y mostrar que están siempre a nuestro lado en las circunstancias peligrosas, refería la aventura de un chiquillo que a pesar de hallarse sobre la acera estuvo a punto de ser aplastado por un acoplado sin gobierno. El vehículo, cargado de hierro, rozó al chico y, al parecer, le arrancó su cartera de colegial. A lo que Clara repuso:

—Entonces habrá sido el ángel guardián quien sufrió el revolcón.

El buen sacerdote, echándose a reír, no distó mucho de hallar una confirmación de sus puntos de vista allí donde yo, conociendo a la maliciosa chiquilla, sospechaba que se trataba de otra cosa enteramente distinta.

De esta malicia que a veces lindaba con el descaro, yo mismo he conservado punzantes recuerdos, y a medida que el alivio de mi pena me permite evocarlos con mayor serenidad, más me asombra su profunda lección.

Alarmado por el vacío que se producía en mi huerto y que comprometía la cosecha, en vez de reprender a la culpable, intenté neciamente vincular ese pecadillo a los grandes principios e hice de ello ocasión para un sermón en tres puntos digno del Vicario de Wakefield. Admití, como buen horticultor, que mis productos eran particularmente sabrosos, y la tentación muy comprensible, pero añadí que era preciso saber privarse de lo más agradable, no en previsión de las conservas de frutas que se preparan para el invierno —cosa que ese año sería imposible— sino por amor del buen Dios. Escuchó mi filípica sin decir palabra, con una compunción que me pareció poco auténtica. Luego no pensé más en el asunto.

Poco después debíamos festejar el día de Santa Clara. La Grande Yvonne había empezado, con mucha anticipación, a encerrarse en el *office* con su ayudante de cocina, preparando sus recetas. Yo había ocultado cuidadosamente, para ofrecerlo a Clara la noche de la fiesta, un horno magnífico, algo más que un juguete, en el que se podía preparar una verdadera comida, provisto de una chimenea acodada con su correspondiente mariposa y de un reluciente escalfador, amén de los atizadores y un surtido de sartenes. Reconozco que en estas ocasiones la gobernanta y yo hacíamos gala de una gran emulación y acaso —quién sabe— un poco de celos. Y, cosa bastante divertida, manteníamos el uno respecto del otro, y ambos ante la niña, idéntico secreto.

Asistí pues, pensando que ya llegaría mi turno, al triunfo de mi rival y aplaudí los pichones rellenos, las tartaletas de fresas silvestres, el monumental diplomático. Clara

comió hasta hartarse, como si la hubiéramos tenido ayunando ocho días. Debí rechazar la mezquina e inoportuna idea de que mis consejos de mortificación no habían obtenido el resultado deseable. *Madame* Grande Yvonne, abrazada, halagada, ostentaba una alegría poco discreta, y aunque parezca cómico, yo tenía prisa por que llegara la noche.

Ahora bien, ante el magnífico regalo que, según advertí, impresionaba a la concurrencia, Clara permaneció perfectamente insensible: «No sabía dónde poner un juguete tan pesado. Además, era un objeto inútil, ya que ella solía acercarse a la gran cocina de la casa e inclusive estaba autorizada a vigilar la sopa que hervía en el fogón, lo que era mucho más peligroso». Llegó a pretender que su muñeca preferida se quemaría al tocar el hornillo, o se rasgaría el vestido con los mangos de las sartenes. Yo no me atrevía a mirar a *Madame* Grande Yvonne. Pero cuando llegó la noche, al besarla antes de dormirse, interrogué a la pequeña Clara. Ella me escrutó con insolencia apenas disimulada, y repitiendo textualmente el sermón que yo temía no hubiese ejercido en ella el menor efecto, me aseguró que por amor a mí se había privado de aquello que le resultaba más agradable. Y dicho esto cayó sumida en profundo sueño, y tuve que aguardar hasta el día siguiente, después de una noche de humillantes reflexiones, para retractarme honorablemente y acabar con esa querella inútil.

Naturalmente, el argumento de una chiquilla, por extravagante que fuese, no podía poner en tela de juicio, contra el sentimiento unánime de la Tradición, el valor de la ascesis. Pero me fue más fácil pensar que existieran ciertas almas superiores, almas de santos o de niños, para quienes los dones de Dios excluyen toda segunda intención, para quienes el *Valde bonum* de la Creación, lejos de ser un comunicado oficial o un slogan electoral, fuese una realidad comestible.

En conjunto, sin embargo, la educación moral de mi pupila me proporcionaba menos sinsabores que la esfera de los conocimientos prácticos. Sin excesiva amargura delegué en el ama de llaves la enseñanza doméstica, pero cuando nos paseábamos los tres por el bosque, yo envidiaba sus disertaciones sobre el pico verde o el cucú, la hormiga león, la culebra y la comadreja, evidentemente plenas de leyenda y falsarias de la realidad, pero que Clara, es preciso reconocerlo, escuchaba sin fatigarse. Infinitamente curiosa de los animales, así como de los nombres familiares de las flores, que recogía en grandes ramilletes campestres, lo era aún más de los trabajos y las vidas de los campesinos. Y como era la época de la trilla, la Grande Yvonne la llevaba a dar grandes caminatas, a las que no me invitaban por temor de perturbar ese misterioso trabajo, al que rodeaba la atmósfera de espanto del sacerdocio antiguo. Al regreso, yo sabía qué eras habían visitado, en qué granjas habían bebido leche cuajada y saboreado hojuelas. El viento nos traía de los cuatro puntos del horizonte un zumbido de trilladoras, y siempre quedaba una, un poco más

lejos, que no habían visitado, de suerte que Clara solo me dedicaba los días de lluvia.

Entonces, en los ratos que le dejaban libres sus quehaceres en la cochera, en la cocina o en la capilla, la enseñanza de las artes que no me eran disputadas tendría, en justicia, que haberme resarcido de mis afrentas en otros dominios. Y en efecto, durante mucho tiempo creí que esa satisfacción me sería acordada. Infortunadamente, la pequeña Clara tenía el peor gusto imaginable. Lo ridículo, inclusive lo absurdo, la atraían invenciblemente. El quiosco chino, con sus vidrios de colores y su complicado techo, era su ideal en arquitectura, y poco a poco había atestado su cuarto de todos los *bibelots* que yo había proscrito del salón y relegado a las buhardillas, de donde desenterraba con infalible instinto los más atroces: un pozo de porcelana que se podía llenar de agua y cuyo mecanismo funcionaba aún, un barómetro con muñecos que trajo mi tía de unas vacaciones alpinas, una celda de carmelita cuyas paredes de vidrio dejaban ver hasta las pantuflas y el misal; más aún, bajo enormes globos de cristal, una multitud de caracolas, una colección de cruces, un arbusto petrificado.

Me esforcé por corregir ese gusto vulgar. Tengo algunos buenos cuadros que en aquella época, es cierto, palidecían junto a inmensos mazacotes —el lado flaco de mi herencia— que no me atrevía a quitarme de encima antes de la desaparición total de mi parentela. Pero a mi Rouault y mi Cézanne, a pesar de todos mis esfuerzos por disuadirla, mi discípula prefería las abominables copias de Murillo y de Zurbarán que nos había impuesto la ascendencia española de mi tía. En mis álbumes, el único que gozaba de su buena opinión era Louis Lenain, por la figura del niño que disimula tras una chimenea o en la abertura de una puerta. Tímido, aunque curioso del mundo de los mayores abrumados por las preocupaciones, ese personaje ínfimo y por añadidura inútil agradaba a Clara en virtud de no sé qué secreta afinidad. En suma, solo admitía la pintura en la medida en que pudiese reconocer fácilmente el tema, y su repulsión por la Inmaculada Concepción que sirve de retablo al altar (repulsión tanto más sorprendente para mí cuanto que nada diferenciaba ese cuadro de los horrores del salón) se debía, según ella, a que la santa Virgen era irreconocible.

Nuestra música, que siempre he considerado nuestra actividad más elevada y diferente de la de Virtudes y Serafines solo en esto: en que nos vemos obligados a volver las páginas, nuestra música le era igualmente extraña. Mal pianista, no podía yo aspirar a develarle sus arcanos. Solo toco para mí, y siempre que una especie de necesidad me impulse a revivir aquellas entre mis obras predilectas que están por azar al alcance de mi mano. Esto no impidió que me sintiera profundamente lastimado cuando al concluir aquella *Alemanda* de Mozart que me había costado varias semanas de estudio, o tal exquisita melodía que preludia una *Suite* de Bach y que me parecía cargada de cosas inefables, la veía defraudada, como si le hubiese ofrecido, para engañarla, el papel cuidadosamente plegado de un bombón o la cáscara vacía de una

naranja. Pero cesé de atribuir esa indiferencia a la mala calidad de mi ejecución cuando después de comprar un gramófono le hice escuchar a Horowitz y a Gieseking. Porque la frase o la cadencia perturbadoras a las que mi vida me parece tan ligada que sigo con angustia la curva que las lleva a resolverse, cuando quería comprobar si la habían conmovido, me valían una mirada de profunda conmiseración.

Felizmente, pasábamos el anochecer sentados en un banco de piedra delante de la casa y *Madame* Grande Yvonne respetaba nuestro coloquio. Mirando las estrellas, que son un frágil vínculo entre la tierra y el cielo, rivalizábamos en desentrañar las formas más diversas en las nubes ya vacilantes, en los árboles, sobre todo en los abetos, donde esas formas se prodigan. Y mis ocasionales hallazgos atenuaban quizá el desfavorable juicio que se formaba Clara de mis dones.

A medida que se modificaban, una a una, mis ideas sobre la educación de las niñas, nos acercábamos a la fecha fijada para la primera comunión. Ella se mostraba tan recoleta que me costaba trabajo deshacerme de las necias aprensiones que ya he mencionado, y según esta inquietud, renovaba otra, descubría en el fondo de mis menores alegrías el temor, a decir verdad nunca adormecido, de que la pequeña Clara me fuese reclamada. Un sentimiento de precariedad echaba a perder hasta sus muestras de ternura.

Una noche en que la preocupación del trabajo que estaba realizando me tenía despierto más tarde de lo habitual, creí oír un ligero roce en el descanso, contra la puerta de mi cuarto. Sin duda había soñado, entre dormido y despierto, e iba a dormirme definitivamente esta vez cuando un ruido de pasos, discreto pero prolongado, me aterrorizó. Sabe Dios qué ideas atravesaron mi espíritu en aquel instante. La más tranquilizadora era que la niña, no pudiendo conciliar el sueño e ignorando los temores nocturnos, bajaba a la cochera para entregarse a su juego favorito. Porque esa cochera tiene una extraña ubicación dentro de la misma casa. Es un recinto inmenso, que se extiende a todo lo ancho del edificio, con una puerta que desemboca en el aguilón. Desde el interior se llega a ella a través de un pasaje abovedado y de varios peldaños, bajo la escalera de caracol. Guarda tres vehículos antiguos: una diligencia inglesa, una jardinera y una calesa que constituían, como fácilmente se adivina, una fuente de apasionantes aventuras, indefinidamente renovadas. Me incorporé y salí silenciosamente. Desde el descanso que domina la hélice de piedra vi entonces, en mitad de la escalera, iluminada de espalda por la luna que entraba por una saetera, a Clara, sentada en camisa de dormir y con los cabellos aureolados de luz. No muy seducido por este nuevo capricho, pensé mandarla a dormir, cuando un cuchicheo me detuvo. Clara rezaba, velando sobre la casa y sin duda sobre mí mismo. Me invadió un extraño sentimiento de respeto y volví a mi lecho en silencio.

Por lo demás, el mundo invisible con que ella estaba tan familiarizada y que irrita

nuestros ojos de carne parecía desplazar sus fronteras a su arbitrio. Y aunque mis impresiones sean tan frágiles cuanto es posible y, fríamente consideradas, el buen sentido las rechace con violencia, debo reconocer que en algunos raros momentos pude creer que la atmósfera de la casa estaba llena de presencias, o bien yo salía del sueño con un soplo sobre los ojos.

Sin embargo, las cosas seguían su curso habitual. *Madame* Grande Yvonne se aprestaba a superar en mucho las hazañas de la fiesta de Santa Clara. La víspera de la solemnidad, los preparativos se multiplicaron febrilmente; los cristales y la platería brillaban sobre el aparador; la costurera hilvanaba un pliegue, retocaba un frunce, secundada por nuestra postulante, cuya piedad no le impedía, en absoluto, mirarse al espejo. Nos acostamos muy tarde en la emoción del júbilo del siguiente día.

Pero a la mañana no la encontramos. No estaba en su cama, ni orando en la escalera, ni en el fondo del *break*, ni en el huerto. Los granjeros salieron a buscarla, en automóvil o en bicicleta. Yo telefoneé a las gendarmerías y puse sobre aviso a los pescadores que habían sido sus amigos. Luego, muy rápidamente, comprendimos que se había ido como vino y que a esa hora estaría llamando a otra reja, contestando: «Aquí es» y llevando a otros su alegría.

Sin convicción me dirigí a los periódicos y a las agencias, y vi nuevamente al secretario de la Alcaldía, quien debió abandonar una pista todavía fresca para lanzarse a una búsqueda diametralmente opuesta.

No obstante, una cosa permanecía inconcebible para *Madame* Grande Yvonne y para mí: que ella se hubiera sustraído, no a nuestras torpes atenciones, sino a ese don de Dios al que la sentíamos tan maravillosamente predispuesta. Hasta que pocos días más tarde cayó bajo mis ojos una frase de la Epístola a los Hebreos que me hizo renunciar a toda búsqueda:

«No olvidéis la hospitalidad. Al practicarla, algunos —sin saberlo— han albergado ángeles».

4
El buque fantasma
Oliver Onions

Con el seudónimo de OLIVER ONIONS firmó toda su producción literaria el escritor inglés George Oliver, nacido en 1873. Autor de novelas —*The Odd-Job Man* (1903), *Whom God has Sundered* (1926) y otras— de tendencia social o costumbrista, es quizá su producción menor, formada por cuentos fantásticos y aun policiales, la llamada a perdurar.

Un viejo tema revive con maestría en este relato.

I

Mientras Abel Keeling yacía en la cubierta del galeón —por donde tan solo el propio peso de su cuerpo y su atezada mano extendida sobre los tablones le impedían rodar — su mirada se extraviaba, pero volvía siempre a la campana suspendida del pequeño campanario ornamental, a popa del palo mayor, y atascada por la peligrosa inclinación del barco. La campana era de bronce fundido, con realces casi obliterados que fueron antaño cabezas de querubines; pero el viento y la espuma salina del mar habían depositado en ella una gruesa capa de verdín, semejante a una hermosa y brillante capa de líquenes. Era ese color verde el que gustaba a Abel Keeling.

En efecto, en cualquier otro lugar del galeón donde descansaban sus ojos, solo encontraban blancura, la blancura de la extrema edad. Había diversos grados en esa blancura: aquí cintilaba como gránulos de sal, allá simulaba un blanco grisáceo de creta, y más lejos la pátina amarillenta de la decadencia; pero en todas partes era la inmóvil e inquietante blancura de las cosas sin vida. Sus jarcias estaban blanqueadas como el heno seco; la mitad del cordaje conservaba su forma apenas con mayor firmeza que las cenizas de un hilo por el que acaba de pasar el fuego; sus maderos albeaban como descarnados huesos en la arena; y aun el incienso silvestre con que por falta de alquitrán lo habían calafateado al tocar puerto la última vez, estaba

convertido en resina dura y descolorida que brillaba como el cuarzo en las desfondadas junturas de los tablones. El sol era todavía un broquel de plata, tan pálido detrás de la bruma inmóvil y blanca, que ni una sola jarcia, ni un madero proyectaban sombra; y únicamente la cara y las manos de Abel Keeling eran negras, carcomidas y carbonizadas por el inexorable resplandor. El galeón era el *María de la Torre*, terriblemente escorado de estribor, tanto que su palo mayor hundía una de sus vergas de acero en el agua cristalina, y si hubiera conservado su palo de trinquete o algo más que el roto muñón de la mesana, habría volcado de través. Muchos días atrás habían desaparejado el palo mayor y pasado la vela por debajo de la quilla, en la esperanza de que cegara la vía de agua. Y así sucedió, en parte, mientras el galeón se deslizó sobre una banda; pero después, sin virar, empezó a deslizarse sobre la banda opuesta, los cabos se rompieron y el barco arrastró en pos de sí la vela, dejando una gran mancha en el mar de plata.

En efecto, el galeón se deslizaba de costado, casi imperceptiblemente, escorándose cada vez más. Escorándose como si lo atrajera una piedra imán. Y al principio, en verdad, Abel Keeling pensó que era una piedra imán la que tironeaba de sus hierros, arrastrándolo a través de la bruma gris que se extendía como un sudario sobre el agua y que ocultó en pocos instantes la mancha dejada por la vela. Pero después comprendió que no era eso. El movimiento se debía —seguramente— a la corriente de aquel estrecho de tres millas de extensión. Tendido contra el carro de un cañón, a punto de rodar por la cubierta, volvió a imaginar aquella piedra imán. Pronto sucedería nuevamente lo que había sucedido durante los últimos cinco días. Oiría los chillidos de los monos y el parloteo de las cotorras, la alfombra de malezas verdes y amarillas avanzaría sobre el *María de la Torre* a través del mar de mercurio, una vez más se elevaría la pared de rocas, y los hombres correrían…

Pero no; esta vez los hombres no correrían para soltar las defensas: No quedaba ninguno para hacerlo, a menos que Bligh viviera aún. Quizá vivía. Poco antes del súbito anochecer del día anterior había bajado hasta la mitad de la escalera real, después había caído, permaneciendo un minuto inmóvil (muerto, supuso Abel Keeling, observándolo desde el lugar que ocupaba junto a la cureña del cañón). Pero luego se levantó otra vez y se encaminó tambaleando en dirección al castillo de proa. Tambaleando y agitando sus largos brazos. Desde entonces Abel Keeling no lo había visto. Seguramente había muerto en el castillo de proa durante la noche. Si no estuviera muerto, habría vuelto a popa en busca de agua…

Al acordarse del agua, Abel Keeling levantó la cabeza. Las delgadas fibras de músculos que rodeaban su boca extenuada se contrajeron. Apretó levemente contra la cubierta la mano ennegrecida por el sol como si quisiera comprobar el grado de inclinación de aquella y lo estable de su propio equilibrio. El palo mayor estaba a unas siete u ocho yardas de distancia… Encogió una de sus piernas rígidas, y sentado

como estaba, empezó a bajar la pendiente con una serie de enviones de su cuerpo.

Su aparato para recoger agua estaba sujeto al palo mayor, cerca del campanario. Consistía en un lazo de cuerda más bajo de un lado que del otro (pero eso era antes de que el mástil se hubiera inclinado tanto en relación con el cenit) y ensebado en su extremo inferior. Las nieblas duraban más en aquel estrecho que en alta mar, y el lazo servía para recoger el rocío que se condensaba en los mástiles. Las gotas caían en un pucherito de barro colocado en la cubierta.

Abel Keeling tomó el cacharro y miró en su interior. Estaba lleno hasta un tercio de agua dulce. Perfecto. Si Bligh, el contramaestre, había muerto, Abel Keeling, capitán del *María de la Torre*, tendría más agua. Hundió dos dedos en el cacharro y se los llevó a la boca. Repitió varias veces la operación. No se atrevía a acercar el recipiente a los labios negros y llagados, recordando con espanto la agonía de dolor que lo asaltaba días atrás cuando, tentado por el demonio, vació de un trago, por la mañana, el contenido del cacharro y debió pasar el resto del día sin agua… Humedeció una vez más sus dedos y los chupó; después permaneció tendido contra el mástil, mirando ociosamente cómo caían las gotas de agua.

Bligh, desde luego, lo habría explicado a su modo: era la Mano de Dios. Eso era suficiente para Bligh, que la tarde anterior se había ido a proa, y a quien Abel Keeling recordaba ahora, vagamente y a la distancia, como un fanático de voz profunda que entonaba sus himnos mientras lanzaba, uno a uno, los cadáveres de la tripulación a las honduras del mar. Bligh era de esa clase de hombres: aceptaba las cosas sin discusión; se contentaba con tomar las cosas como venían y con tener preparadas las defensas de cabos de acero cuando la pared rocosa surgía de la bruma opalescente. Bligh, como las gotas de agua, tenía su Ley, que regía para él y para nadie más…

De algún cabo podrido descendió flotando una partícula de suciedad que entró en el cacharro. Abel Keeling, apático, la vio moverse hacia la pared del recipiente. Cuando hundió en él los dedos, el agua formó un pequeño remolino, arrastrando la brizna consigo. Después el agua se aquietó, y una vez más aquella partícula se dirigió hacia la pared de la vasija y se adhirió a ella, como si esta la atrajera.

Exactamente del mismo modo, el galeón se deslizaba hacia la pared rocosa, hacia las malezas verdes y amarillas, los monos y las cotorras. Llevado nuevamente al centro del canal (mientras hubo hombres para realizar la maniobra) no tardó en deslizarse hacia la pared apuesta. Una misma fuerza atraía a la brizna en el cacharro y al barco en el mar estático. Era la Mano de Dios, según Bligh…

Abel Keeling, cuya mente observaba a veces las cosas más pequeñas, y otras se hundía en el embotamiento, no oyó al principio la voz temblorosa que se alzaba en el castillo de proa; una voz que se acercaba y a la que parecía prestar acompañamiento el rumor del agua.

> Oh Tú, que a Jonás en el pez

tres días preservaste del dolor
que fue un presagio de tu muerte
y resucitando nuevamente…

Era Bligh, que cantaba uno de sus himnos:

Oh Tú, que a Noé salvaste de las aguas,
Y a Abraham un día y otro día
cuando atravesaba Egipto
señalaste el camino…

La voz calló, dejando incompleta la piadosa frase. Bligh, de todas maneras, estaba vivo… Abel Keeling prosiguió sus vagas meditaciones.

Sí, la Ley de la vida de Bligh era llamar a las cosas la Mano de Dios; pero la Ley de Abel Keeling era diferente; ni mejor ni peor, sino diferente. La Mano de Dios, que atraía las brisas y los galeones, debía obrar mediante otro sistema; y los ojos de Abel Keeling se clavaron una vez más, desganados, en el cacharro, como si el sistema estuviera allí. Después extravió el sentido, y cuando lo recobró había perdido todo contacto con sus anteriores ideas.

El remo, por supuesto, esa era la solución. Con él, los hombres podían reírse de las calmas chichas. Ahora solo lo usaban las pinazas y las galeras, aunque había tenido sus ventajas. Pero los remos (que es como decir un sistema, porque si uno quiere, puede sostener que la Mano de Dios empuña el timón, así como el Soplo de Dios llena la vela); los remos eran anticuados, pertenecían al pasado, y usarlos equivalía a abandonar todo lo que era bueno y nuevo, volver a la época en que el espolón de proa era el arma más poderosa de los barcos, cuando estos pasaban un día o dos en el mar antes de volver a puerto en busca de provisiones. Remos… no. Abel Keeling era de los hombres nuevos, los hombres que juraban en nombre de las andanadas de sacres y aculebrines, acostumbrados a pasarse semanas y meses sin avistar tierra. Quizá algún día el ingenio de hombres como él inventaría un barco impulsado no por remos (porque los remos no podían penetrar en los mares remotos del mundo) ni tampoco por velas (porque los hombres que confiaban en las velas se encontraban de pronto en un estrecho de tres millas de anchura, sin un soplo de brisa, suspendidos entre las nubes y el agua, derivando hacia un muro rocoso), sino un barco… un barco…

A Noé y a sus hijos
habló Dios diciendo:
«Firmo un pacto con vosotros
y con vuestra descendencia…».

Era Bligh nuevamente, que ambulaba por el combes. La mente de Abel Keeling

volvió a quedar en blanco. Después, despacio, muy despacio, con la misma lentitud con que crecían las gotas en el lazo de cuerda, sus pensamientos tomaron forma nuevamente.

¿Una galeaza? No. La galeaza quería ser dos cosas a la vez y no era la una ni la otra. Este barco, que la mano del hombre construiría alguna vez para que la Mano de Dios lo guiase, absorbería y conservaría la fuerza del viento, almacenándola como almacenaba sus provisiones. Permanecería inmóvil cuando quisiera, cuando quisiera avanzaría. Volvería contra sí misma la fuerza de la calma chicha y de la tormenta. Porque, naturalmente, su fuerza debía ser el viento, viento almacenado, una bolsa de los vientos, como en la fábula de los niños; un chorro de viento dirigido contra el agua, a popa, impulsando el agua en un sentido y el barco en otro, actuando por reacción. Tendría una cámara de viento, donde este sería introducido por medio de bombas. Para Bligh sería también la Mano de Dios esa fuerza impulsora del barco del futuro que Abel Keeling, tendido entre el palo mayor y la campana, volviendo de tanto en tanto los ojos desde los cenicientos tablones al vívido cardenillo verde de la campana, presentía vagamente…

El rostro de Bligh, curtido por el sol y devastado desde adentro por la fe que lo consumía, apareció en lo alto de la escalera del alcázar. Su voz palpitaba incontrolable:

Y ya no queda en la tierra
un lugar de refugio,
ni en el mar ni en el río
que fluye bajo tierra.

II

Bligh cerraba los ojos, como contemplando su éxtasis interior. Tenía la cabeza echada hacia atrás, y sus cejas subían y bajaban con expresión atormentada. Su ancha boca permaneció abierta cuando su himno fue bruscamente interrumpido: en algún lugar, en la trémula luminosidad de la niebla, el canto fue retomado desde su nota final: un bramido ventoso, ronco y lúgubre, alarmante y sostenido, creció y reverberó a través del estrecho. Bligh se estremeció. A tientas, como un ciego, se alejó de la escalera del

alcázar, y Abel Keeling vio detrás de sí su figura escuálida, que parecía más alta por la inclinación de la cubierta. Y al extinguirse aquel sonido vasto y hueco, Bligh se echó a reír en su demencia.

—Señor, ¿la ancha boca de la tumba tiene lengua para alabarte? Ah, otra vez…

Nuevamente el cavernoso sonido dominó el aire, más potente y cercano. En seguida se oyó otro ruido, un pausado latir, latir, latir… Después volvió el silencio.

—El mismo Leviatán ha alzado su voz en alabanza —sollozó Bligh.

Abel Keeling no levantó la cabeza. Había vuelto el recuerdo de aquel día en que, antes de que se alzaran sobre el estrecho las brumas del amanecer, vació de un trago el cacharro de agua que constituía su única ración hasta la noche. Durante esa agonía de sed había visto formas y escuchado sonidos con ojos y oídos que no eran los suyos, mortales, y aun en sus intermitencias de lucidez, cuando sabía que eran alucinaciones, esas formas y esos sonidos regresaban… Había oído las campanas dominicales en su casa de Kent, los gritos de los niños en sus juegos, las despreocupadas canciones de los hombres en su trabajo cotidiano, y la risa y los chismes de las mujeres cuando tendían la ropa blanca en el seto o distribuían el pan en grandes bandejas.

Esas voces habían tintineado en su cerebro interrumpidas de tanto en tanto por los quejidos de Bligh y de otros dos hombres que aún vivían entonces. Algunas de las voces que escuchara habían estado silenciosas en la tierra muchos años, pero Abel Keeling, torturado por la sed, las había oído con la misma claridad con que oía ahora ese gemido sordo y lúgubre y esa pulsación intermitente que llenaba el estrecho de alarma.

—¡Alabado sea! ¡Alabado sea! ¡Alabado sea! —deliraba Bligh.

Después una campana pareció sonar en los oídos de Abel Keeling, y como si algo se hubiera zafado en el mecanismo de su cerebro, en su fantasía surgió otra imagen: la partida del *María de la Torre*, saludado por un bullicio de campanas, de estridentes gaitas, de valerosas trompetas. Entonces no era un galeón blanco de lepra. La bruñida voluta de su proa centelleaba; el dorado de la campana, de los corredores de popa, de las cinceladas linternas relucía al sol; y sus cofas y el pabellón de guerra en el combés estaban ornados de pintados escudos y emblemas. Llevaba cosidos a las velas vistosos leones rampantes de seda escarlata, y de la verga mayor, ahora sumergida en el agua, colgaba el pendón de dos colas, con la Virgen y el Niño bordados…

De pronto le pareció oír una voz cercana que decía: «Y medio… siete… siete y medio…» y en un centelleo la imagen de su cerebro cambió. Ahora estaba de nuevo en su casa, enseñando a su hijo, el joven Abel, a lanzar la sonda desde el esquife en que se habían alejado del puerto.

—Siete y medio… —parecía gritar el muchacho. Los labios ennegrecidos de Abel Keeling murmuraron:

—¡Muy buen tiro, Abel! Muy buen tiro.

—Y medio… siete… siete y medio… siete… siete.

—Ah —murmuró Abel Keeling—, ese tiro no fue tan bueno. Dame la sondaleza. Debes lanzarla así… eso es. Pronto navegarás conmigo en el *María de la Torre*. Ya conoces las estrellas y el movimiento de los planetas. Mañana te enseñaré a usar el astrolabio…

Durante uno o dos minutos siguió murmurando. Después se quedó dormido. Cuando volvió a un estado de semiconsciencia, oyó nuevamente un sonido de campanas, débil al principio, después más fuerte y convertido al fin en un potente clamor que resonaba sobre su cabeza. Era Bligh. Bligh, en otro ataque de delirio, había aferrado la cuerda de la campana y la hacía repicar como un demente. La cuerda se rompió en sus dedos, pero él siguió agitándola con la mano, al tiempo que clamaba:

—Con un arpa y un instrumento de diez cuerdas… ¡el Cielo y la Tierra alaben tu Nombre!

Y clamaba a voz en cuello y sacudía la enmohecida campana de bronce.

—*¡Ah del barco! ¿Qué barco es ese*?

Parecía un verdadero saludo que salía de la bruma. Pero Abel Keeling conocía esas voces que surgían de las brumas. Venían de barcos que no existían.

—Sí, pon un buen vigía y no pierdas de vista la brújula —volvió a murmurar, hablando con su hijo.

Pero así como a veces un hombre dormido se incorpora en el lecho, o se levanta y empieza a caminar, del mismo modo Abel Keeling, con las manos y las rodillas apoyadas sobre cubierta, miró por encima del hombro. En alguna profunda región de su espíritu tuvo conciencia de que la inclinación de la cubierta se había vuelto más peligrosa, pero su cerebro recibió la advertencia y la olvidó en seguida. Sus ojos se clavaban en una niebla luminosa y desconcertante. El escudo del sol era de una plata más ardiente; debajo, el mar se esfumaba en radiantes evaporaciones. Y entre el sol y el mar, suspendido en la bruma, no más sustancial que las vagas sombras que pasan ante los ojos encandilados, flotaba espectralmente una forma piramidal. Abel Keeling se pasó la mano por los ojos, pero cuando la retiró la sombra aún estaba allí, deslizándose lentamente hacia la popa del *María de la Torre*. Y a medida que la observaba, su forma iba cambiando. La espectral silueta gris con forma de pirámide pareció disolverse en cuatro segmentos verticales, de altura levemente decreciente. El más próximo a la popa del *María de la Torre* era el más alto, y el de la izquierda el más bajo. Parecía la sombra de una gigantesca flauta de cañas, en la que hubiera resonado poco antes aquel son cóncavo y plañidero.

Y mientras miraba con ojos engañados, nuevamente fueron engañados sus oídos:

—*¡Ah del barco! ¿Qué barco es ese? ¿Es un barco?… Oye, dame el altavoz…* —

Y en seguida un ladrido metálico—: *¡Ea! ¿Quién diablos son ustedes? ¿No tocaron una campana? Tóquenla de nuevo, hagan algún ruido…*

Todo esto llegó borrosamente a los oídos de Abel Keeling, como a través de un intenso zumbido. Después creyó oír una risa breve e intrigada, seguida por un diálogo que venía de algún lugar situado entre el mar y el cielo.

—*Oye, Ward, pellízcame, ¿quieres? Dime qué ves allí. Quiero saber si estoy despierto*.

—*¿Qué veo adónde*?

—*Hacia la serviola de estribor. (Para ese ventilador; no puedo oírme pensar). ¿Ves algo? No me digas que es ese maldito* Holandés… *No me vengas con esa vieja historia de Vanderbecken. Cuéntame algo más creíble, para empezar; algo sobre una serpiente marina… Oíste la campana, ¿verdad? Calla un momento… escucha*.

Nuevamente se alzaba la voz de Bligh:

Este es el pacto que celebro:
de ahora en adelante, nunca
destruiré el mundo nuevamente
por el agua como antaño…

La voz de Bligh tornó a extinguirse en los oídos de Abel Keeling.

—*Oh, por las barbas del profeta* —dijo la voz que parecía venir de entre el cielo y el mar. Después habló más fuerte—. *Escuchen* —dijo con deliberada cortesía—, *si eso es un barco, ¿por qué no nos dicen dónde se celebra la mascarada? Se nos ha descompuesto la radio, y no estábamos enterados… Oh, ves eso, Ward, ¿no? ¡Por favor, dígannos qué diablos son ustedes*!

Una vez más Abel Keeling se había movido como un sonámbulo, incorporándose junto a los maderos del campanario, mientras Bligh caía hecho un bulto sobre cubierta. El movimiento de Abel Keeling derribó el cacharro, que rodó por cubierta, en pos del diminuto arroyo de su contenido, y quedó encajado allí donde el inmóvil y rebosante mar formaba; por así decirlo, una cadena con la esculpida balaustrada del alcázar: un eslabón el borde todavía reluciente, después un balaustre oscuro, después otro eslabón reluciente. Por un momento apenas, Abel Keeling reflexionó que lo que había lanzado a Bligh hacia la popa era el ascenso del agua en el combés, que ahora estaba enteramente sumergido. Después fue absorbido una vez más por su sueño, por las voces, por aquella silueta entre las brumas, que había tomado nuevamente la forma de una pirámide.

—*Por supuesto* —volvía a quejarse una de las voces, siempre a través del confuso zumbido que llenaba los oídos de Abel Keeling—, *por supuesto, no podemos apuntarle con un cuatro-pulgadas… Y desde luego, Ward, yo no creo en ellos. ¿Llamamos al viejo A. B.? Tal vez esto interese a Su Científica Majestad el Capitán*.

—Oh, baja un bote y rema hacia él… dentro de él… sobre él… a… través de él…

—Mira a nuestros muchachos apiñados allá. Lo han visto. Mejor no dar una orden que tú sabes que no será obedecida…

Abel Keeling, aferrado al campanario, comenzaba a interesarse en su sueño. Porque si bien no conocía su estructura, aquel espejismo era la forma de un barco. Una proyección, sin duda, de sus anteriores reflexiones. Y eso era extraño… Aunque no tanto, quizá. Sabía que aquello no existía realmente; solo su apariencia existía; pero las cosas debían existir de ese modo antes de existir en realidad. Antes de existir, el *María de la Torre* había sido una forma en la imaginación de algún hombre; antes de eso, algún soñador había soñado la forma de un buque de remos; y aun antes, allá lejos en el alba y la infancia del mundo, antes de que el hombre se aventurase a atravesar el agua sobre un par de leños, algún vidente había columbrado en una visión el esquema de la balsa. Y puesto que esa forma que flotaba ante sus ojos era una forma de su sueño, él, Abel Keeling, era dueño de ella. Su mismo ser pensante la había concebido, y había sido botada en el océano ilimitable de su propia alma…

Y nunca he de olvidar
este mi convenio celebrado
entre tú y yo y toda carne
mientras dure el mundo…

Cantaba Bligh, en éxtasis.

Pero así como el que sueña, aun en el sueño, suele escribir en la pared contigua una clave, una palabra que mañana le recuerde su visión perdida, así Abel Keeling empezó a buscar una señal como prueba para mostrar a quienes fuesen ajenos a su visión. El mismo Bligh buscaba eso… no podía estarse callado en su éxtasis, tendido sobre cubierta, sino que elevaba, en un arpa y en un instrumento de diez cuerdas, como él decía, apasionados amenes y alabanzas a su Hacedor. Lo mismo Abel Keeling. Habría sido el Amén de su vida alabar a Dios, no con un arpa, sino por medio de un barco que llevara su propia energía impulsora, que almacenara el viento o su equivalente como almacenaba sus provisiones, algo arrancado al caos y a la inercia, algo ordenado y disciplinado y subordinado a la voluntad de Abel Keeling… Y allí estaba, esa forma de barco de un gris espectral, con sus cuatro tubos verticales, que, vistos ahora de frente y de igual longitud, parecían un órgano fantasma. Y los tripulantes espectrales de ese barco hablaban nuevamente…

La interrumpida cadena de plata junto a la balaustrada del alcázar ahora se había vuelto continua, y los balaústres formaban con sus propios reflejos inmóviles el esqueleto de un pez. El agua volcada del cacharro se había secado, y el cacharro había desaparecido. Abel Keeling se paró junto al mástil, erguido como Dios creó al hombre. Con su mano de cuero golpeó la campana. Aguardó un minuto y gritó:

—¡Ah del barco!… ¡Ah del barco! ¿Qué barco es ese?

III

No tenemos conciencia en el sueño de que estamos jugando un juego, cuyo principio y cuyo fin están en nosotros mismos. En este sueño de Abel Keeling una voz replicó:

—*Bueno, ha recobrado el habla… ¡Eh! ¿Qué son ustedes*?

En voz alta y clara Abel Keeling dijo:

—¿Es eso un barco?

La voz contestó con una risa nerviosa:

—*Somos un barco, ¿verdad, Ward? Ya no me siento muy seguro… Sí, por supuesto, este es un barco. Por nosotros no hay cuidado. La cuestión es quién diablos son ustedes*.

No todas las palabras que utilizaban aquellas voces eran inteligibles para Abel Keeling; y sin saber por qué, algo en el tono de aquella última frase le recordó el honor debido al *María de la Torre*. Blanco de llagas y al término de su vida estaba el galeón, pero Abel Keeling era todavía el custodio de su dignidad. La voz tenía un acento juvenil; no estaba bien que jóvenes lenguas se movieran en desprecio de su galeón. Habló con dureza.

—¿Sois el capitán de esa nave?

—*Oficial de guardia* —volvieron a él flotando las palabras—. *El capitán está abajo*.

—Entonces id a buscarlo. Los amos hablan con los amos —respondió Abel Keeling.

Podía ver las dos figuras, chatas y sin relieve, paradas en una estructura alta y angosta provista de una barandilla. Uno de ellos silbó por lo bajo y pareció abanicarse la cara; pero el otro murmuró algo sordamente, ante una especie de chimenea. Después las dos siluetas se convirtieron en tres. Hubo cuchicheos, como de consulta, y en seguida habló una nueva voz. Al oír su vibración y su acento, un súbito temblor recorrió el cuerpo de Abel Keeling. Se preguntó qué fibra hería aquella voz en los olvidados recovecos de su memoria.

—¡*Ea*! —gritó esta voz nueva, aunque vagamente recordada—. *¿Qué ocurre? Escuche. Este es el destructor británico* Seapink, *que salió de Devonport en octubre*

último, y no tiene nada de particular. ¿Quiénes son ustedes?

—El *María de la Torre*, que zarpó del puerto de Rye el día de Santa Ana, y ahora con solo dos hombres…

Una exclamación lo interrumpió.

—*¿De dónde*? —dijo temblorosa aquella voz que conmovía tan extrañamente a Abel Keeling, mientras Bligh estallaba en gemidos de renovado éxtasis.

—Del puerto de Rye, en el condado de Sussex… ¡Ea, prestad atención; de lo contrario no podréis oírme mientras luchen el espíritu y el cuerpo de ese hombre! ¡Eh! ¿Estáis ahí?

Las voces se habían convertido en un débil murmullo; y la forma del buque se había desvanecido ante los ojos de Abel Keeling. Los llamó a gritos una y otra vez. Quería enterarse de la estructura y manejo de la cámara de viento…

—¡La cámara de viento! —gritó atormentado por el temor de perder la revelación tan próxima—. Quiero que me digáis cómo funciona…

Como un eco volvieron a él las palabras, pronunciadas con acento de incomprensión:

—*¿La cámara de viento*?

—… lo que impulsa al barco —quizá no sea viento; un arco de acero tendido también conserva la fuerza— la fuerza que almacenáis, para moveros a voluntad a través de la calma y las tormentas…

—*¿Tú entiendes lo que dice*?

—*Oh, en el momento menos pensado nos despertaremos*…

—*Un momento, ya sé. Las máquinas. Quiere saber algo de nuestras máquinas. Si seguimos así, acabará por pedirnos la documentación de a bordo. ¡El puerto de Rye!… Bueno, nada se pierde con seguirle la corriente. Veamos qué saca en limpio de todo esto. ¡Ah del barco!* —retornó la voz a Abel Keeling, un poco más fuerte ahora, como llevada por un viento cambiante, y hablando cada vez más de prisa—. *No es viento, sino vapor, ¿me oye? Vapor. Vapor de agua en ocho calderas Yarrow. Vapor, v-a-p-o-r. ¿Comprende? Y tenemos motores gemelos de triple expansión, son cuatro mil caballos de fuerza. 430 revoluciones por minuto. ¿Entendido? ¿Quiere saber algo de nuestro armamento, señor fantasma?*

Abel Keeling murmuraba temeroso para sus adentros. Le irritaba que palabras percibidas en su propio sueño no tuviesen significado para él ¿Cómo le llegaban en su sueño palabras que estando despierto no conocía?

—*En cuanto a armamento* —prosiguió la voz que turbaba tan profundamente los recuerdos de Abel Keeling— *tenemos dos tubos lanzatorpedos* Whitehead, *tres seis libras en la cubierta superior, y ese que ve junto a la torre de mando es un doce libras. Olvidaba mencionar que el buque es de acero níquel, que llevamos unas sesenta toneladas de hulla en las carboneras, y que nuestra velocidad máxima es*

aproximadamente de treinta nudos y cuarto. ¿Quiere subir a bordo?

Pero la voz siguió hablando, aún más rápida y febril, como para llenar de cualquier modo el silencio, y la figura que hablaba se inclinaba ansiosamente hacia adelante sobre la barandilla.

—*¡Uf! Me alegro de que esto haya ocurrido en plena luz del día* —murmuró otra voz.

—*Ojalá estuviera seguro de que está ocurriendo… ¡Pobre viejo fantasma!*

—*Supongo que se mantendría de pie aunque la cubierta estuviese en posición vertical. ¿Crees que se hundirá, o que simplemente se disolverá en el aire?*

—*Probablemente se hunda… sin oleaje… Oigan… Ahí está el otro…*

En efecto, Bligh cantaba nuevamente:

Señor, tú nos conoces
y sabes que si el triunfo
obtenemos de tu mano
sin sentir dolor ni pena,

bien poco lo apreciamos.
Pero tras la suerte adversa
es mil veces más precioso
todo don que recibimos…

—*¡Pero, oh, miren… miren… miren al otro! Diablos, ¿no es un tipo magnífico? ¡Miren!*

En efecto, Abel Keeling, transfigurado como un profeta en el momento del rapto, acababa de sentir su cerebro inundado por la blanquísima luz de la perfecta comprensión; de recibir aquello que él y su sueño habían estado esperando. Como si Dios hubiese grabado sus líneas en su cerebro, conoció aquel barco del futuro. Lo conoció milagrosamente, totalmente, como conocen las cosas aquellos que ya bajan al sepulcro y aceptan con un gesto de natural asentimiento las imposibilidades de la vida. Desde las bocas ardientes de sus ocho calderas hasta la última gota de sus lubricadores, desde el montaje de sus máquinas hasta las recámaras de sus cañones de tiro rápido. Calculó su arqueo, tomó su posición, leyó las distancias de tiro en el telémetro, y vivió la vida de quien lo comandaba. Ya mañana no olvidaría la revelación, como había olvidado tantas otras veces, porque al fin había visto el agua bajo sus pies y sabía que no restaba para él ningún mañana en este mundo…

Y aun en aquel momento, cuando solo quedaban uno o dos gránulos en su reloj de arena, indomable, insaciable, soñando sueño sobre sueño, se sintió incapaz de morir sin saber más. Le quedaban dos preguntas por formular, y aun una tercera pregunta, la más fundamental. Y solo disponía de un instante. Estridente se oyó su voz:

—¡Oídme! Este viejo barco, el *María de la Torre*, no puede hacer treinta nudos y cuarto, pero aun así puede navegar. ¿Qué más hace el vuestro? ¿Se eleva sobre las aguas, como las aves que surcan el espacio?

—*Santo Dios, cree que esto es un avión… No, no vuela…*

—¿Y puede sumergirse, como los peces del mar?

—*No… Esos son los submarinos… Esto no es un submarino.*

Pero Abel Keeling ya no lo escuchaba. Lanzó una risa de júbilo.

—Oh, treinta nudos, y en la superficie del agua… ¿nada más que eso? ¡Ja, ja, ja! … Mi barco, os digo… navegará… ¡Cuidado ahí abajo! ¡Acuñad ese cañón!

El grito brotó súbito y alerta, al tiempo que se oía en las entrañas de la nave un rumor sordo y un temblor siniestro sacudía al galeón.

—*¡Por Dios!, se han soltado los cañones… Es el fin…*

—¡Acuñad ese cañón y amarrad los otros! —gritó nuevamente la voz de Abel Keeling, como si hubiera alguien para obedecerle.

Se había abrazado a los maderos del campanario, pero en mitad de la orden siguiente su voz bruscamente se quebró. La silueta de su barco, por un instante olvidada, apareció nuevamente ante sus ojos. Llegaba el fin, y aún no había formulado la pregunta decisiva, el temor de cuya respuesta le torturaba el rostro y parecía a punto de hacerle estallar el corazón.

—Un momento… el que habló conmigo… el capitán —gritó con voz penetrante —, ¿está ahí todavía?

—*Sí, sí* —repuso la otra voz, enferma de suspenso—. *¡Oh, pronto!*

Por un instante se mezclaron indescriptiblemente roncos gritos de muchas voces, un golpe seco, un rodar sobre planchas de madera, un estallido de tablones, un gorgoteo y una zambullida; el cañón bajo el cual había estado Abel Keeling acababa de cortar sus amarras podridas, precipitándose por la cubierta y arrastrando consigo el cuerpo inconsciente de Bligh. La cubierta quedó vertical, y por un instante más Abel Keeling se aferró al campanario.

—No puedo ver vuestro rostro —gritó—, pero me parece conocer vuestra voz. ¿Cómo os llamáis?

En un desgarrado sollozo vino la respuesta:

—*Keeling… Abel Keeling… ¡Oh, Dios mío!*

Y el grito de triunfo de Abel Keeling, dilatado hasta convertirse en un «¡Hurra!» de victoria, se perdió en el descenso vertical del *María de la Torre*, que dejó el estrecho vacío, salvo por el ígneo resplandor del sol y la última humosa evaporación de las brumas.

5
El hombre que soñó Las Mil y una Noches.

A Las Mil y Una Noches, colección de leyendas orientales de autor ANÓNIMO pertenece esta breve y perfecta narración fantástica, traducida de la selección de Bennet Cerf, quien utilizó la versión de Richard Burton.

Vivió cierta vez en Bagdad un hombre rico, que perdió todo su caudal y quedó tan desposeído que solo trabajando duramente podía ganarse la vida. Una noche se acostó a dormir, abatido y pesaroso, y vio en sueños a un personaje que le decía:

—En verdad, tu fortuna está en El Cairo. Ve allá y búscala.

Y el hombre se puso en camino del Cairo. Pero a su arribo lo sorprendió la noche y se acostó a dormir en una mezquita. Más tarde, por designio de Alá Todopoderoso, entró en la mezquita una banda de malhechores, que a través de ella penetraron en la casa vecina. Mas los propietarios, perturbados por el ruido de los ladrones, despertaron y dieron la alarma. Y en seguida acudió en su ayuda, con sus hombres, el jefe de policía.

Huyeron los ladrones, pero el Wali entró en la mezquita y encontrando allí dormido al hombre de Bagdad, lo prendió y le hizo dar tantos azotes con varas de palma, que casi lo dejaron por muerto. Arrojáronlo después a la cárcel, donde estuvo tres días. Cumplidos los cuales, el jefe de policía mandó buscarlo y le preguntó:

—¿De dónde eres?

Y él respondió:

—De Bagdad.

Dijo el Wali:

—¿Qué te trae al Cairo?

Respondió el de Bagdad:

—En un sueño vi a Uno que me decía: «Tu fortuna está en El Cairo. Ve a buscarla». Mas cuando llegué al Cairo, descubrí que la fortuna que me prometía eran los varazos que tan generosamente me habéis dado.

El Wali se rio hasta dejar a la vista sus muelas del juicio.

—Hombre de poco ingenio —dijo—, tres veces he visto yo en un sueño a alguien que me decía: «Hay en Bagdad una casa, en tal barrio y de tal aspecto, y tiene un jardín en cuyo extremo hay una fuente, y bajo ella una gran suma de dinero sepultada. Ve y tómala». Pero yo no fui; en cambio tú, por tu poca cabeza, has viajado de un

lado a otro, dando crédito a un sueño que no era más que ocioso engaño de la fantasía.

Y le dio dinero, diciéndole:

—Con esto, regresa a tu país.

Y el hombre tomó el dinero y emprendió el regreso. Pero la casa que el Wali le había descrito era la propia casa que el hombre tenía en Bagdad. Y cuando estuvo en ella, el peregrino cavó bajo la fuente de su jardín y descubrió un gran tesoro. Y así, por gracia de Alá, ganó una maravillosa fortuna.

6
Laura
Saki

SAKI (seudónimo de H. H. Munro) nació en 1870, en Birmania, y se educó en Inglaterra.

Ejerció el periodismo y fue corresponsal de diarios británicos en diversas capitales europeas.

En 1908 se estableció en Londres. Al estallar la primera guerra mundial se alistó en el ejército inglés. Murió en el frente, en Francia, el año 1916.

Su humorismo brillante, comparable al de Oscar Wilde, suele esconder un fondo de amargura; a veces se desliza hacia lo patético, y aun lo terrorífico. Precisamente Saki es autor de uno de los relatos más inquietantes con que cuenta la literatura fantástica: *Shredni Vashtar* del que ya existe versión castellana.

—¿No estás realmente moribunda, verdad? —preguntó Amanda.

—El médico me ha dado permiso para vivir hasta el martes —repuso Laura.

—Pero hoy es sábado. ¡Esto es serio! —exclamó Amanda.

—No sé si es serio. Pero sin duda es sábado.

—La muerte siempre es seria —dijo Amanda.

—Yo no he dicho que pensaba morir. Probablemente dejaré de ser Laura, pero seguiré siendo otra cosa. Algún animal, supongo. Tú sabes que cuando alguien no ha sido demasiado bueno en la vida que acaba de vivir, reencarna en algún organismo inferior. Y pensándolo bien, yo no he sido demasiado buena. He sido mezquina, ruin y vengativa siempre que las circunstancias han parecido justificarlo.

—Las circunstancias nunca justifican esas cosas —dijo Amanda apresuradamente.

—Si no te molesta que sea yo quien lo diga —observó Laura—, Egbert es una circunstancia que justifica eso y mucho más. Tú te has casado con él, tu caso es distinto. Has jurado amarlo, respetarlo y soportarlo. Pero yo no.

—No veo qué tiene de malo Egbert —protestó Amanda.

—Oh, seguramente la maldad ha estado de mi parte —admitió Laura desapasionadamente—. Él ha sido simplemente la circunstancia extenuante. Días pasados, por ejemplo, provocó un mezquino y absurdo escándalo porque saqué a

pasear sus cachorros de ovejero.

—Sí, pero los cachorros espantaron a los pollos de la Sussex bataraza, y ahuyentaron de sus nidos a dos gallinas cluecas, además de pisotear los canteros del jardín. Tú sabes que él tiene cariño por sus gallinas y su jardín.

—Aun así, no había necesidad de machacar en eso toda la tarde. Y tampoco tenía por qué decir: «No hablemos más del asunto», justamente cuando yo empezaba a tomarle el gusto a la discusión. Fue entonces cuando llevé a cabo una de mis mezquinas venganzas —añadió Laura con una sonrisa que nada tenía de arrepentimiento—. Al día siguiente del episodio de los cachorros, introduje toda la cría de Sussex batarazas en el cobertizo donde guarda las semillas.

—¿Cómo pudiste hacer eso? —exclamó Amanda.

—Fue muy fácil —dijo Laura—. Dos de las gallinas fingieron estar empollando, pero yo me mostré enérgica.

—¡Y nosotros pensamos que había sido un accidente!

—Ya ves —prosiguió Laura— que tengo algún fundamento para creer que mi próxima reencarnación se llevará a cabo en algún organismo inferior. Seré un animal. Por otra parte, no he sido del todo mala, a mi manera, y confío en que me convertiré en algún animal bonito, elegante y vivaz, con cierta inclinación al juego. Una nutria, quizá.

—No puedo imaginarte convertida en nutria —dijo Amanda.

—Tampoco me parece que puedas imaginarme convertida en un ángel.

Amanda guardó silencio. En efecto, no podía.

— Personalmente, creo que una vida de nutria será bastante placentera —continuó Laura—. Comeré salmón todo el año y tendré la satisfacción de pescar las truchas en su propia casa, sin tener que aguardar horas y horas que se dignen reparar en la mosca que uno balancea ante ellas. Además, una figura elegante y esbelta…

—Piensa en los perros nutrieros —interrumpió Amanda—. ¡Qué horrible, ser perseguida, acosada y finalmente martirizada hasta morir!

—Resultará bastante divertido si la mitad del vecindario se para a mirar. De todas maneras, no será peor que morirse pulgada a pulgada de martes a sábado. Y cuando haya muerto, encarnaré en otro ser. Si he sido una nutria moderadamente buena, supongo que podré volver a alguna de las formas humanas, algo primitivo, quizá; probablemente reencarnaré en un chiquillo nubio, negro y desnudo.

—Ojalá hablaras en serio —suspiró Amanda—. Es lo menos que podrías hacer, si realmente piensas morirte el martes.

En verdad, Laura murió el lunes.

—¡Qué horrible trastorno! —exclamaba Amanda, hablando con su tío político Sir Lulworth Quayne—. He invitado a mucha gente a jugar al golf y a pescar, y los rododendros nunca han estado tan hermosos.

—Laura fue siempre muy desconsiderada —dijo Sir Lulworth—. Nació en la semana de Goodwood un día que había llegado a la casa un Embajador que odiaba a los bebés.

—Tenía las ideas más alocadas —dijo Amanda—. ¿Sabe usted si había algún antecedente de locura en su familia?

—¿Locura? No, nunca oí hablar de eso. Su padre vive en West Kensington, pero creo que en todo lo demás es perfectamente cuerdo.

—Se le había puesto en la cabeza que reencarnaría en una nutria.

—Es tan frecuente encontrar esas ideas de reencarnación, aun en occidente —dijo Sir Lulworth—, que no parece justo calificarlas de locura. Y Laura fue en su vida una mujer tan imprevisible, que no me atrevería a formular opiniones decisivas sobre su posible existencia ulterior.

—¿Cree usted realmente que puede haber asumido una forma animal? —preguntó Amanda. Era de esas personas que con sorprendente rapidez conforman sus juicios a los de quienes las rodean.

En aquel preciso momento entró Egbert, con un aire de congoja que la muerte de Laura habría sido insuficiente para explicar.

—¡Cuatro de mis Sussex batarazas, muertas!… —exclamó—. Las mismas que el viernes debía llevar a la exposición. Una de ellas fue arrastrada y devorada en el centro de ese nuevo cantero de claveles que me ha costado tantos desvelos y gastos. ¡Mis flores más queridas y mis mejores aves, elegidas para la destrucción, como si la bestia que perpetró esa fechoría hubiera sabido exactamente cuál era el peor desastre que podía ocasionar en tan poco tiempo!

—¿Habrá sido un zorro? —preguntó Amanda.

—Más probable que haya sido una comadreja —opinó Sir Lulworth.

—No —dijo Egbert—. Encontramos huellas de patas membranosas por todas partes, y seguimos el rastro hasta el arroyo, al fondo del jardín. Evidentemente, era una nutria.

Amanda miró rápida y furtivamente a Sir Lulworth.

Egbert estaba demasiado agitado para desayunarse, y salió a supervisar la operación de reforzar las defensas del gallinero.

—Me parece que por lo menos habría podido esperar a que se realizara el funeral —dijo Amanda, escandalizada.

—Es su propio funeral, no lo olvide —repuso Sir Lulworth—. No sé hasta qué punto se puede exigir que uno respete sus propios restos mortales.

El descuido de las convenciones fúnebres fue llevado a extremos más graves el día siguiente. Durante la ausencia de la familia, que asistía al funeral, fueron masacradas las Sussex batarazas sobrevivientes. La línea de retirada del depredador parecía haber abarcado la mayor parte de los canteros del jardín, pero los cuadros de

fresas del huerto también habían sufrido lo suyo.

—Haré traer los perros nutrieros lo antes posible —exclamó Egbert indignado.

—¡De ningún modo! ¡Ni soñar en semejante cosa! —replicó Amanda—. Quiero decir, no quedaría bien, a tan poco del funeral.

—Es un caso de fuerza mayor —dijo Egbert—. Cuando una nutria se ceba, jamás pone fin a sus correrías.

—Quizá se marchará a otra parte ahora que no quedan más gallinas —sugirió Amanda.

—Cualquiera pensaría que tratas de proteger a esa maldita bestia —dijo Egbert.

—Ha habido tan poca agua últimamente en el arroyo… —objetó Amanda—. No me parece propio de un buen deportista perseguir a un animal que no tiene posibilidad de refugiarse en ninguna parte.

—¡Santo Dios! —bramó Egbert—. ¿Quién habla de deporte? Quiero matar a ese animal lo antes posible.

Pero aun la oposición de Amanda se debilitó el domingo siguiente, cuando a la hora en que estaban todos en misa, la nutria entró en la casa, arrebató un salmón de la despensa y lo desmenuzó en escamosos fragmentos sobre la alfombra persa del estudio de Egbert.

—El día menos pensado se ocultará debajo de nuestras camas, y nos morderá los dedos de los pies —dijo Egbert, y Amanda, a juzgar por lo que sabía de aquella nutria en particular, debió admitir que esa posibilidad no era demasiado remota.

La víspera del día fijado para la cacería, Amanda anduvo sola durante más de una hora por las orillas del arroyo, dando voces que imaginaba semejantes a los aullidos de un perro. Quienes la escucharon creyeron, piadosamente, que ensayaba imitaciones de gritos de animales para el próximo festival del pueblo.

Al día siguiente, fue su amiga y vecina, Aurora Burret, quien le trajo la noticia del acontecimiento.

—Lástima que no hayas venido con nosotros. Nos divertimos mucho. La encontramos en seguida, en el estanque lindero del jardín.

—¿La… mataron? —preguntó Amanda.

—Ya lo creo. Una hermosa nutria. Cuando Egbert trataba de agarrarla por la cola, lo mordió con furia. Pobre bestia, me dio verdadera lástima. Tenía una expresión tan humana en los ojos cuando la mataron… Dirás que soy una tonta, pero ¿sabes a quién me recordaba esa mirada?… Vamos, querida, ¿qué te pasa?

Cuando Amanda se hubo recobrado hasta cierto punto de su ataque de postración nerviosa, Egbert la llevó al valle del Nilo en viaje de descanso. El cambio de escenario trajo rápidamente la deseada recuperación de la salud y del equilibrio mental de Amanda. Las correrías de una nutria aventurera en busca de un cambio de régimen alimenticio fueron colocadas en el marco que les correspondía: simples

incidentes sin importancia. El carácter normalmente plácido de Amanda prevaleció. Ni siquiera un huracán de gritos y maldiciones, procedentes del cuarto de vestir de su esposo y lanzados por la voz de Egbert, aunque no en su léxico habitual, logró perturbar su serenidad mientras se acicalaba despaciosamente aquella tarde en un hotel de El Cairo.

—¿Qué ocurre? —preguntó con fingida curiosidad.

—¡Esa bestezuela me ha tirado todas las camisas limpias en la bañera! Ah, si yo te agarro, animal…

—¿Qué bestezuela? —preguntó Amanda, reprimiendo sus deseos de reír. ¡El vocabulario de Egbert era tan desesperadamente inadecuado para expresar sus ultrajados sentimientos…!

—¡Esa maldita bestia, ese chico negro y desnudo, ese chico nubio! —estalló Egbert.

Y ahora Amanda está gravemente enferma.

7

Los tres *staretzi*[1]

León Tolstoi

Militar, escritor, filósofo, moralista, nacido en 1828, muerto en 1910, LEON TOLSTOI pertenece al siglo de oro de la literatura rusa.

Además de sus grandes novelas —*Los Cosacos*, *La Guerra y la Paz*, *Ana Karenina*, *Resurrección*—, de sobra conocidas, recogió en breves relatos algunas hermosas leyendas de su país.

No podríamos asegurar que este pertenezca a dicha categoría; participa ciertamente de la frescura casi mágica del folklore, pero también, acaso de las ideas religiosas que en su última época alentó el gran visionario.

> Y orando, no habléis inútilmente, como los paganos, que piensan que por su parlería serán oídos.
>
> No os hagáis, pues, semejantes a ellos, porque vuestro padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes de que vosotros le pidáis.
>
> SAN MATEO, vi. 7 y 8.

El arzobispo de Arcángel navegaba hacia el monasterio de Solovski. Iban en el buque varios peregrinos que se dirigían al mismo lugar para adorar las sagradas reliquias que allí se custodian. El viento era favorable, el tiempo magnífico, y el barco se deslizaba serenamente.

Algunos peregrinos se habían recostado, otros comían; otros, sentados, conversaban en pequeños grupos. El arzobispo subió al puente y comenzó a pasearse. Al acercarse a la proa vio un grupito de pasajeros, y en el centro un *mujik* que hablaba señalando un punto del horizonte. Los demás le escuchaban con atención.

El arzobispo se detuvo y miró en la dirección que señalaba el *mujik*; pero solo vio

el mar, cuya bruñida superficie resplandecía a la luz del sol. El arzobispo se acercó al corro y prestó atención. El *mujik*, al verlo, se descubrió y calló. Los demás lo imitaron, descubriéndose respetuosamente.

—No os violentéis, hermanos míos —dijo el prelado—. Yo también quiero oír lo que cuenta el *mujik*.

—Pues bien —dijo un comerciante, que parecía menos intimidado que los demás componentes del grupo—, nos contaba la historia de los tres *staretzi*.

—¡Ah! —dijo el arzobispo—. ¿Y qué historia es esa? —Y acercándose a la borda, se sentó sobre un cajón—. Habla —agregó, dirigiéndose al campesino—, yo también quiero oírte. ¿Qué señalabas, hijo mío?

—Aquel islote —respondió el campesino, mostrando, a su derecha, un punto del horizonte—. Justamente en ese islote, los tres *staretzi* trabajan por la salvación de su alma.

—Pero ¿dónde está el islote?

—Mire usted en la dirección de mi mano. ¿Ve esa nubecilla? Pues bien, algo más bajo, a la izquierda. Esa especie de faja gris.

El arzobispo miraba con atención, pero como el agua centelleaba y él no tenía costumbre, nada alcanzaba a ver.

—Pues no veo nada —dijo—. Mas ¿quiénes son esos *staretzi*, y cómo viven?

—Son hombres de Dios —contestó el campesino—. Hace ya mucho que oí hablar de ellos, pero hasta el verano pasado no tuve oportunidad de verlos.

El *mujik* reanudó su relato. Un día que había salido a pescar, un temporal lo arrastró hasta aquel islote desconocido. Echó a caminar y descubrió una minúscula cabaña, junto a la cual estaba uno de los *staretzi*. Poco después aparecieron los otros dos. Al ver al campesino, pusieron sus ropas a secar y lo ayudaron a reparar su barca.

—¿Y cómo son? —preguntó el arzobispo.

—Uno de ellos es encorvado, pequeño y muy viejo. Viste una raída sotana, y parece tener más de cien años. Su blanca barba empieza a adquirir una tonalidad verdosa. Es sonriente y apacible como un ángel del cielo.

»El segundo, un poco más alto, lleva un andrajoso capote.

»Su luenga barba gris tiene reflejos amarillos. Es muy vigoroso: puso mi barca boca abajo como si se tratara de una cáscara de nuez, sin darme tiempo a ayudarle. Él también parece siempre contento. El tercero es muy alto: su barba es blanca como el plumaje del cisne, y le llega hasta las rodillas. Es un hombre melancólico, de hirsutas cejas, que solo cubre su desnudez con un trozo de tela hecha de fibras trenzadas, que se sujeta a la cintura.

—¿Y qué te dijeron? —preguntó el sacerdote.

—Oh, hablaban muy poco, aun entre ellos. Les bastaba una mirada para entenderse. Le pregunté al más anciano si hacía mucho tiempo que vivían allí, y él no

sé qué me respondió con tono de fastidio. Pero el más pequeño le tomó la mano, sonriendo, y el alto enmudeció.

»El viejecito dijo solamente: “Haznos el favor…”.

»Y sonrió.

Mientras hablaba el campesino, el barco se había acercado a un grupo de islas.

—Ahora se divisa perfectamente el islote —observó el comerciante—. Mire usted, Ilustrísima —añadió extendiendo el brazo.

El arzobispo vio una faja gris. Era el islote. Permaneció inmóvil un largo rato, y después, pasando de proa a popa, dijo al piloto:

—¿Qué islote es aquel?

—Uno de tantos. No tiene nombre.

—¿Es cierto que allí trabajan los *staretzi* por la salvación de su alma?

—Eso dicen, mas no sé si es cierto. Los pescadores aseguran haberlos visto. Pero a veces se habla por hablar.

—Me gustaría desembarcar en el islote para ver a los *staretzi* —dijo el arzobispo —. ¿Es posible?

—Con el buque, no —respondió el piloto—. Para eso hay que utilizar el bote, y solo el capitán puede autorizarnos a lanzarlo al agua.

Se dio aviso al capitán.

—Quiero ver a los *staretzi* —dijo el arzobispo—. ¿Puede llevarme?

El capitán intentó disuadirlo.

—Es fácil —dijo—, pero perderemos mucho tiempo. Y casi me atrevería a decir a Su Ilustrísima que no vale la pena verlos. He oído decir que esos ancianos son unos necios, que no entienden lo que se les dice y casi no saben hablar.

—Sin embargo, quiero verlos. Pagaré lo que sea. Pero le ruego disponer que me lleven a verlos.

La cosa quedó resuelta. Se realizaron los preparativos necesarios, se cambiaron las velas, el piloto viró de bordo y el buque enfiló hacia la isla. Colocaron a proa una silla para el arzobispo, quien sentado en ella clavó la mirada en el horizonte. Los pasajeros también se reunieron para ver el islote de los *staretzi*. Los que tenían buena vista divisaban ya las rocas de la isla y mostraban a los demás la diminuta choza. Bien pronto uno de ellos descubrió a los tres *staretzi*.

El capitán trajo un anteojo, miró, y lo pasó al arzobispo.

—Es cierto —dijo—. A la derecha, junto a un gran peñasco, se ven tres hombres.

El arzobispo enfocó el larga vista en la dirección señalada, y vio, efectivamente, tres hombres: uno muy alto, otro más bajo y el tercero muy pequeño. Estaban de pie, junto a la orilla, tomados de la mano.

—Aquí debemos anclar el buque —dijo el capitán al arzobispo—. Su Ilustrísima debe embarcar en el bote. Nosotros le esperaremos.

Echaron el ancla, recogieron las velas y el barco empezó a cabecear. Botaron la canoa, saltaron a ella los remeros, y el arzobispo descendió por la escala.

Sentóse en un banco de popa y los marinos remaron en dirección al islote. Pronto llegaron a tiro de piedra. Se distinguía perfectamente a los tres *staretzi*: uno muy alto, casi desnudo, salvo por un trozo de tela ceñido a la cintura y hecho de fibras entrelazadas; otro más bajo, con un capote harapiento, y por último el más viejo, encorvado y vestido con sotana. Estaban los tres tomados de la mano.

Llegó el bote a la orilla, saltó a tierra el arzobispo, y bendiciendo a los *staretzi*, que se deshacían en reverencias, les habló así:

—He sabido que trabajáis aquí por la eterna salvación de vuestra alma, amados *staretzi*, y que rezáis a Cristo por el prójimo. Yo, indigno servidor del Altísimo, he sido llamado por su gracia para apacentar sus ovejas. Y puesto que servís al Señor, he querido visitaros para traeros la palabra divina.

Los *staretzi* callaron, se miraron y sonrieron.

—Decidme cómo servís a Dios —prosiguió el arzobispo.

El *staretzi* que estaba en el centro suspiró y miró al viejecito.

El *staretzi* más alto hizo un gesto de fastidio y también se volvió hacia el anciano.

Este sonrió y dijo:

—Servidor de Dios, nosotros no podemos servir a nadie sino a nosotros mismos, ganando nuestro sustento.

—Pues entonces —dijo el arzobispo—, ¿cómo rezáis?

—Nuestra oración es esta: «Tú eres tres, nosotros somos tres. Concédenos tu gracia».

Y no bien el viejecillo pronunció estas palabras, los tres *staretzi* alzaron la mirada al cielo y repitieron:

—Tú eres tres, nosotros somos tres. Concédenos tu gracia.

Sonrió el arzobispo y dijo:

—Evidentemente habéis oído hablar de la Santísima Trinidad, mas no es así como se debe rezar. Os he tomado afecto, venerables *staretzi*, porque advierto que queréis complacer a Dios. Pero ignoráis cual es la forma de servirlo. Esa no es la manera de rezar. Oídme, que yo os la enseñaré. Lo que os diré está en las Sagradas Escrituras de Dios, que dicen cómo debemos dirigirnos a Él.

Y el arzobispo les explicó cómo Cristo se reveló a los hombres, y les explicó el misterio de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Después agregó:

—El Hijo de Dios descendió a la tierra para salvar al género humano, y a todos nos enseñó a rezar. Atended y repetid conmigo:

Y el arzobispo empezó:

—Padre nuestro…

Y el primer *staretzi* repitió:

—Padre nuestro…

Y el segundo dijo asimismo:

—Padre nuestro…

Y el tercero:

—Padre nuestro…

—Que estás en los Cielos… —prosiguió el arzobispo.

Y los *staretzi* repitieron:

—Que estás en los Cielos…

Pero el que estaba en el medio se equivocaba y decía una palabra por otra; el más alto no podía seguir por que los bigotes le tapaban la boca, y el viejecito que no tenía dientes, pronunciaba muy mal.

El arzobispo recomenzó la oración, y los *staretzi* volvieron a repetirla. El prelado se sentó en una piedra, y los *staretzi* hicieron círculo alrededor de él, mirándolo fijamente y repitiendo todo lo que decía.

Todo el día, hasta la llegada de la noche, el arzobispo luchó con ellos, repitiendo la misma palabra diez, veinte, cien veces, y tras él los *staretzi*. Se atascaban, él los corregía y vuelta a empezar.

El arzobispo no se separó de los *staretzi* hasta que les hubo enseñado la divina oración. La repitieron con él, y después solos. El *staretzi* del medio la aprendió antes que los otros, y la dijo él solo. Entonces el arzobispo se la hizo repetir varias veces, y sus compañeros lo imitaron.

Empezaba a oscurecer y la luna se levantaba sobre el mar cuando el arzobispo se incorporó para volver al buque. Se despidió de los *staretzi*, quienes lo saludaron inclinándose hasta el suelo. Él los hizo incorporarse, los besó a los tres, recomendándoles que rezaran como él les había enseñado. Después se instaló en el banco del bote, que se dirigió hacia el buque.

Mientras bogaban, seguía oyendo a los *staretzi* que recitaban en alta voz la plegaria del Señor. Pronto llegó el bote junto al barco. Ya no se oía la voz de los *staretzi*, pero aún se los veía en la orilla, los tres a la luz de la luna, el viejecito en medio, el más alto a su derecha y el otro a la izquierda.

El arzobispo llegó al buque y subió al puente. Levaron anclas, el viento hinchó las velas y la nave se puso en marcha, continuando el viaje interrumpido.

El arzobispo se sentó a popa, con la mirada clavada en el islote. Aún se divisaba a los tres *staretzi*. Después desaparecieron y solo se vio la isla. Y por último esta también se desvaneció en lontananza, y quedó el mar solo y cintilante bajo la luna.

Se recogieron los peregrinos y el silencio envolvió el puente. Pero el arzobispo aún no quería dormir. Solo en la popa, contemplaba el mar, en dirección del islote, y pensaba en los buenos *staretzi*. Recordaba la dicha que habían experimentado al aprender la plegaria, y agradecía a Dios que lo hubiera señalado para ayudar a

aquellos santos varones, enseñándoles la palabra divina.

Esto pensaba el arzobispo, con la mirada fija en el mar, cuando vio algo que blanqueaba y fulguraba en la estela luminosa de la luna. Sería una gaviota, o una vela blanca. Miró con más atención, y se dijo: «Sin duda es una barca de vela que nos sigue. ¡Pero cuán veloz avanza! Hace un instante estaba lejos, muy lejos, y ahora ya está cerca. Además, no se parece a ninguna de las barcas que yo he visto, y esa vela tampoco parece una vela».

No obstante, aquello los sigue, y el arzobispo no atina a descubrir qué es. ¿Un buque, un ave, un pez? También parece un hombre, pero es más grande que un hombre. Y además, un hombre no podría caminar sobre el agua.

Levantóse el arzobispo y fue a donde estaba el piloto.

—¡Mira! —le dijo—. ¿Qué es eso?

Pero en ese instante advierte que son los *staretzi* que se deslizan sobre el mar y se acercan a la nave. Sus níveas barbas lanzan un intenso resplandor.

El piloto deja la barra y grita:

—¡Señor, los *staretzi* nos persiguen sobre el mar, y corren por las olas como por el suelo!

Al oír estos gritos, los pasajeros se levantaron y lanzáronse hacia la borda. Entonces todos vieron a los *staretzi* que se deslizaban por el mar, tomados de la mano, y que los de los extremos hacían señas de que el buque se detuviera.

Aún no habían tenido tiempo de detener la marcha, cuando los tres *staretzi* llegaron junto al barco, y levantando los ojos dijeron:

—Servidor de Dios, ya no sabemos lo que nos enseñaste. Mientras lo repetíamos lo recordábamos, pero una hora después olvidamos una palabra, y no podemos recitar la plegaria. Enséñanosla otra vez.

El arzobispo se persignó, y dijo inclinándose hacia los *staretzi*:

—Vuestra oración llegará igualmente al Señor, santos *staretzi*. No soy yo quien debe enseñaros. ¡Rogad por nosotros, pobres pecadores!

Y el arzobispo los saludó con veneración. Los *staretzi* permanecieron un instante inmóviles, después se volvieron y se alejaron sobre el mar.

Y hasta el alba se vio un gran resplandor del lado por donde habían desaparecido.

8
La zarpa del mono
W. W. Jacobs

JACOBS (WILLIAM WYMARK, 1863 - 1943) figura en los diccionarios biográficos como humorista inglés. Amparado en ese oblicuo privilegio, ha aterrado a millones de lectores con este cuento simple y atroz, herencia forzosa de antologías, traducido a casi todos los idiomas, llevado al teatro, que le dio fama, acaso dinero y oscureció sin remedio el resto de su obra. Se dice que en ella efectivamente cultivó el humorismo.

I

Afuera la noche era fría y lluviosa, pero en la salita de Villa Laburnum estaban corridos los visillos y ardía luminosamente el fuego. Padre e hijo jugaban al ajedrez; aquel tenía ideas muy personales sobre el juego, y exponía su rey a peligros tan graves e innecesarios, que aun la anciana señora de cabellos blancos, que tejía plácidamente junto al fuego, no podía abstenerse de comentarlos.

—Oigan el viento —dijo el señor White, advirtiendo tarde un error fatal, y esforzándose amablemente por impedir que su hijo lo viera.

—Ya lo oigo —dijo este, observando, ceñudo el tablero y estirando la mano—. Jaque.

—No creo que venga esta noche —dijo el padre, con la mano suspendida sobre el tablero.

—Mate —replicó el hijo.

—Ese es el inconveniente de vivir tan lejos —chilló el señor White, con súbita e injustificada violencia—. Nunca he visto un lugar tan a trasmano, tan incómodo y cenagoso como este. El sendero es un pantano y el camino es un arroyo. No sé en qué piensa la gente. Seguramente creen que no importa, porque solo hay dos casas alquiladas en el camino.

—No te preocupes, querido —dijo su esposa—; quizá ganes la próxima.

El señor White alzó bruscamente la cabeza, a tiempo para interceptar una mirada de inteligencia cambiada entre madre e hijo. Las palabras murieron en sus labios, y ocultó en la rala barba una sonrisa culpable.

—Ahí está —dijo Herbert White. Acababa de oírse el ruido del portón, y pesados pasos se acercaban a la puerta.

El anciano se puso de pie con hospitalario apresuramiento. Abrió la puerta, lo oyeron lamentarse del tiempo con el recién llegado. Este se lamentaba también por su cuenta, de modo que la señora White dijo: «¡Ta, ta!» y tosió suavemente cuando su esposo entró en la sala, seguido de un hombre alto, corpulento, de cara rubicunda y ojos pequeños y brillantes.

—El sargento mayor Morris —dijo, presentándolo. El sargento mayor estrechó la mano de la señora y ocupando el asiento que le ofrecían junto al fuego observó satisfecho a su anfitrión, que sacaba una botella de whisky y vasos y colocaba sobre el fuego una pequeña tetera de cobre.

Después del tercer vaso los ojos del sargento se volvieron más brillantes. Empezó a hablar. El pequeño círculo de familia observaba con ansioso interés a aquel visitante que venía de lejanas tierras y que cuadrando las anchas espaldas en la silla hablaba de salvajes escenas y esforzadas hazañas; de guerras y pestes y extraños pueblos.

—Veintiún años en eso —dijo el señor White, mirando a su esposa y su hijo y moviendo la cabeza de arriba abajo—. Cuando se fue, era un jovencito, un dependiente de los almacenes. Mírenlo ahora.

—No parece haberle sentado mal —opinó cortésmente la señora White.

—A mí también me gustaría ir a la India —dijo el anciano—. Nada más que para ver, ¿sabe usted?

—Está mejor donde está —respondió el sargento mayor meneando la cabeza. Bajó el vaso vacío, suspiró y volvió a menear la cabeza.

—Me gustaría ver esos viejos templos, y esos faquires y juglares —dijo el viejo —. ¿Qué era esa zarpa de mono de que empezó a hablarme días pasados, Morris?

—Nada —repuso apresuradamente el soldado—. Por lo menos, nada de que valga la pena hablar.

—¿Una zarpa de mono? —dijo la señora White con curiosidad.

—Bueno, es algo que quizá podría llamarse magia —contestó despreocupadamente el sargento. Sus tres oyentes se inclinaron ansiosos hacia él. El visitante se llevó distraídamente a los labios el vaso vacío, y volvió a bajarlo. El señor White lo llenó.

—A primera vista —dijo el sargento revisándose los bolsillos—, no es más que una vulgar zarpa de mono momificada.

Sacó algo del bolsillo y lo mostró. La señora White retrocedió con una mueca,

pero su hijo tomó aquel objeto y lo examinó con curiosidad.

—¿Y qué tiene esto de particular? —preguntó el señor White recibiendo la zarpa de manos de su hijo y colocándola sobre la mesa después de observarla.

—Un viejo faquir la hechizó —dijo el sargento—. Era un hombre muy santo. Quería demostrar que el destino rige las vidas humanas y acarrea grandes males a quienes se atreven a desafiarlo. La hechizó de modo que tres hombres distintos pudieran formularle tres deseos.

Hablaba con seguridad tan impresionante que quienes lo oían soltaron a reír, pero con risa algo nerviosa.

—¿Y por qué no formula usted tres deseos? —preguntó Herbert White, tratando de ser ingenioso. El soldado lo miró con esa expresión con que los hombres de edad madura suelen mirar a los jóvenes presuntuosos.

—Ya lo he hecho —dijo quedamente, y su cara cubierta de manchas palideció.

—¿Y se cumplieron los tres deseos? —preguntó la señora White.

—Sí —dijo el sargento mayor. El vaso rechinó contra sus fuertes dientes.

—¿Y alguien más los ha formulado? —insistió la anciana.

—Sí, los tres deseos del primer hombre también se cumplieron —fue la respuesta —. No sé cuáles fueron los dos primeros, pero la tercera vez deseó la muerte. Fue así como la zarpa de mono llegó a mi poder.

Hablaba en tono tan grave que el silencio cayó sobre los demás.

—Si usted ya ha pedido tres cosas, Morris —dijo por fin el anciano—, esa pata de mono no le sirve más. ¿Por qué la conserva?

El soldado meneó la cabeza.

—Por capricho, supongo —dijo lentamente—. He pensado venderla, pero creo que no lo haré. Ha provocado ya demasiados males. Además, la gente no quiere comprármela. Algunos creen que es un cuento de hadas; y los menos desconfiados quieren hacer la prueba primero y pagarme después.

—Y si usted pudiera volver a pedir tres cosas —dijo el anciano, observándolo con mirada penetrante—, ¿lo haría?

—No sé —repuso el otro—. No sé.

Tomó la zarpa, la balanceó entre el índice y el pulgar y bruscamente la lanzó al fuego. White se agachó, con una pequeña exclamación, y la recobró.

—Mejor que arda —dijo solemnemente el soldado.

—Si usted no la quiere, Morris —dijo White—, démela.

—No —respondió porfiadamente su amigo—. Yo la tiré al fuego. Si usted la conserva, no me eche la culpa de lo que suceda. Sea sensato, vuelva a lanzarla al fuego.

El otro meneó la cabeza y examinó atentamente su nueva posesión.

—¿Cómo se hace? —preguntó.

—Levántela en la mano derecha y formule sus deseos en alta voz —dijo el sargento—. Pero le advierto que las consecuencias pueden ser desagradables.

—Parece un pasaje de Las Mil y Una Noches —comentó la señora White, levantándose y disponiéndose a preparar la cena—. ¿Por qué no pides cuatro pares de manos para mí?

Su esposo sacó el talismán del bolsillo, y los tres se echaron a reír cuando el sargento mayor, con expresión de alarma, lo tomó por el brazo.

—Si quiere pedir algo —dijo— que sea algo sensato.

El señor White la guardó nuevamente en el bolsillo, acercó las sillas a la mesa e invitó a su amigo a que ocupara su lugar. Durante la cena se olvidó parcialmente del talismán, y después los tres oyeron, fascinados, una nueva crónica de las aventuras del soldado en la India.

—Si esa historia de la zarpa de mono no es más verídica que las que nos contó después —dijo Herbert cuando el invitado se marchó para tomar el último tren de la noche—, no sacaremos mucha ganancia.

—¿Le diste algo por ella, querido? —preguntó la señora White, mirando atentamente a su esposo.

—Una bagatela —respondió él, sonrojándose levemente—. No quería recibir nada, pero yo insistí. Y me recomendó una vez más que la tirara.

—¡Cualquier día! —exclamó Herbert con fingido horror—. ¡Ahora que podemos ser ricos y famosos y felices! Pide que te hagan emperador, papá, para empezar; así mamá no podrá reñirte.

Huyó alrededor de la mesa, perseguido por la calumniada señora White, armada de la funda de un sillón.

El señor White sacó del bolsillo la zarpa de mono y la miró dubitativamente.

—No sé qué pedir, no se me ocurre —dijo lentamente—. Creo que tengo todo lo que necesito.

—Si pagaras la hipoteca de la casa, serías completamente feliz, ¿verdad? —dijo Herbert poniéndole la mano en el hombro—. Bueno, pide doscientas libras. Es justamente lo que necesitas.

Su padre, sonriendo avergonzado de su propia credulidad, levantó el talismán, mientras el hijo, con solemne expresión, momentáneamente desmentida por un guiño dirigido a su madre, se sentaba al piano y tocaba unos pocos acordes majestuosos.

—Quiero doscientas libras —dijo el anciano en voz muy clara.

Un son triunfal del piano recibió aquellas palabras, interrumpido por un trémulo grito del anciano. Su esposa y su hijo corrieron hacia él.

—¡Se movió! —exclamó el señor White, mirando con repugnancia la zarpa de mono, que yacía en el piso—. En el momento de pedir eso, se retorció en mi mano como una víbora.

—Bueno, yo no veo el dinero —dijo su hijo, recogiéndola y colocándola sobre la mesa—, y nunca lo veré.

—Habrá sido tu imaginación, querido —dijo la señora White, mirándolo con ansiedad.

Él movió la cabeza.

—No, pero no importa. No me ha pasado nada, aunque me llevé un buen susto.

Volvieron a sentarse junto al fuego. Los dos hombres terminaron sus pipas. Afuera el silbido del viento era más agudo que nunca, y el viejo respingó nerviosamente al oír una puerta que se golpeaba arriba. Los tres cayeron en un silencio inusitado y opresivo, que duró hasta que los ancianos se levantaron para retirarse.

—Quizá encuentres el dinero dentro de una gran bolsa en mitad de la cama —dijo Herbert al darles las buenas noches— y algo atroz acurrucado sobre el guardarropa, mirándote guardar tus ganancias mal habidas.

Permaneció sentado, solo, en la oscuridad, viendo caras en el fuego moribundo. La última era tan horrible, tan simiesca, que Herbert la contempló con asombro. Y luego se volvió tan vívida que el muchacho, soltando una risita inquieta, buscó a tientas sobre la mesa un vaso de agua para lanzárselo. Sus dedos tocaron la zarpa de mono. Con un estremecimiento se frotó la mano en el saco y subió a su dormitorio.

II

A la mañana siguiente, a la luz del sol invernal que se derramaba sobre la mesa del desayuno, se rio de sus temores. El comedor mostraba un aspecto prosaico y saludable que no había tenido la noche anterior, y la sucia y encogida zarpa de mono yacía sobre el aparador con un descuido que revelaba escasa fe en sus virtudes.

—Supongo que todos los viejos soldados son iguales —dijo la señora White—. ¡Qué ocurrencia tan estrafalaria! ¿Cómo creer que en los tiempos que corren pueden cumplirse los deseos de uno? Y aun cuando se cumplieran —añadió dirigiéndose a su esposo—, ¿qué daño podrían hacerte doscientas libras?

—Quizá le caigan encima de la cabeza —aventuró el frívolo Herbert.

—Morris dijo que las cosas ocurrían tan naturalmente —respondió el padre— que si uno quería, podía atribuirlas a simple coincidencia.

—Bueno, no te apoderes del dinero antes de que yo vuelva —dijo Herbert, levantándose de la mesa—. Temo que te conviertas en un hombre ruin y avaro, y tengamos que desconocerte.

Su madre se echó a reír, mientras lo acompañaba hacia la puerta, y lo observó alejarse por el camino. Después, al volver a la mesa, se regocijó mucho a expensas de la credulidad de su esposo. Pero todo esto no le impidió correr a la puerta cuando llamó el cartero ni aludir con cierta acritud a las tendencias alcohólicas de los sargentos retirados cuando descubrió que el correo traía la cuenta del sastre.

—Supongo que Herbert insistirá en hacerse el gracioso cuando vuelva —dijo mientras se sentaban a comer.

—Imagino que sí —contestó el señor White, sirviéndose cerveza—. Pero, a pesar de todo, esa zarpa se movió en mi mano. Podría jurarlo.

—Fantasías tuyas —dijo la anciana, condescendiente.

—Te digo que se movió —replicó él—. No es que lo haya imaginado. Yo acababa de… ¿Qué ocurre?

Su esposa no respondió. Estaba observando los misteriosos movimientos de un hombre que, afuera, atisbaba indeciso la casa, como tratando de decidirse a entrar. Observó que el desconocido vestía elegantemente y usaba un flamante sombrero de seda; por asociación de ideas, recordó las doscientas libras. Tres veces el hombre se detuvo ante la verja y las tres veces reanudó su camino. A la cuarta posó la mano en ella, la empujó con brusca resolución y echó a andar por el sendero. En aquel momento la señora White se llevó las manos a la espalda, desatando apresuradamente el cinturón de su delantal, que guardó bajo el almohadón de su silla.

Hizo entrar al desconocido, que parecía inquieto. La miraba furtivamente y oía con preocupación las excusas de la anciana por el aspecto de la estancia y por el saco que vestía su marido y que por lo general usaba para trabajar en el jardín. Después aguardó, con la escasa paciencia de que son capaces las mujeres, a que el hombre hablara. Pero él permaneció unos instantes en extraño silencio.

—Yo… me ordenaron que viniera a verlos —dijo por fin, agachándose para recoger una hilacha de su pantalón—. Vengo de la compañía Maw y Meggins.

La anciana se sobresaltó.

—¿Pasa algo? —preguntó sin aliento—. ¿Le ha sucedido algo a Herbert? ¿Qué es? ¿Qué es?

Su marido se interpuso.

—Vamos, querida, vamos —dijo apresuradamente—. Siéntate y no te alarmes antes de tiempo. Estoy seguro, señor —añadió mirando al otro con expresión anhelante—, de que usted no nos trae malas noticias.

—Lo siento… —comenzó el visitante.

—¿Está lastimado? —preguntó la madre, desesperada.

El desconocido asintió.

—Gravemente herido —dijo quedamente—, pero no sufre.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó la anciana entrecruzando los dedos de sus manos—. ¡Gracias a Dios que no sufre! Que…

Se interrumpió bruscamente al comprender el siniestro significado de aquellas palabras, y en el rostro desviado del desconocido vio la espantosa confirmación de sus temores. Contuvo el aliento, y volviéndose a su esposo, más tardo en comprender, colocó sobre la de él su mano arrugada y temblorosa. Hubo un largo silencio.

—Lo atraparon las máquinas —dijo el visitante por fin, en voz baja.

—Lo atraparon las máquinas —repitió el señor White, aturdido—. Sí, ya veo.

Permaneció sentado mirando por la ventana, con los ojos vacíos, estrechando entre las suyas la mano de su mujer, como solía hacerlo en los días de su noviazgo, casi cuarenta años atrás.

—Era el único que nos quedaba —dijo; volviéndose hacia el visitante—. Es duro.

El otro tosió, se levantó, fue lentamente a la ventana.

—La compañía me ha encomendado que les transmita sus sinceras condolencias por esta gran pérdida —dijo sin mirarlos—. Les ruego comprender que yo soy solo un empleado y no hago más que cumplir órdenes.

No hubo respuesta. La cara de la anciana estaba blanca, sus ojos fijos, su respiración no se oía. El semblante de su esposo tenía, quizá, la misma expresión de su amigo el sargento al entrar por primera vez en combate.

—Me mandan decir que Maw y Meggins rechazan toda responsabilidad —prosiguió el otro—. No admiten haber contraído obligación alguna, pero, considerando los servicios prestados por su hijo, desean entregarles una determinada suma a modo de compensación.

El señor White dejó caer la mano de su esposa, y poniéndose de pie miró al visitante con expresión de horror. Sus labios secos articularon un par de sílabas:

—¿Cuánto?

—Doscientas libras —fue la respuesta.

Sin oír el grito de su esposa, el anciano sonrió vagamente, alzó las manos como un hombre ciego, y se desplomó inconsciente sobre el piso.

III

En el vasto cementerio nuevo, a dos millas de distancia, los viejos sepultaron a su hijo y volvieron a la casa sumida en sombras y en silencio. Todo terminó tan rápidamente que al principio apenas alcanzaban a comprenderlo y parecían esperar que sucediera algo más, algo que aliviara aquella carga demasiado pesada para ellos.

Pero pasaban los días y la expectativa cedió su lugar a la resignación, esa desesperanzada resignación de los viejos que a veces, equivocadamente, se llama apatía. En ocasiones pasaba mucho tiempo sin que cambiaran una palabra, porque ahora no tenían nada que hablar, y eran largos hasta la fatiga sus días.

Una semana más tarde el anciano, despertando de pronto en la noche, extendió el brazo y descubrió que estaba solo. El cuarto hallábase oscuro y de la ventana llegaban ahogados sollozos. Se incorporó en la cama y prestó atención.

—Vuelve —dijo tiernamente—. Tomarás frío.

—Mi hijo tiene más frío —dijo la mujer renovando su llanto.

El sonido de los sollozos se apagó en sus oídos. La cama estaba tibia, y sus ojos pesados de sueño. Dormitó a intervalos y por fin se quedó completamente dormido hasta que un alarido súbito y salvaje de su esposa lo despertó con un sobresalto.

—¡La zarpa! —gritaba desesperadamente—. ¡La zarpa de mono!

Él se incorporó, alarmado.

—¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Qué ocurre?

Ella se le acercó trastabillando.

—¡Dámela! —dijo quedamente—. ¿No la has destruido?

—Está en la sala, sobre la repisa —contestó extrañado—. ¿Por qué?

Ahora la anciana lloraba y reía al mismo tiempo, e inclinándose sobre él lo besó en la mejilla.

—Acaba de ocurrírseme —dijo histéricamente—. ¿Cómo no lo he pensado antes? ¿Por qué no lo pensaste tú?

—¿Pensar qué?

—Los otros dos deseos —contestó ella rápidamente—. Solo hemos formulado uno.

—¿No fue bastante? —preguntó ferozmente.

—No —replicó ella, triunfante—. Pediremos otra cosa más. Ve, tómala rápido, pide que nuestro hijo resucite.

El hombre se sentó en la cama y apartó las mantas de sus piernas temblorosas.

—¡Santo Dios, estás loca! —exclamó, aterrorizado.

—Búscala —dijo ella, jadeante—. Búscala pronto, y pide… ¡Oh, hijo mío, hijo mío!

Su esposo encendió la vela con un fósforo.

—Vuelve a la cama —dijo con voz insegura—. No sabes lo que estás diciendo.

—El primer deseo se cumplió —dijo la anciana, febril—. ¿Por qué no el

segundo?

—Fue una coincidencia —tartamudeó él.

—Ve, búscala, pide —gritó la mujer, temblando de excitación.

El viejo la miró. Su voz temblaba.

—Hace diez días que está muerto, y además… no quise decírtelo antes, pero yo solo pude reconocerlo por sus ropas. Si antes era demasiado terrible para ver, ¿qué será ahora?

—Tráelo —gritó la anciana arrastrándolo hacia la puerta—. ¿Crees que tendré miedo del hijo que he criado?

A tientas en la oscuridad, él bajó a la sala y se encaminó a la repisa de la chimenea. El talismán estaba en su lugar. Lo asaltó un terrible temor de que el deseo no formulado trajera a su hijo mutilado antes de que él pudiera escapar del cuarto, y contuvo la respiración al comprender que ya no sabía dónde quedaba la puerta. La frente fría de sudor, se abrió paso tanteando con las manos alrededor de la mesa y a lo largo de la pared hasta que se encontró, en el pasillo, con aquella cosa horrible en la mano.

Aun la cara de su esposa parecía cambiada cuando él entró en el dormitorio. Blanca, expectante, antinatural. El anciano tuvo miedo.

—¡Pide! —exclamó ella con voz penetrante.

—Es una tontería y una maldad —tartamudeó.

—¡Pide! —repitió la mujer.

Él levantó la mano.

—Deseo que mi hijo vuelva a la vida.

El talismán cayó al piso y él lo miró con temor. Después se hundió temblando en una silla mientras la anciana, con ojos incendiados, se dirigía a la ventana y alzaba los visillos.

Él permaneció sentado hasta que el frío lo hizo temblar. De tanto en tanto miraba a la anciana, que atisbaba por la ventana. El cabo de vela, que se había consumido por debajo del borde del candelero enlozado, lanzaba vacilantes sombras contra el techo y las paredes, hasta que, al fin, fluctuó por última vez y se extinguió. El anciano, experimentando una indecible sensación de alivio ante el fracaso del talismán, volvió a la cama, y uno o dos minutos más tarde llegó su mujer, silenciosa y apática.

No hablaron. Se quedaron escuchando silenciosamente el tictac del reloj. Crujió la escalera, chilló una rata, atravesando veloz y ruidosa un agujero de la pared. La oscuridad era opresiva. Al cabo de un rato el hombre juntó coraje, tomó la caja de fósforos, encendió uno y bajó a buscar una vela.

Al pie de la escalera se apagó el fósforo. Se detuvo para encender otro. Y en aquel momento llamaron a la puerta de calle con un golpe tan quedo y cauteloso, que era apenas perceptible.

Los fósforos cayeron de su mano y se desparramaron por el pasillo. Se quedó inmóvil, con el aliento suspendido, hasta que se repitió el llamado. Entonces dio media vuelta, huyó precipitadamente a su cuarto y cerró la puerta. Se oyó el tercer golpe.

—¿*Qué es eso*? —preguntó la anciana, incorporándose.

—Una rata —dijo el hombre con acento conmovido—… una rata. Me crucé con ella en la escalera.

La mujer se sentó en la cama, escuchando. Un fuerte aldabonazo repercutió en todo el interior de la casa.

—¡Es Herbert! —gritó—. ¡Es Herbert!

Corrió hacia la puerta, pero su esposo llegó antes que ella, y tomándola del brazo la sujetó con fuerza.

—¿Qué vas a hacer? —murmuró roncamente.

—¡Es mi hijo; es Herbert! —exclamó ella, forcejeando mecánicamente—. Olvidé que debía caminar dos millas. ¿Por qué me sujetas? Suéltame. Debo abrirle la puerta.

—Por amor de Dios, no lo dejes entrar —exclamó el viejo, temblando.

—Tienes miedo de tu propio hijo —gritó ella, debatiéndose—. Suéltame. ¡Ya voy, Herbert, ya voy!

Hubo otro golpe, y otro. Con un brusco movimiento la anciana se soltó y salió corriendo de la habitación. Su esposo la siguió hasta el descanso y la llamó desesperadamente mientras ella seguía bajando a la carrera. Oyó chirriar la cadena y luego el cerrojo inferior que salía lenta y dificultosamente de su anillo. Después la voz de la anciana, ronca y jadeante.

—El otro cerrojo —gritó—. Baja. Yo no puedo alcanzarlo.

Pero su esposo, de rodillas, buscaba a tientas en el piso, desesperadamente, la zarpa de mono. ¡Si pudiera encontrarla antes de que «aquello» que estaba afuera entrase…!

Un tableteo de aldabonazos reverberó en la casa.

Su esposa arrastraba una silla y la colocaba contra la puerta. Después, el chirrido del cerrojo que se abría despacio, y en aquel momento encontró la zarpa de mono, y frenéticamente musitó su tercer y último deseo.

Los aldabonazos cesaron bruscamente, aunque sus ecos perduraban todavía en el recinto de la casa. Oyó el ruido de la silla hecha a un lado y el ruido de la puerta que se abría. Una ráfaga helada subió por la escalera, y el gemido de angustia y desconsuelo de su esposa le dio las fuerzas para correr junto a ella, y luego en dirección a la reja.

Un mortecino farol callejero alumbraba el camino tranquilo y desierto.

9
Historia completamente absurda
Giovanni Papini

GIOVANNI PAPINI nació en Florencia, Italia, en 1881. Ensayista y polemista, su obra ofrece el testimonio de su lucha por perfeccionarse en el ejercicio de una agresiva sinceridad. Detractor del cristianismo en su juventud, se convirtió luego en su apasionado defensor. Cabe mencionar entre sus libros *Un Hombre Acabado, Memorias de Dios, Historia de Cristo, Gog, Dante Vivo, El Libro Negro, El Diablo*.

«Historia Completamente Absurda» pertenece a sus *Racconti di Gioventu*, publicados a comienzos de siglo, «en pleno clima romántico, ese romanticismo un poco abstracto, un poco tenebroso, un poco malicioso, un poco mágico» a decir de su autor.

Papini murió en su ciudad natal el 8 de julio de 1956.

Hace ya cuatro días, mientras escribía con ligera irritación algunas de las páginas más falsas de mis «Memorias», oí que golpeaban levemente a la puerta, pero no me levanté ni respondí. El llamado era demasiado débil y no quiero saber nada con los tímidos.

Al día siguiente, a la misma hora, oí llamar nuevamente y esta vez los golpes eran más fuertes y resueltos. Pero tampoco ese día quise abrir, porque en verdad no me gustan los que se corrigen demasiado pronto.

Al otro día, siempre a la misma hora, se repitieron los golpes, ahora violentos, y antes de que pudiese levantarme vi que la puerta se abría y avanzaba hacia mí la mediocre persona de un hombre bastante joven, con el rostro un poco encendido y la cabeza cubierta de cabellos rojos y rizados, quien se inclinaba torpemente sin pronunciar palabra. Apenas descubrió una silla, se echó encima, y como yo había permanecido de pie, me indicó el sillón para que me sentara. Después de obedecerle; me pareció tener el derecho de preguntarle quién era y le rogué, con acento nada cortés, que me comunicara su nombre y el motivo que lo había animado a invadir mi cuarto. Pero el hombre no se desconcertó y me hizo comprender bien pronto que deseaba seguir siendo lo que era hasta entonces para mí: un desconocido.

—El motivo que me trae a su casa —prosiguió sonriendo— está dentro de mi

valija y se lo haré conocer en seguida.

Advertí, en efecto, que traía en la mano un sucio valijín de cuero amarillo con cierre de latón oxidado. Lo abrió de golpe y sacó de él un libro.

—Este libro —dijo poniéndome ante las narices el grueso volumen encuadernado en papel antiguo con grandes florones de bermejo orín— contiene una historia imaginaria que yo he creado, inventado, compuesto y copiado. Solo he escrito esta historia en toda mi vida, y me permito creer que no le desagradará. Hasta ahora lo conocía únicamente por su fama y solo hace unos pocos días una mujer que lo estima me ha dicho que usted es uno de los pocos hombres que saben no aterrarse de sí mismos y el único que ha tenido el coraje de aconsejar la muerte a muchos de nuestros semejantes. Por todo ello, he resuelto leerle esta historia mía, que narra la vida de un hombre fantástico al que acaecen las más singulares e insólitas aventuras. Cuando la haya escuchado, me dirá qué debo hacer. Si mi historia le agrada, me prometerá hacerme célebre en el plazo de un año; si no le gusta, me mataré dentro de dos días. Dígame si acepta esas condiciones para que pueda empezar.

Comprendí que no podía hacer otra cosa que persistir en la conducta pasiva que había observado hasta entonces y le anuncié, con un gesto que no consiguió ser amable, que estaba dispuesto a escucharlo y a hacer todo lo que me podía.

El hombre comenzó la lectura. Las primeras palabras se me escaparon. A las que siguieron presté más atención. De pronto agucé el oído y sentí un pequeño escalofrío en la espalda. Dos o tres minutos más tarde mi cara se ponía encarnada, mis piernas empezaban a moverse nerviosamente, y no pude menos de levantarme. El desconocido suspendió la lectura y me miró, interrogándome humildemente con todo el rostro. Yo también lo interrogaba con la mirada, pero estaba demasiado estupefacto para arrojarlo a la calle y le dije simplemente, como cualquier imbécil mundano:

—Continúe, se lo ruego.

La extraordinaria lectura prosiguió. Yo no podía quedarme quieto en el sillón. Los escalofríos me corrían no solo por la espalda, sino por la cabeza y todo el cuerpo. Si hubiese visto mi cara en un espejo, quizá me habría echado a reír y todo habría pasado, porque probablemente se reflejaban en ella un abyecto temor y una incierta ferocidad. Traté por un momento de no escuchar las palabras del tranquilo lector, pero solo conseguí turbarme más, y en consecuencia oí entera, palabra por palabra, pausa por pausa, la historia que el hombre leía con la cabeza rojiza inclinada sobre el bien encuadernado volumen. ¿Qué debía hacer, qué podía hacer yo en estas singularísimas circunstancias? ¿Apoderarme del libro, desgarrarlo, pisotearlo, echarlo al fuego? ¿Aferrar al maldito lector y echarlo del cuarto como a un fantasma inoportuno?

Mas ¿por qué debía hacer todo esto? Y, sin embargo, esa lectura me producía un fastidio indecible, una penosísima impresión de sueño absurdo y desagradable sin

esperanza de despertar.

Al fin concluyó la lectura. No sé cuántas horas había durado, pero observé, a pesar de mi confusión, que el lector tenía la voz ronca y la frente húmeda de sudor. Cerró el libro y lo guardó en el valijín. Después me miró con ansiedad, pero sus ojos ya no eran tan ávidos como antes. Mi abatimiento era tan grande que él mismo lo advirtió y su asombro creció enormemente cuando vio que me frotaba un ojo y no sabía qué responderle. En aquel momento me parecía que jamás podría volver a hablar, y las cosas más simples que me rodeaban se me antojaron de pronto tan extrañas y hostiles que casi tuve miedo de ellas.

Todo esto parece demasiado vil y vergonzoso, inclusive a mí, y no tengo la menor indulgencia para mi turbación. Pero la razón de mi desconcierto era bien fuerte: la historia que había leído ese hombre era la narración precisa y completa de toda mi vida íntima y exterior. En ese lapso yo había oído la crónica minuciosa, fiel, inexorable de todo cuanto había sentido, soñado y realizado desde que vine al mundo. Si un ser divino, lector de corazones y testigo invisible, hubiese estado a mi lado desde mi nacimiento y hubiese escrito lo que había visto de mis pensamientos y de mis actos, habría compuesto una historia perfectamente igual a la que el desconocido lector declaraba imaginaria e inventada por él. Todas las cosas más pequeñas y secretas estaban registradas, y ni siquiera un sueño, o un amor, o una vileza escondida o un cálculo innoble habían escapado al escritor. El terrible libro contenía inclusive hechos y matices de pensamiento que yo mismo había olvidado y que solamente ahora, al oírlos, recordaba.

Mi confusión, mi pavor, provenían de esa exactitud impecable y de esa inquietante escrupulosidad. Yo no había visto jamás a ese hombre; ese hombre afirmaba no conocerme. Yo vivía muy solitario, en una ciudad a donde nadie acude si no es llevado por el azar o la necesidad, y a ningún amigo —si acaso los tenía— había confiado mis aventuras de cazador de engaños, mis viajes de ladrón de almas, mis ambiciones de voluntario de lo inverosímil. Jamás había escrito, ni para mí ni para los demás, una relación completa y sincera de mi vida, y justamente en esos días estaba fabricando unas fingidas memorias para permanecer oculto a los hombres inclusive después de la muerte.

¿Quién, pues, podía haber dicho a ese hombre todo lo que narraba sin pudor y sin piedad en su odioso libro encuadernado en papel antiguo del color de la herrumbre? ¡Y él afirmaba haber inventado esa historia y me mostraba, a mí, mi viaje, toda mi vida, como una historia imaginaria!

Me sentía terriblemente turbado y conmovido, pero de una cosa estaba bien seguro. Ese libro no debía llegar a conocimiento de los hombres. Antes, era preferible que este muriese. No podía permitir que mi vida fuese divulgada en el mundo, entre todos mis enemigos impersonales.

Esta decisión, que sentí bien firme dentro de mí, consiguió tranquilizarme. El hombre seguía contemplándome con aire espantado y casi suplicante. Habían pasado solamente dos minutos desde el momento en que cesó de leer, y no parecía haber comprendido las razones de mi turbación.

Finalmente conseguí hablar.

—Perdone, señor —le dije—, pero ¿me asegura que esa historia ha sido inventada exclusivamente por usted?

—Justamente —respondió el enigmático lector, ya un poco sublevado—. La he pensado e imaginado durante largos años, y de tanto en tanto he efectuado algunos retoques y modificaciones en la vida de mi héroe. Pero todo es inventado por mí.

Estas palabras me inquietaron aún más, pero atiné a formular otra pregunta:

—Dígame, se lo ruego, ¿está seguro de no haberme conocido antes de hoy? ¿Jamás oyó contar mi vida a alguien que me conozca?

Ante esas palabras, el desconocido no pudo disimular una sonrisa de estupor.

—Ya le he dicho —respondió— que hasta hace poco tiempo solo conocía su nombre y que solo algunos días atrás me han dicho que usted suele aconsejar la muerte. Pero eso es lo único que he sabido de usted.

Era necesario que su condena no tardase en ser ejecutada.

—¿Está siempre dispuesto —le pregunté con solemnidad— a cumplir las condiciones estipuladas por usted mismo al comenzar la lectura?

—Sin ninguna vacilación —respondió con un leve temblor en la voz—. No me queda otra puerta a donde llamar, y esta obra es toda mi vida. Estoy convencido de que no podría hacer otra cosa.

—Entonces —le dije con idéntica solemnidad, atemperada por cierta pesadumbre —, debo decirle que su historia es estúpida, tediosa, incoherente y abominable. Lo que usted llama su héroe no es más que un odioso malandrín que repugnaría a cualquier lector delicado. Y no le diré más para no ser excesivamente cruel.

Comprendí que el hombre no esperaba estas palabras y observé con espanto que sus ojos se cerraban de golpe. Mas en seguida advertí que su dominio de sí mismo era igual a su honestidad. Tornó a abrir los ojos y me miró sin miedo y sin odio.

—¿Quiere acompañarme? —preguntó con voz demasiado dulce para ser natural.

—Por cierto —respondí, y después de ponerme el sombrero salimos ambos sin decir palabra. El desconocido conservaba siempre en la mano la valijita de cuero amarillo y yo lo seguí, aturdido, hasta la orilla del río que corría desbordante y fragoroso entre las negras murallas de piedra. Después de mirar en torno y comprobar que no había nadie con aspecto de salvador, se volvió hacia mí, diciendo:

—Perdone si mi lectura lo ha fatigado. Creo que ya nunca volveré a molestar a un ser viviente. Olvídese de mí lo antes posible.

Y en verdad estas fueron sus postreras palabras, porque descolgándose ágilmente

del parapeto se lanzó con rápido impulso al río, sin abandonar su valijita. Me asomé para verlo por última vez, mas ya las aguas lo habían tragado. Una muchacha tímida y rubia había presenciado el fulminante suicidio, pero no pareció maravillarse mucho y siguió su camino comiendo avellanas.

Apenas entré en mi cuarto me tendí en el lecho y me adormecí sin esfuerzo, abatido y humillado por lo inexplicable.

Esta mañana me he despertado muy tarde y con una extraña impresión. Me parece estar ya muerto y aguardar solamente que vengan a sepultarme. Siento que pertenezco a otro mundo y que todo la que me circunda tiene un aire indecible de cosa pasada, concluida, sin ningún interés para mí.

Un amigo me ha traído flores y le he dicho que podía esperar a ponerlas sobre mi tumba. Me pareció que sonreía, pero los hombres siempre sonríen cuando no comprenden.

10
En la Ciudad de las Grandes Pruebas
Rosa Chacel

ROSA CHACEL nació en Valladolid, España, en 1898. Cursó estudios en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, en la época en que pasaron por ella grandes maestros como Don Ramón del Valle Inclán y Romero de Torres. Más tarde abandonó la escultura, que había practicado allí, por la literatura. Su primera novela, *Estación, ida y vuelta*, data de 1930. Por ese entonces colabora en la «Revista de Occidente» dirigida por Ortega y Gasset, de quien se confiesa discípula.

En 1936 publica un libro de sonetos, *A la Orilla de un Pozo*. En 1942 se radica en Buenos Aires, donde colabora en las principales revistas literarias y publica dos nuevos libros: *Memorias de Leticia Valle*, novela, y *Sobre el Piélago*, colección de cuentos.

No diré el nombre ni la situación geográfica de la ciudad donde viví esta aventura: diré solamente que había ido a ella por amor. Pero no se entienda que fue alguna vicisitud amorosa lo que me llevó hasta allí. No: yo había ido a aquella ciudad por amor a ella.

Si enumerase aquí los datos que le habían hecho alcanzar tanto prestigio en mi imaginación, podría parecer mi inclinación hacia aquella ciudad cosa perversa o insana, pues, en realidad, lo que me atraía era su renombre de lugar de perdición. Y es el caso que entre los secretos designios que durante tanto tiempo estuve abrigando, no figuraba el de arrojarme en su torbellino para dejarme perder, ni tampoco el de pasar inconmovible por entre sus tentaciones. Era otra cosa lo que deseaba: quería ver, únicamente, contemplar algo que sabía que había de darse allí. Yo había intuido, no sé por qué, que entre sus arenas y escorias encontraría de pronto un residuo brillante, estaba seguro de que la floresta de pecado que la cubría podría ser de algún modo decantada; yo sabía que los vapores, los líquenes y salitres del mal, por su misma acumulación, llegarían a adquirir en ella una dureza pétrea, llegarían a cristalizar, dejando paso a la luz a través del propio ser de su impureza. Quería, en fin, descubrir su virtud, quería, no redimirla del pecado, sino encontrar en ella la redención del pecado mismo.

Muchas veces, en otros países, había cantado sus canciones, creyendo que al oír en mi propia voz su acento, brotaría ante mí la revelación, único espejismo que no es falaz. Pero el eco de mi voz era demasiado el eco de mi voz. Quiero decir que como respuesta solo obtenía la onda apasionada que mi voz había emitido, y, sin embargo, mi voz había seguido fielmente una melodía y un ritmo dados. Había copiado, leído un misterio que provenía de allí. En fin: era preciso ir a ver, y fui.

Nada más llegar, comprobé que el trazado de sus avenidas, su clima, su luz, eran tal como yo los había imaginado. Es posible que haya quien sostenga que posee como otras ciudades monumentos y edificios públicos, que en su recinto hay casas con habitaciones donde se extiende un mantel blanco al mediodía, y que sobre todas estas cosas se arroja el sol, iracundo: yo todo eso lo ignoro. Yo la encontré como la esperaba, yo no vi más que la noche de sus recovas, y pude leer en ella palabras terribles e incomprensibles, escritas con letras luminosas, por las que circulaba el gas ígneo, vibrando de impaciencia. Yo me abandoné a sus puertas giratorias, cuyas hojas pasan inapelablemente y empujan y dejan del otro lado. Pasé por todas, y una vez dentro mi mente se dilató pasiva, superficial y tersa como un espejo, donde las maravillas elementales iban reflejándose, mirándose más bien, porque yo no necesitaba mirarlas: todas me eran conocidas, y cuanto más conocidas, más maravillosas las encontraba, pues solo el que ha visto más de cien veces el doble fondo de las maravillas, el que ha osado entrar en sus cavernas, el que se ha aventurado por sus gargantas, el que se ha dejado arrastrar, precipitar o sacudir por sus máquinas, siempre con éxito, esto es, con emoción, solo ese posee el verdadero conocimiento: el que hace que el saber cómo son y en qué consisten no merme en nada la dimensión de su misterio. Poseyendo este conocimiento, la inteligencia y la razón, enteramente sumisas a la fe, quedan deslumbradas por el iris de la magia, que es la más ardiente reverberación de la esperanza.

Pero en fin, no hay por qué hablar de mis conocimientos. ¿Podría la idiosincrasia de un hombre servir de pretexto a un prodigio? Describiré someramente, algo de lo que vi al principio, antes de llegar a la ofuscación.

No estaba excluido de allí el lado más pueril del goce, como es la calesita con música de esquilas, con flecos de cristal sobre las grupas de los caballos blancos; se podía girar en ella indefinidamente y nada más. Luego había también casetas de tiro al blanco con escopetas que disparaban proyectiles de luz. El blanco donde se apuntaba era un espejo que tenía el poder de absorber a través de la oscuridad de la noche la imagen de las aves que pasaban por el cielo. Había que apuntar bien y esperar que pasase un pájaro, y solo pasaban pájaros nocturnos que caían irremediablemente si recibían el impacto de aquella luz mortífera. Pero caían lejos y caían en el agua porque la ciudad estaba situada en la costa de un río. Entonces, del puerto mismo, descendiendo por unos rieles, partía una barquilla en la que podía uno

meterse con tres o cuatro perros mecánicos insumergibles que había que poner a flotar y que derivaban por la corriente difundiendo en el aire ladridos monótonos de duración limitada. Casi nunca se llevaba a efecto la búsqueda del pájaro caído, porque otras mil peripecias desviaban el curso de la barquilla, que se perdía a veces en el laberinto de un delta, cuyas emanaciones hacían olvidar todo propósito anterior. El olor de los limos se levantaba en olas densas, desprendiéndose de las ondas oleosas del agua, que curvaban insistentemente los juncales y arrastraban pesadas plantas flotantes. Como un beleño irresistible, el cieno, quintaesenciado, hacía brotar visiones semejantes a las de la embriaguez, y entre las matas, húmedas por haber estado sepultadas bajo las ondas, se veían cabañas iluminadas y habitadas por seres que contrastaban con los rústicos techos de paja y con lo ilógico de su situación, porque eran hombres y mujeres del siglo, correctamente, refinadamente, exquisitamente vestidos. Salían y entraban, paseaban enlazados, bailaban al ritmo de una música que sonaba dentro de las cabañas y a veces desaparecían entre las matas iluminadas a trechos por luces verdes o de color grosella que dejaban, entre unas y otras, zonas de profunda sombra donde las parejas blancas —hombres admirables, mujeres fulgurantes de joyas— se abandonaban sobre lechos de césped o de oscuridad.

Al avanzar la barquilla, el agua que desplazaba invadía aquel mundo y lo cubría totalmente, pero cuando retrocedía la onda, aparecía de nuevo sin que se hubiese apagado ni la música, ni las luces, ni el clima de los abrazos. Pero el que iba en la barquilla no podía nunca entrar allí, no podía saltar ni echarse al agua: si lo hacía, dejaba de verlo todo, revolvía el cieno y la visión se enturbiaba. Aquello solo se podía ver desde arriba, en una palabra, desde un mundo distinto.

Con lo dicho basta para dar a entender que todo era como yo lo había soñado. No descubriré los vanos o puntos muertos que tuve que atravesar a veces para ir de un lado a otro. En algún momento desfallecí y creí que no tenía sentido continuar, pero no pude detenerme, seguí llevado por la inercia. En algún otro instante creí que iba a alcanzar la cúspide desde donde se abarca la visión cegadora, pero el instante pasó sin llegar a culminar en nada. De pronto me sentí confundido entre los demás, atropellado, llevado por una multitud que se precipitaba con torpeza por un callejón de tablas, apelotonándose en la estrechez de aquel reducto con movimientos propios de otras especies zoológicas. Acaso montándose los unos sobre los lomos de los otros… quién sabe si yo mismo, solo recuerdo los choques de aquel tropel, como un lenguaje desusado, pero no incomprensible, puesto que me persuadía, me transformaba, me adaptaba a una ansiedad irracional apenas iluminada por la preconcebida ilusión.

Al fin, aquella multitud se desparramó buscando asiento en unos bancos inseguros, y yo entre ella logré alcanzar uno de las primeras filas, cerca del tablado.

Estábamos dentro de un barracón oscuro; la lona del techo quedaba sostenida por dos mástiles plantados en medio, y las vertientes que formaba, desde el centro hasta las paredes, eran curvas, abombadas, como si soportaran un peso: la noche reposaba blandamente extensa sobre ellas.

En el tablado había unas formas cúbicas que en la penumbra del recinto era difícil precisar. Por entre las cortinas del fondo salió una muchacha abrochándose una bata de enfermera y empezó a hablar al público. Preguntó primero si había alguien que quisiera consultar algo. Tuvo que repetir la pregunta varias veces. Al fin, dos o tres personas se removieron en los bancos y la muchacha les dijo que se acercaran. Les hicieron hueco en la primera fila. Tenían que meditar bien lo que fuesen a preguntar, porque la respuesta sería únicamente sí o no. Además, ese sí y ese no serían imperceptibles para el oído, pues la sibila no podía emitir sonido alguno: la respuesta tenía que ser formulada únicamente con el movimiento de los labios.

Al llegar a ese punto de su explicación, la joven oprimió un conmutador eléctrico, y un foco pálido, como de luz lunar, cayó sobre el tablado; entonces se pudo ver que la forma cuadrangular que había en medio era una especie de armario esmaltado de blanco, con las esquinas redondeadas, asegurada la puerta con profusión de llaves metálicas y que de los costados partía una red de cables que llegaban a otros armarios. En ellos, a su vez, llaves, esferas con agujas movedizas, conmutadores.

La joven reanudó su explicación: dijo que la sibila se había prestado voluntariamente a aquella prueba. El sabio que había llevado a cabo el experimento había sucumbido, víctima de las fuerzas mortíferas con que había vivificado la cabeza de la sibila, habiendo logrado hacer de ella el cerebro perenne. ¿Cómo había concebido este sabio tan grandioso propósito? Muy sencillamente… Esta frase también la repitió la muchacha dos o tres veces, paseándose de un lado a otro del tablado. Se dirigía al público de la derecha y al de la izquierda, y decía: «Muy sencillamente… Muy sencillamente…». Su voz era maquinal, mercenaria, y esto mismo demostraba que el prodigio que íbamos a ver allí era igual que los que se ven en cualquier otra ciudad, en cualquier otra barraca; todo era completamente igual, sin más que una única diferencia: la de que aquí el prodigio era verdadero.

El sabio había concebido el propósito… Mientras hablaba, la muchacha oprimió el segundo conmutador y la puerta del armario empezó a abrirse lentamente; luego, siempre explicando, fue hacia los armarios laterales y maniobró en ellos. En contraste con la lentitud de la puerta que se abría, mil ruidos presurosos llenaron el ambiente. Sin que se viese lo que había entrado en movimiento, se oyó correr algo que sonaba, como un trencito de juguete, y al mismo tiempo por toda la escena vibraron chispas que se encendían en las conjunciones de ciertos polos, zumbando, como las alas vítreas de las moscas presas en la telaraña. Mi atención fue fascinada un momento por aquellas chispas, pero en seguida volví a mirar el armario. La puerta estaba

enteramente abierta, y dentro, entre paredes de una blancura desolada como de hielo, la cabeza de una mujer aparecía con los ojos cerrados, no dormida ni muerta, sino simplemente detenida en su energía mínima. Energía que no podía percibirse más que en la tensión de las facciones que no denotaban relajamiento, peso ni flaccidez. Su quietud, como la quietud de una estatua, representaba la vida y la vida de alguien, pues, aunque sus rasgos eran muy correctos, no tenían una corrección abstracta: eran personales como los de una cabeza romana. El pelo estaba amontonado encima del cráneo, parecía que lo hubiesen recogido allí con una mano mientras con la otra la decapitaban.

Todo esto puedo describirlo porque lo observé antes de que abriera los ojos: después abrió los ojos. Naturalmente, no volví a prestar atención a lo que decía la explicadora, pero la oía, sabía que sus palabras iban cayendo en mi oído y que alguna vez llegarían a serme comprensibles. En aquel momento solo encontraba sentido en una, aunque me pareciese convencional y tópica. No comprendía por qué al hablar de ella decía la sibila y al mismo tiempo comprendía que no podía llamarla de otro modo. Al levantar los párpados había descubierto una extensión de sabiduría por la que podían aventurarse todas las preguntas; todas las simples cuestiones de los humanos, que esperaban allí, en primera fila, el momento de acercarse a hablarle.

Fueron subiendo al tablado uno tras otro. Hablaban tan bajo que sus voces no llegaban hasta los bancos, pero se veía la respuesta. La cabeza decía sí o no con los labios. Ni el menor aliento pasaba a través de ellos. Y todos, los que estábamos cerca como los que estaban lejos, por un aguzamiento extremo de la atención, percibíamos distintamente las dos palabras, como perciben el lenguaje los sordomudos: la boca se distendía ligeramente en la afirmación y se retraía en la negación, con movimientos leves pero irrevocables. Y los que preguntaban, bajaban del tablado después de haber obtenido la respuesta, unos abrumados, otros llenos de esperanza.

Al fin, la muchacha de la bata blanca oprimió el conmutador y dijo: «Ha terminado». La cabeza cerró los ojos y la luz lunar se extinguió, la masa humana volvió a estrujarse en otro callejón y salió al aire libre.

Me encontré de nuevo en un vacío áspero, casi insoportable. Los ruidos del exterior me resultaban tan colosales que mis sentidos no podían registrarlos; solo percibía mis pasos en la grava del suelo, el chisporroteo de las estrellas y el manto de claridad que algunos focos extendían a distancia. Llegar hasta ellos era empresa sobrehumana, era atravesar un océano de arena. Acaso la distancia aquella podía medirse con unos treinta pasos, pero no sé cuánto tardé en franquearla. Bebí ávidamente un vaso del alcohol más bronco, y lo sentí llegar hasta la punta de los dedos, como si se esparciese por mis venas, de donde la sangre se hubiese retirado. Esperé que la ola de calor iluminase mi inteligencia: quería comprender lo que había visto, concentrarme en la contemplación del fenómeno. Pero me ocurría que al

mismo tiempo que me reconocía enteramente poseído por la impresión de lo que acababa de ver, otra imagen me acosaba, enteramente extraña a todo ello, trivial aparentemente, de procedencia insospechable. Solo discernía que era una imagen antigua, un recuerdo de una época anterior, pertenecía al mundo de donde yo había venido, acaso al tiempo en que mi deseo de venir era más loco. Y no podía comprender por qué aparecía ahora, por qué reclamaba mi atención, que estaba enteramente embargada por el presente, como si tuviera un antiguo derecho, como si quisiera interponerse entre mi pensamiento y la otra imagen.

Bebí con tesón, como quien añade combustible a una lámpara. La imagen intrusa era tan trivial que decidí aniquilarla mediante el análisis. Era probablemente un cromo, un calendario antiguo, la estampa de uno de esos rompecabezas de dados. Era una mujer envuelta en pieles resbalando en un trineo por las estepas de Rusia… Era esto y nada más. Creí poder desecharla. Volví a concentrarme en la imagen de la mujer decapitada, recorriendo sus rasgos, sumergiéndome en su silencio: inútil, la imagen trivial reaparecía, y, lo que es más, le robaba a la otra su clima. Aquella imagen de una mujer lujosa, entre la neblina de un manto de chinchilla, con un ramo de violetas en el pecho —cada vez distinguía más detalles—, se rodeaba de un aura idéntica a la de la cabeza sin voz ni aliento.

Salí a la puerta del bar con el vaso en la mano. Los focos proyectaban en el suelo la sombra de las hojas de los plátanos. Aquella sombra, ¡también!, también aquella sombra en el suelo tenía el mismo clima. Di algunos pasos y me paré bajo el árbol, me detuve allí como se detiene uno a hablar cuando va con alguien, y creí oír una voz grave y noble diciéndome en una lengua que no era la mía: «Este año vimos en Rusia…».

El enigma quedó descifrado, el cromo desapareció de mi fantasía y sus valores ficticios fueron sustituidos por los del recuerdo real. El paisaje de Rusia se redujo a una palabra, el ramo de violetas a un perfume, la sombra de las hojas de los plátanos a una avenida de castaños.

¡Qué penoso, qué arduo me fue recordar desde el delirio la vigilia y la lucidez! Recordar lo que había sido yo, yendo por aquella avenida junto a una mujer real, que hablaba y me contaba un mero hecho de su observación, me producía terror y vértigo. Desde mi situación actual, empapado en el alcohol de un prodigio verdadero, el recuerdo de aquel paseo por una realidad llena de ignorancia, era una imagen pavorosa, y lo contemplé con terror de mi nueva comprensión que ahora podía penetrarla.

Apoyé la espalda en el tronco del árbol y mentalmente nos seguí. Vi cómo íbamos con paso largo y lento bajo el ramaje admirable de aquel parque prestigioso, uno de los más prestigiosos del mundo, llegamos hasta un estanque que era como un lecho de agua con una cabecera arquitectónica de piedras ahumadas, entre las que se veían

estatuas representando la cruenta historia de Polifemo. Nos apoyamos en la barandilla. Bajo el agua, entre los troncos de las ninfeas, pasaban lentas carpas, grises. Allí acabó mi amiga de contarme aquella historia que había empezado con las palabras: «Este año vimos en Rusia…». Lo que había visto, en un laboratorio, no era más que la cabeza cortada de un perro que unos investigadores mantenían viva indefinidamente.

Al recordar todo esto desde allí, apoyado en el árbol, no me detuve en los detalles del relato: me hundí en la contemplación del silencio que lo siguió. Recordé cómo había sostenido un momento la mirada de mi amiga, que me dejó ver el fondo de sus ojos bajo sus cejas como dos arcos solemnes, como el dintel de una cripta, y no respondí nada, no pregunté nada: cargué con la confidencia de la soledad que descubrí en su espacio.

Después, todo aquello había resbalado en el olvido: una estepa de olvido me había separado de aquel mundo. Su realidad, llena de ignorancia, había dormido bajo la impiedad helada de mi memoria, y de pronto germinaba, se desarrollaba como la hoja del helecho, que de una apretada voluta desenvuelve un minucioso encaje.

Quedé al fin liberado de la obsesión intrusa y la dejé nuevamente hundirse en el olvido, pero nada más que en sus detalles reales: todo aquello del paseo y de las palabras que ella me dijo. El silencio ya entonces pertenecía al universo de ahora. A la ciudad de los misterios y las maravillas, de los grandes experimentos, de las grandes pruebas.

«Ella se había prestado voluntariamente…». A pesar de ser por completo profano, todo me resultaba perfectamente claro, era muy sencillo, como repetía la explicadora, era una simple acumulación de energía. Había bastado amputar el cuerpo para regular infinitesimalmente la economía del cerebro. En este se guardaban todos los datos obtenidos por aquel en el transcurso de una vida adulta, pues, claro está, el experimento no se podría efectuar con individuos que no hubieran alcanzado un grado de plena madurez si no quería correr el riesgo de hacer evolucionar el cerebro sobre ciclos limitados, de hacerle desplegar una energía de pensamiento meramente funcional y pobre o defectuosa en el encadenamiento de consecuencias. Tampoco se podría experimentar con individuos que hubiesen empezado ya a descender en la curva de la tensión vital, pues en ese caso el cerebro podía haber acumulado datos impuros, efectos de una materia decadente o relajada. La prueba tenía que efectuarse con un organismo en su punto más alto de potencialidad, pues solo en ese momento es cuando el acto voluntario, acto íntegramente espiritual, involucra las fuerzas vitales y, por decirlo así, las arrastra y las lleva consigo.

No había formulado la explicadora absolutamente nada de todo esto, pero se sobrentendía. Ella no hablaba más que de la forma en que la cabeza era activada por la energía de tres mil millones de voltios que equivalían exactamente a la fuerza

sumada de trescientos mil organismos, esto es, el cerebro perenne podía ser considerado como el cerebro de trescientos mil cuerpos o más bien, como un cerebro de una potencia de trescientos mil. Potencia que permanecía en su circuito sin sufrir descarga alguna, evolucionando dentro de su unidad y manteniendo una actividad ilimitadamente generadora. Así esta fuerza encerrada en sí misma multiplicaba sin parar unidades de experiencia como se multiplican las células, creando una reserva de respuestas para todas las cuestiones posibles.

Trato de hacer comprensible, mediante una explicación ordenada y en lo posible lógica, la enajenación a que me llevaba el comprender. Comprendía hasta la locura, veía hasta la ofuscación lo que había dentro de aquel mecanismo vivo —muy lejos de ser una máquina—, que era algo como una imprevisible floración fuera de las leyes de la naturaleza, o más bien fuera de las leyes usuales, pues sin una ley sobrenatural la armonía infinita de su secreto no seguiría desenvolviéndose. Habían sido necesarias unas circunstancias materiales, unos cuantos detalles contingentes como era el clima helado del interior del armario que impedía que la materia perdiese su integridad, como era aquella energía, implacable como el insomnio, que en todo momento podía hacerle abrir los ojos y atender, pero la ley, estaba en aquel acto que ella se había *prestado* a efectuar voluntariamente.

Se había prestado: no había otro modo de decirlo, porque a pesar de su abnegación total seguía perteneciéndose. No se pertenecía para sí misma, pero se pertenecía, puesto que permanecía en su voluntad. Era su voluntad la que había llevado a aquella prisión a su memoria: su entendimiento no era más que como el azogue del espejo, copiaba con pureza lo que se le ponía delante.

La extensión arenosa que poco antes había franqueado con esfuerzo, ahora se deslizó bajo mis pies insensiblemente: llegué con facilidad, ingrávido, hasta la barraca, pasé por el callejón, que estaba solitario, aunque algo quedaba en él de la opresión anterior, pero atravesé su oposición como cuando se va contra el viento: llegué hasta el tablado. No creo haber tenido que subir las gradas; más bien me parece recordar que venía ya en un plano que correspondía exactamente a la altura de los armarios. Sin titubear toqué la manivela que provocaba la luz lunar, las chispas presurosas y el lento abrirse de la puerta: ya ante ella, esperé que levantase los párpados.

Abrió los ojos y en seguida vio que mi pregunta no exigiría que moviese los labios; entonces alzó los párpados con aquella amplitud desoladora que yo ya conocía de otro tiempo y me dejó contemplar la cripta de su memoria, en la que un incesante laborar renovaba formas infinitas.

Formas… Vi dentro de sus ojos como quien ve el pasado en una esfera de cristal, nacer, morir, arder, padecer, florecer formas que eran su forma, pero no una forma que simplemente había tenido, sino una que había concebido o logrado. Una forma

sublime que estaba dentro de ella y que era como si estuviese ante ella, porque ella, aun teniéndola en sí la contemplaba y aun conteniéndola no la poseía. Ella no podía poseer nada, porque se había prestado a sí misma voluntariamente, pues solo a ese precio se logra concebir la forma en que el pecado se redime, solo al precio de la abnegación, al precio del martirio se logra hacer florecer las formas salvadas.

El espectro de su cuerpo actualizaba sin reposo todos sus instantes anteriores, los que habían sido, como los que no habían llegado a ser, pues ahora, en su mundo potencial, todos eran lo mismo. Su cuerpo *estaba* allí, envuelto en el satén de tonos cambiantes que la ciudad exigía; allí estaban sus manos, que se había alargado a las copas cuando sus labios, ahora cerrados, habían accedido a la sed y también se veía su voz, que había corrido por el cauce de las canciones hasta desbordar. Todo estaba allí y se repetía sin repetirse, todo giraba o rebrotaba, pero no con la paz con que en el seno de Flora se repite el proyecto del lirio. No; todo reflorecía con la singularidad de la pasión eterna.

La ingravidez que había notado en el camino llegó a hacerme inestable como un globo sujeto por un hilo. Sentí que cabeceaba; atraído por ella; temí caer en su abismo o disiparme en su hueco. No intenté profanarla con mi contacto, eso no; pero irresistiblemente me acerqué al espacio cúbico que la contenía. Mi frente tocó apenas la zona helada, que era, no como su aliento, sino como la atmósfera de un mundo donde no es posible el aliento, y en ese momento ya no vi más: perdí el sentido.

11
El ahorcado
Ambrose Bierce

Una de las figuras más extrañas de la literatura norteamericana, AMBROSE BIERCE nació en el estado de Ohio, en 1842. Participó en la guerra de secesión, cuyos episodios evocaría más tarde en muchos de sus relatos. Cultivó el cuento de terror, con menos fantasía que Poe, pero con más refinada técnica. Se le ha reprochado cinismo, morbosidad. Se le reconoce capacidad de invención, estilo lúcido, amplio dominio de los recursos del cuento. Desapareció misteriosamente en 1913, en México convulsionado por las revoluciones.

I

Detrás de uno de los centinelas no se divisaba a nadie: las vías férreas penetraban rectamente en un bosque, en un trecho de cien yardas, y después se curvaban y desaparecían. Más lejos, seguramente, habría un puesto de avanzada. La opuesta margen del río era terreno despejado, una suave cuesta coronada por una barrera de troncos verticales, aspillerada para los fusiles, con una sola tronera por donde asomaba la boca de un cañón de bronce que dominaba el puente. En mitad de la cuesta, entre el puente y el fuerte, estaban los espectadores: una compañía de infantería de línea, en posición de descanso, las culatas de los fusiles apoyadas en el suelo, los cañones ligeramente inclinados hacia atrás contra el hombro derecho, las manos cruzadas sobre la caja. A la derecha de la formación había un teniente; la punta de su espada rayaba el suelo; su mano izquierda descansaba sobre la derecha. Salvo el grupo de cuatro hombres que ocupaban el centro del puente, nadie se movía. Los soldados miraban con fijeza el puente, pétreos e inmóviles. Los centinelas, apostados en las márgenes del río, parecían estatuas. El capitán, de brazos cruzados, silencioso, observaba la labor de sus subordinados, pero sin hacer un gesto. La

muerte es un personaje que, cuando viene precedido de anuncio, deben recibir con formales manifestaciones de respeto aun aquellos que más familiarizados están con ella. En el código de la etiqueta militar, el silencio y la inmovilidad son otras tantas formas de respeto.

El hombre cuya ocupación, en aquel instante, era hacerse ahorcar, aparentaba unos treinta y cinco años. Vestía de paisano, de hacendado, para ser más exactos. Sus rasgos eran regulares: nariz recta, boca firme, frente amplia, larga cabellera oscura peinada hacia atrás, que detrás de las orejas caía sobre el cuello de la chaqueta bien ceñida al cuerpo. Tenía bigote y barba en punta, pero no patillas; sus ojos eran grandes, de color gris oscuro, y abrigaban una expresión bondadosa, sorprendente en quien, como él, tenía la garganta ceñida por la soga. No era, evidentemente, un asesino vulgar. Pero el código militar, muy liberal en estas cosas, prevé la posibilidad de ahorcar a toda clase de gentes, sin excluir a los caballeros.

Acabados los preparativos, los dos soldados se apartaron llevándose los tablones que les habían servido de sostén. El sargento volvióse hacia el capitán, saludó y se colocó tras él; el oficial, a su vez, dio un paso a un costado. Estos movimientos dejaron al reo y al sargento parados en los extremos del mismo tablón, que atravesaba tres durmientes. El extremo que sostenía al condenado tocaba casi un cuarto durmiente; el peso del capitán había mantenido firme el tablón; ahora lo afianzaba el del sargento. A una señal de aquel, el sargento daría un paso a un costado, se volcaría la tabla y el reo caería entre dos durmientes. El condenado debió reconocer que el procedimiento era simple y eficaz. No le habían cubierto la cara ni vendado los ojos. Contempló un instante su «inseguro apoyo»; después dejó que su mirada vagase sobre el agua del río que corría debajo. Llamóle la atención un pedazo de madera flotante que danzaba en el agua, y sus ojos lo observaron descender la corriente. ¡Con cuánta lentitud se movía! ¡Qué arroyo perezoso!

Cerró los ojos, para fijar sus últimos pensamientos en su esposa y sus hijos. El agua dorada por el sol matinal, las melancólicas nubecillas de vapor allá lejos, junto a las márgenes del río; el fuerte, los soldados, el leño flotante, todas esas cosas lo habían distraído. Y ahora tuvo conciencia de una nueva perturbación, que desintegraba el recuerdo de sus seres amados. Era un sonido que no podía ignorar ni comprender, una percusión aguda, neta, metálica, como el golpe del martillo sobre el yunque del herrero; una sucesión de notas tintineantes. Se preguntó qué era, y si estaba lejos o cerca, pues tanto parecía lo uno como lo otro. Su ritmo era regular, pero lento como el de las campanas que tocan a difunto. Aguardaba cada toque con impaciencia y, sin saber por qué, con aprensión. Los intervalos de silencio se alargaron progresivamente; las demoras se tornaron obsesivas. A medida que se volvían más infrecuentes, los sonidos aumentaban en fuerza y agudeza. Heríanle el oído como puñaladas; sintió miedo de gritar. Lo que oía era el tictac de su reloj.

Abrió los ojos y nuevamente vio el agua a sus pies. «Si pudiera desatarme las manos —pensó—, acaso tendría tiempo para desceñirme la soga y zambullirme en el río. Buceando, podría escapar a las balas, y nadando vigorosamente alcanzar la orilla, ganar el bosque y llegar a mi casa. Las líneas del enemigo, gracias a Dios, no han rebasado mi casa; los invasores no han llegado aún a mi esposa y mis hijos».

Mientras el cerebro del condenado, más que elaborar estos pensamientos que hemos intentado traducir en palabras, los recibía como fugaces destellos, el capitán hizo al sargento la señal convenida. El sargento dio un paso a un costado.

II

Peyton Farquhar era un hacendado rico, perteneciente a una antigua y respetada familia de Alabama. Siendo amo de esclavos y político, como todos los demás esclavistas, era también naturalmente secesionista de alma y ardoroso partidario de la causa sudista. Motivos de fuerza mayor, que no es menester relatar aquí, le impidieron sentar plaza en el valeroso ejército que luchó en las desastrosas campañas cuya culminación fue la caída de Corinth. La inactividad, sin embargo, acabó por enardecerlo como una afrenta. Deseaba una válvula de escape para sus energías, anhelaba la vida noble del soldado y la oportunidad de distinguirse. Y estaba seguro de que tarde o temprano se le presentaría la oportunidad, como se presenta a todos en tiempo de guerra. Entretanto, hacía lo que podía. Ningún servicio le habría parecido demasiado humilde, siempre que contribuyera a la causa del Sur; ninguna aventura demasiado peligrosa, siempre que estuviera acorde con el carácter de un paisano que, en el fondo de su corazón, era militar, y que de buena fe y sin mayor discriminación estaba de acuerdo, al menos en parte, con el aforismo que dice —con evidente infamia— que en la guerra y en el amor solo importan los medios.

Una tarde, mientras Farquhar y su esposa estaban sentados en un banco rústico, cerca de la entrada del parque, un jinete con uniforme gris llegó al portón y pidió un vaso de agua. La señora Farquhar tuvo a honra el servirle con sus propias manos.

Mientras iba en busca del agua, su esposo se acercó al polvoriento jinete y le preguntó con ansiedad que noticias traía del frente.

—Los yanquis están arreglando las vías férreas —respondió el hombre—, y se preparan para otro avance. Han llegado al puente de Owl Creek. Lo repararon y

alzaron una empalizada en la otra margen. El comandante publicó un bando y lo hizo clavar en todas partes. Dice que cualquier civil a quien se sorprenda dañando las vías férreas, puentes, túneles o trenes será ahorcado sumariamente. Yo mismo vi el bando.

—¿Qué distancia hay de aquí al puente de Owl Creek?

—Unas treinta millas.

—Y de este lado del arroyo, ¿no hay fuerzas enemigas?

—Sólo un puesto avanzado, a media milla de distancia, sobre el ferrocarril, y un centinela en la cabeza del puente.

—Y si un hombre, un civil, un perito en ahorcaduras —dijo Farquhar sonriendo —, eludiera el puesto de avanzada y dominara al centinela, ¿qué podría hacer?

El soldado reflexionó.

—Estuve allí hace un mes —repuso—. Observé que la inundación del invierno último había acumulado una gran cantidad de leños flotantes contra la primera pila del puente. Ahora la madera está seca y arderá como estopa.

La mujer trajo el agua, que el soldado bebió. Le agradeció ceremoniosamente, hizo una reverencia a su esposo y se marchó. Una hora después, ya entrada la noche, volvió a pasar por la plantación, rumbo al norte, de donde había venido. Era un espía federal.

III

Al caer en línea recta entre las traviesas del puente, Peyton Farquhar perdió el sentido, y fue como si perdiera la vida. De ese estado vino a sacarle siglos después, o tal al menos le pareció el dolor de una fuerte presión en la garganta, seguido por una sensación de sofoco. Agudos, lacerantes alfilerazos irradiaban de su garganta y estremecían hasta la última fibra de su cuerpo y de sus extremidades. Esas lumbraradas de dolor parecían propagarse a lo largo de ramificaciones perfectamente definidas, y pulsar con periodicidad inconcebiblemente veloz. Eran como, pequeños torrentes de fuego palpitante que calentaban su cuerpo a una temperatura insoportable. En cuanto a su cabeza, solo experimentaba una sensación de congestión, como si fuera a estallarle. Estas impresiones estaban desligadas del pensamiento. La parte intelectual de su ser ya se había desvanecido; solo podía sentir, y sentir era el tormento. Tenía conciencia de que se estaba moviendo. Rodeado por

una nube luminosa, de la que era apenas el corazón incandescente, ya sin sustancia material, se balanceaba en inconcebibles arcos de oscilación, como un vasto péndulo. De pronto, con terrible subitaneidad, la luz que lo rodeaba saltó disparada hacia arriba, y sintió el chapoteo de una zambullida. Un estruendo brutal palpitaba en sus oídos, y todo estaba frío y oscuro. Recuperó la facultad de pensar: comprendió que la soga se había cortado; había caído al arroyo. La sensación de asfixia no aumentó: el nudo que le apretaba el cuello lo sofocaba ya e impedía que el agua llegara a sus pulmones. ¡Morir estrangulado en el fondo de un río! La idea le pareció absurda. Abrió los ojos en la negrura, y vio sobre su cabeza un fulgor, pero ¡cuán distante, cuán inaccesible! Seguía hundiéndose, porque la luz se tornaba más débil, cada vez más débil, hasta convertirse en mera vislumbre. Después comenzó a crecer y abrillantarse, y adivinó que ascendía a la superficie… Lo comprendió con disgusto, pues había empezado a experimentar una sensación de bienestar. «Ahorcado y ahogado —pensó—, vaya y pase; pero no quiero que me baleen. No, no quiero que me baleen; no es justo».

No tuvo conciencia del esfuerzo, pero un agudo dolor en las muñecas le advirtió que estaba tratando de soltar sus manos. Prestó cierta atención indiferente al forcejeo, como un curioso que observa las proezas de un juglar, sin interesarse mucho por el resultado. ¡Qué espléndido esfuerzo! ¡Qué vigor magnífico y sobrehumano! ¡Ah, valerosa empresa! ¡Bravo! La cuerda estaba rota; sus brazos se abrieron y flotaron hacia arriba; las manos tornáronse vagamente visibles a la luz que aumentaba. Con renovado interés las observó precipitarse —primero una, después la otra— sobre el nudo que le ceñía el cuello. Lo arrancaron y lo echaron ferozmente a un costado, y las ondulaciones de la soga le hicieron pensar en una culebra de agua.

—¡Átenla otra vez! ¡Átenla otra vez!

Creyó gritar estas palabras a sus manos. Porque a la ausencia del nudo habían sucedido las más espantosas ansias experimentadas hasta ese momento. El cuello le dolía terriblemente; el cerebro lo sentía como incendiado; el corazón, que hasta entonces había aleteado débilmente, le pareció que daba un gran salto y buscaba salírsele por la boca. Sentía todo el cuerpo atormentado y dilacerado por insoportables ramalazos. Pero sus manos rebeldes no obedecían la orden. Golpeaban vigorosamente el agua, con rápidas brazadas verticales, obligándole a salir a la superficie. Sintió emerger su cabeza; el pecho se le expandió convulsivamente, y con un supremo estremecimiento de dolor sus pulmones aspiraron una gran bocanada de aire, que expelió instantáneamente con un aullido.

Estaba ahora en plena posesión de sus sentidos. Más aún, los sentía sobrenaturalmente aguzados y vigilantes. Algo, dentro de la terrible perturbación de su sistema orgánico, se los había exaltado y refinado a tal punto que registraban cosas jamás percibidas anteriormente. Sentía los rizos del agua, escuchaba separadamente

el ruido que hacía cada uno de ellos al chocar contra su cara. Miró el bosque en la margen del arroyo, vio los árboles, las hojas, las nervaduras de cada hoja… vio los insectos que se movían en las hojas, las cigarras, las mariposas multicolores, las arañas grises que tendían sus telas entre una rama y otra. Percibió los colores prismáticos de las gotas de rocío en millones de briznas de hierba. El zumbido de los mosquitos que danzaban sobre los remansos de la corriente, el chasquido de alas de las libélulas, los golpes de las patas de las esquilas, como remos impulsando un bote… Oía con perfecta claridad todos esos sonidos. Bajo sus ojos se deslizó un pez, y oyó el ruido que hacía su cuerpo hendiendo el agua.

Había salido a la superficie, de espaldas al puente. Un segundo más tarde el mundo visible pareció girar, pausado, tomándolo a él como centro, y entonces vio el puente, el fuerte, los soldados sobre el puente, el capitán, el sargento, los dos soldados rasos, sus verdugos. Estaban recortados en silueta contra el cielo azul. Gritaban y gesticulaban, señalándolo; el capitán había desenfundado su pistola, pero no hizo fuego; los otros estaban desarmados. Sus movimientos eran grotescos y horribles, gigantesca su estampa.

Súbitamente oyó una detonación y algo chasqueó en el agua a pocos centímetros de su cabeza, salpicándole la cara. Luego, un segundo estampido, y vio a uno de los centinelas, fusil al hombro; una nubecita de humo brotaba del caño. El fugitivo vio el ojo de aquel hombre clavado en los suyos, detrás de la mira del fusil. Era un ojo gris, y recordó haber leído alguna vez que los ojos grises eran los más certeros, y que todos los tiradores famosos tenían ojos grises. Este, sin embargo, había errado.

Un remolino atrapó a Farquhar y lo hizo dar media vuelta; quedó mirando nuevamente el bosque de la orilla opuesta al fuerte. Una voz clara y penetrante, que entonaba una cantilena monótona, vibraba ahora a sus espaldas y se deslizaba sobre el agua con una nitidez que perforaba y mitigaba todos los otros ruidos, inclusive el palpitar de las ondas contra su rostro. Aunque no era soldado, había frecuentado los campamentos lo bastante para comprender la significación terrible de ese canturreo deliberado, arrastrado y lento. El teniente, en la orilla, había resuelto intervenir en los acontecimientos matinales. Cuán frías e inmisericordes, con qué entonación inexpresiva y tranquila, presagiando y afianzando la serenidad de los tiradores, cuán exactamente espaciadas cayeron aquellas crueles palabras:

—Atención, compañía… Preparen armas… Listos… Apunten… Fuego.

Farquhar buceó, se hundió todo lo que pudo. El agua aullaba en sus oídos con la voz del Niágara, y aun así, escuchó el trueno opaco de la salva, y al ascender a la superficie halló en su camino relucientes fragmentos metálicos, singularmente achatados, que bajaban oscilando lentamente. Algunos lo tocaron en la cara y en las manos; después se desprendieron y siguieron su descenso. Uno se alojó entre el cuello de su camisa y la nuca; estaba desagradablemente tibio, y Farquhar lo arrancó

de un tirón.

Al salir jadeando a la superficie, comprendió que había estado mucho tiempo bajo el agua. La corriente lo había arrastrado en forma perceptible. Estaba cada vez más cerca de la salvación. Los soldados acababan de cargar nuevamente sus armas; las baquetas metálicas llamearon simultáneamente a la luz del sol, al salir de las bocas de los fusiles; describieron un círculo en el aire y desaparecieron en las fundas. Los dos centinelas hicieron fuego nuevamente, por separado, mas sin puntería.

El perseguido vio todo esto por sobre el hombro; ahora nadaba vigorosamente a favor de la corriente. Su cerebro funcionaba con tanta energía como sus brazos y sus piernas. Sus pensamientos tenían la velocidad del relámpago.

«El oficial —razonó— no repetirá ese error, típico del militar riguroso. Es tan fácil esquivar una andanada como un solo tiro. Probablemente ha ordenado ya fuego a discreción. ¡Válgame Dios, no puedo eludir todas las balas!».

A dos pasos de distancia hubo un tremendo chapoteo, y luego un sonido penetrante y móvil, que pareció propagarse de regreso al fuerte, y culminó en una explosión que conmovió el río hasta sus profundidades. Una columna de agua descendió sobre él, cegándolo, estrangulándolo. El cañón participaba en el juego. Al asomar la cabeza en el hervor del agua convulsionada, oyó el silbido del rebote, y casi al mismo tiempo la bala tronchaba estruendosamente los arbustos del bosque cercano.

«No volverán a equivocarse —pensó—. La próxima vez usarán metralla. No debo perder de vista ese cañón. El humo me servirá de advertencia; la detonación llega demasiado tarde, demora más que el proyectil. Es un buen cañón».

Súbitamente sintió que giraba y giraba como un trompo. El agua, las márgenes, el puente ahora distante, el fuerte y los hombres, todo estaba mezclado y confuso. De los objetos, solo percibía el color: bandas horizontales y circulares de color. Giraba en el centro de un torbellino, y la velocidad de rotación y de avance lo enfermaba y aturdía. Pocos segundos más tarde fue lanzado sobre la grava, al pie de la margen izquierda del río —la margen meridional—, detrás de una saliente que lo ocultaba a sus enemigos. Lo volvieron a la realidad la súbita interrupción del movimiento y el escozor de una de sus manos lacerada por la arenilla. Lloró de alegría. Hundió los dedos en la arena, la derramó a puñados sobre su cabeza y la bendijo en alta voz. Era como el oro, como una lluvia de diamantes, rubíes, esmeraldas. Nada había más hermoso. Los árboles de la ribera parecían gigantescas plantas de jardín; notó en ellos un orden definido. Aspiró la fragancia de sus flores. Entre los troncos brillaba una extraña luz rosada, y el viento arrancaba de sus ramas la música de las arpas eólicas. Peyton Farquhar no sintió deseos de perfeccionar su huida; se contentaba con permanecer en ese lugar encantado hasta que volvieran a capturarlo.

Un zumbido, y luego un repiqueteo de metralla que conmovió las altas ramas de

los árboles, lo arrancaron de su ensoñación. El frustrado artillero había disparado al azar un cañonazo de despedida. Peyton Farquhar se incorporó de un salto, corrió por el declive de la ribera y se internó en el bosque.

Anduvo todo el día, orientándose por el sol. El bosque parecía interminable; no se veía un claro, ni siquiera una picada de leñadores. Nunca había creído vivir en una comarca tan salvaje; la revelación tenía algo de pavoroso.

Al caer la noche estaba postrado por la fatiga y el hambre, con los pies llagados. El recuerdo de su esposa y de sus hijos lo obligó a seguir. Por fin halló un camino, y comprendió que iba en la dirección propicia. Era ancho y recto como una calle de ciudad; sin embargo, parecía intransitado. Ni campos cultivados lo bordeaban, ni habitación alguna, ni el ladrido de un perro sugería la presencia humana. Los troncos negros de los grandes árboles formaban paredes verticales a ambos lados, convergiendo en un punto del horizonte, como un diagrama en una lección de perspectiva. Alzó la vista y vio fulgir grandes estrellas de oro, que le parecieron desconocidas y formaban extrañas constelaciones. Abrigó la certeza de que estaban agrupadas en un orden provisto de secreto y maligno significado. Poblaban el bosque a ambos lados extraños rumores: oyó, repetidamente, murmullos en un idioma desconocido.

Le dolía el cuello. Al tocarlo con la mano lo notó horriblemente hinchado. Adivinó un círculo negro donde lo había ceñido la cuerda. Sentía los ojos congestionados; ya no podía cerrarlos. La sed le hinchaba la lengua: la sed y la fiebre; para mitigarla, sacó la lengua al aire fresco, entre los dientes. El césped de la intransitada alameda era como una alfombra blanda. Ya no sentía el camino bajo sus pies.

Indudablemente, a pesar del sufrimiento, se ha quedado dormido mientras caminaba, porque ahora contempla otra escena… O quizá, simplemente, ha vuelto en sí después de un delirio. Se halla ante la reja de su propia casa. Todo está como lo dejó, todo brilla espléndido bajo el sol matinal. Seguramente ha caminado toda la noche. Abre el portón, echa a andar por la amplia vereda blanca, ve un revuelo de faldas; su mujer, fresca, bella y dulce, baja de la veranda a su encuentro. Al pie de la escalinata se queda esperando, con una sonrisa de inefable alegría, en una actitud de incomparable gracia y dignidad. ¡Cuán hermosa es! Él avanza con los brazos abiertos. Y cuando va a estrecharla, siente un golpe demoledor en la nuca; una enceguecedora luz blanca fulgura a su alrededor, oye un ruido semejante a un cañonazo… ¡Después todo es oscuridad y silencio!

Peyton Farquhar estaba muerto. Su cadáver, con el cuello quebrado, se balanceaba suavemente entre los maderos del viejo puente de Owl Creek.

12
El milagro secreto
Jorge Luis Borges

De la obra de JORGE LUIS BORGES —nacido en Buenos Aires en 1899— se ha dicho que constituye una literatura aparte. En el extranjero es el autor argentino más apreciado. Entre nosotros, moviliza una corriente cada vez más amplia de comentarios, elogios y censuras. Se le ha acusado de practicar un juego erudito e intrascendente, olvidando que sus temas son los que atañen en forma permanente al destino humano: el tiempo y la eternidad, Dios, el misterio de la identidad personal, la creación literaria. También se le adjudica la obligación de interpretar el «espíritu nacional» y se le reprocha que no lo haga. Cierto nihilismo burlón, propio de muchos argentinos, constituye sin embargo un rasgo evidente de sus narraciones: la eternidad, si existe para las almas, es un dilatado período de aburrimiento; Dios, si acaso existe, es un reflejo de otro reflejo, infinitamente inalcanzable; uno mismo puede llegar a descubrir que es otro, y ese otro el enemigo más odiado; la identidad personal es quizá una ilusión; el autor del Quijote es un oscuro escritor francés de principios de este siglo; el verdadero Cristo es Judas.

Sólo una actividad humana —la creación literaria— le parece digna, quizá, de la atención y la piedad de un dios. Es el tema de este espléndido relato.

The story is well known of the monk who, going out into the wood to meditate, was detained there by the song of a bird for three hundred years, which to his consciousness passed as only one hour.

NEWMAN: *A grammar of assent, note 3*

La noche del catorce de marzo de 1939, en un departamento de la Zeltnergasse de Praga, Jaromir Hladík, autor de la inconclusa tragedia *Los enemigos*, de una *Vindicación de la eternidad* y de un examen de las indirectas fuentes judías de Jakob Boehme, soñó con un largo ajedrez. No lo disputaban dos individuos sino dos familias ilustres; la partida había sido entablada hace muchos siglos; nadie era capaz de nombrar el olvidado premio, pero se murmuraba que era enorme y quizá infinito; las piezas y el tablero estaban en una torre secreta; Jaromir —en el sueño— era el primogénito de una de las familias hostiles; en los relojes resonaba la hora de la impostergable jugada; el soñador corría por las arenas de un desierto lluvioso y no lograba recordar las figuras ni las leyes del ajedrez. En ese punto, se despertó. Cesaron los estruendos de la lluvia y de los terribles relojes. Un ruido acompasado y unánime, cortado por algunas voces de mando, subía de la Zeltnergasse. Era el amanecer; las blindadas vanguardias del Tercer Reich entraban en Praga.

El diecinueve las autoridades recibieron una denuncia; el mismo diecinueve, al atardecer, Jaromir Hladík fue arrestado. Lo condujeron a un cuartel aséptico y blanco, en la ribera opuesta del Moldau. No pudo levantar uno solo de los cargos de la Gestapo: su apellido materno era Jaroslavski, su sangre era judía, su estudio sobre Boehme era judaizante, su firma dilataba el censo final de una protesta contra el *Anschlus*. En 1928, había traducido el *Sepher Yezirah* para la editorial Hermann Barsdorf; el efusivo catálogo de esa casa había exagerado comercialmente el renombre del traductor; ese catálogo fue ojeado por Julius Rothe, uno de los jefes en cuyas manos estaba la suerte de Hladík. No hay hombre que, fuera de su especialidad, no sea crédulo; dos o tres adjetivos en letra gótica bastaron para que Julius Rothe admitiera la preeminencia de Hladík y dispusiera que lo condenaran a muerte, *pour encourager les autres*. Se fijó el día veintinueve de marzo, a las nueve a. m. Esa demora (cuya importancia apreciará después el lector) se debía al deseo administrativo de obrar impersonal y pausadamente, como los vegetales y los planetas.

El primer sentimiento de Hladík fue de mero terror. Pensó que no lo hubieran arredrado la horca, la decapitación o el degüello, pero que morir fusilado era intolerable. En vano se redijo que el acto puro y general de morir era lo temible, no las circunstancias concretas. No se cansaba de imaginar esas circunstancias: absurdamente procuraba agotar todas las variaciones. Anticipaba infinitamente el proceso, desde el insomne amanecer hasta la misteriosa descarga. Antes del día prefijado por Julius Rothe, murió centenares de muertes, en patios cuyas formas y cuyos ángulos fatigaban la geometría, ametrallado por soldados variables, en número cambiante, que a veces lo ultimaban desde lejos; otras, desde muy cerca. Afrontaba con verdadero temor —quizá con verdadero coraje— esas ejecuciones imaginarias;

cada simulacro duraba unos pocos segundos; cerrado el círculo, Jaromir interminablemente volvía a las trémulas vísperas de su muerte. Luego reflexionó que la realidad no suele coincidir con las previsiones; con lógica perversa infirió que prever un detalle circunstancial es impedir que este suceda. Fiel a esa débil magia, inventaba, *para que no sucedieran*, rasgos atroces; naturalmente, acabó por temer que esos rasgos fueran proféticos. Miserable en la noche, procuraba afirmarse de algún modo en la sustancia fugitiva del tiempo. Sabía que este se precipitaba hacia el alba del día veintinueve; razonaba en voz alta: «Ahora estoy en la noche del veintidós; mientras dure esta noche —y seis noches más— soy invulnerable, inmortal». Pensaba que las noches de sueño eran piletas hondas y oscuras en las que podía sumergirse. A veces anhelaba con impaciencia la definitiva descarga, que lo redimiría, mal o bien, de su vana tarea de imaginar. El veintiocho, cuando el último ocaso reverberaba en los altos barrotes, lo desvió de esas consideraciones abyectas la imagen de su drama *Los enemigos*.

Hladík había rebasado los cuarenta años. Fuera de algunas amistades y de muchas costumbres, el problemático ejercicio de la literatura constituía su vida; como todo escritor, medía las virtudes de los otros por lo ejecutado por ellos y pedía que los otros lo midieran por lo que vislumbraba o planeaba. Todos los libros que había dado a la estampa le infundían un complejo arrepentimiento. En sus exámenes de la obra de Boehme, de Abenesra y de Fludd, había intervenido esencialmente la mera aplicación; en su traducción del *Sepher Yezirah*, la negligencia, la fatiga y la conjetura. Juzgaba menos deficiente, tal vez, la *Vindicación de la eternidad*: el primer volumen historia las diversas eternidades que han ideado los hombres, desde el inmóvil Ser de Parménides hasta el pasado modificable de Hinton; el segundo niega —con Francis Bradley— que todos los hechos del universo integran una serie temporal. Arguye que no es infinita la serie de las posibles experiencias del hombre y que basta una sola «repetición» para demostrar que el tiempo es una falacia… Desdichadamente, no son menos falaces los argumentos que demuestran esa falacia; Hladík solía recorrerlos con cierta desdeñosa perplejidad. También había redactado una serie de poemas expresionistas; estos, para confusión del poeta, figuraron en una antología de 1924 y no hubo antología posterior que no los heredara. De todo ese pasado equívoco y lánguido quería redimirse Hladík con el drama en verso *Los enemigos*. (Hladík preconizaba el verso, porque impide que los espectadores olviden la irrealidad, que es condición del arte).

Este drama observaba las unidades de tiempo, de lugar y de acción; transcurría en Hradcany, en la biblioteca del barón de Roemerstadt, en una de las últimas tardes del siglo diecinueve.

En la primera escena del primer acto, un desconocido visita a Roemerstadt. (Un reloj da las siete, una vehemencia de último sol exalta los cristales, el aire trae una

apasionada y reconocible música húngara). A esta visita siguen otras; Roemerstadt no conoce las personas que lo importunan, pero tiene la incómoda impresión de haberlos visto ya, tal vez en un sueño. Todos exageradamente lo halagan, pero es notorio —primero para los espectadores del drama, luego para el mismo barón— que son enemigos secretos, conjurados para perderlo. Roemerstadt logra detener o burlar sus complejas intrigas; en el diálogo, aluden a su novia, Julia de Weidenau, y a un tal Jaroslav Kubin, que alguna vez la importunó con su amor. Este, ahora, se ha enloquecido y cree ser Roemerstadt… Los peligros arrecian; Roemerstadt, al cabo del segundo acto, se ve en la obligación de matar a un conspirador. Empieza el tercer acto, el último. Crecen gradualmente las incoherencias: vuelven actores que parecían descartados ya de la trama; vuelve, por un instante, el hombre matado por Roemerstadt. Alguien hace notar que no ha atardecido: el reloj da las siete, en los altos cristales reverbera el sol occidental, el aire trae una apasionada música húngara. Aparece el primer interlocutor y repite las palabras que pronunció en la primera escena del primer acto. Roemerstadt le habla sin asombro; el espectador entiende que Roemerstadt es el miserable Jaroslav Kubin. El drama no ha ocurrido: es el delirio circular que interminablemente vive y revive Kubin.

Nunca se había preguntado Hladík si esa tragicomedia de errores era baladí o admirable, rigurosa o casual. En el argumento que he bosquejado intuía la invención más apta para disimular sus defectos y para ejercitar sus felicidades, la posibilidad de rescatar —de manera simbólica— lo fundamental de su vida. Había terminado ya el primer acto y alguna escena del tercero; el carácter métrico de la obra le permitía examinarla continuamente, rectificando los hexámetros, sin el manuscrito a la vista. Pensó que aún le faltaban dos actos y que muy pronto iba a morir. Habló con Dios en la oscuridad: «Si de algún modo existo, si no soy una de tus repeticiones y erratas, existo como autor de *Los enemigos*. Para llevar a término ese drama, que puede justificarme y justificarte, requiero un año más. Otórgame esos días, Tú de quien son los siglos y el tiempo». Era la última noche, la más atroz, pero diez minutos después el sueño lo anegó como un agua oscura.

Hacia el alba, soñó que se había ocultado en una de las naves de la biblioteca del Clementinum. Un bibliotecario de gafas negras le preguntó: «¿Qué busca?» Hladík le replicó: «Busco a Dios». El bibliotecario le dijo: «Dios está en una de las letras de una de las páginas de uno de los cuatrocientos mil tomos del Clementinum. Mis padres y los padres de mis padres han buscado esa letra; yo me he quedado ciego buscándola». Se quitó las gafas y Hladík vio los ojos, que estaban muertos. Un lector entró a devolver un atlas. «Este atlas es inútil», dijo, y se lo dio a Hladík. Este lo abrió al azar. Vio un mapa de la India, vertiginoso. Bruscamente seguro, tocó una de las mínimas letras. Una voz ubicua le dijo: «El tiempo de tu labor ha sido otorgado. Aquí». Hladík despertó.

Recordó que los sueños de los hombres pertenecen a Dios y que Maimónides ha escrito que son divinas las palabras de un sueño, cuando son distintas y claras y no se puede ver quién las dijo. Se vistió; dos soldados entraron en la celda y le ordenaron que los siguiera.

Del otro lado de la puerta, Hladík había previsto un laberinto de galerías, escaleras y pabellones. La realidad fue menos rica: bajaron a un traspatio por una sola escalera de fierro. Varios soldados —algunos de uniforme desabrochado— revisaban una motocicleta y la discutían. El sargento miró el reloj: eran las ocho y cuarenta y cuatro minutos. Había que esperar que dieran las nueve. Hladík, más insignificante que desdichado, se sentó en un montón de leña. Advirtió que los ojos de los soldados rehuían los suyos. Para aliviar la espera, el sargento le entregó un cigarrillo. Hladík no fumaba; lo aceptó por cortesía o por humildad. Al encenderlo, vio que le temblaban las manos. El día se nubló; los soldados hablaban en voz baja como si él ya estuviera muerto. Vanamente, procuró recordar a la mujer cuyo símbolo era Julia de Weidenau…

El piquete se formó, se cuadró. Hladík, de pie contra la pared del cuartel, esperó la descarga. Alguien temió que la pared quedara maculada de sangre; entonces le ordenaron al reo que avanzara unos pasos. Hladík, absurdamente, recordó las vacilaciones preliminares de los fotógrafos. Una pesada gota de lluvia rozó una de las sienes de Hladík y rodó lentamente por su mejilla; el sargento vociferó la orden final.

El universo físico se detuvo.

Las armas convergían sobre Hladík, pero los hombres que iban a matarlo estaban inmóviles. El brazo del sargento eternizaba un ademán inconcluso. En una baldosa del patio una abeja proyectaba una sombra fija. El viento había cesado, como en un cuadro. Hladík ensayó un grito, una sílaba, la torsión de una mano. Comprendió que estaba paralizado. No le llegaba ni el más tenue rumor del impedido mundo. Pensó, «estoy en el infierno, estoy muerto». Pensó, «estoy loco». Pensó, «el tiempo se ha detenido». Luego reflexionó que en tal caso, también se hubiera detenido su pensamiento. Quiso ponerlo a prueba: repitió —sin mover los labios— la misteriosa cuarta égloga de Virgilio. Imaginó que los ya remotos soldados compartían su angustia; anheló comunicarse con ellos. Le asombró no sentir ninguna fatiga, ni siquiera el vértigo de su larga inmovilidad. Durmió, al cabo de un plazo indeterminado. Al despertar, el mundo seguía inmóvil y sordo. En su mejilla perduraba la gota de agua; en el patio, la sombra de la abeja; el humo del cigarrillo que había tirado no acababa nunca de dispersarse. Otro «día» pasó, antes que Hladík entendiera.

Un año entero había solicitado de Dios para terminar su labor: un año le otorgaba su omnipotencia. Dios operaba para él un milagro secreto: lo mataría el plomo germánico, en la hora determinada, pero en su mente un año transcurriría entre la

orden y la ejecución de la orden. De la perplejidad pasó al estupor, del estupor a la resignación, de la resignación a la súbita gratitud.

No disponía de otro documento que la memoria; el aprendizaje de cada hexámetro que agregaba le impuso un afortunado rigor que no sospechan quienes aventuran y olvidan párrafos interinos y vagos. No trabajó para la posteridad ni aun para Dios, de cuyas preferencias literarias poco sabía. Minucioso, inmóvil, secreto, urdió en el tiempo su alto laberinto invisible. Rehizo el tercer acto dos veces. Borró algún símbolo demasiado evidente: las repetidas campanadas, la música. Ninguna circunstancia lo importunaba. Omitió, abrevió, amplificó; en algún caso, optó por la versión primitiva. Llegó a querer el patio, el cuartel; uno de los rostros que lo enfrentaban modificó su concepción del carácter de Roemerstadt. Descubrió que las arduas cacofonías que alarmaron tanto a Flaubert son meras supersticiones visuales: debilidades y molestias de la palabra escrita, no de la palabra sonora… dio término a su drama: no le faltaba ya resolver sino un solo epíteto. Lo encontró; la gota de agua resbaló en su mejilla. Inició un grito enloquecido, movió la cara, la cuádruple descarga lo derribó.

Jaromir Hladík murió el veintinueve de marzo, a las nueve y dos minutos de la mañana.

13
El cuento del padre Meuron
R. H. Benson

Clérigo anglicano convertido al catolicismo, ordenado como tal, predicador de cierto renombre, R. H. BENSON nació en Inglaterra en 1871. Murió en 1914.

Escribió relatos de tendencia mística y novelas históricas y modernas.

El padre Meuron estuvo muy voluble durante la cena del sábado. Soltaba exclamaciones; hacía ademanes; sus vivos ojos negros centelleaban sobre sus rosadas mejillas; y yo nunca había visto sus cabellos tan erizados.

Estaba sentado en el lugar más alejado de la mesa, que tenía forma de herradura, y yo pude, sin temor de ser oído, hacer notar su regocijo al sacerdote inglés que estaba a mi lado.

El padre Brent sonrió.

—Está ebrio de *gloire* —dijo—. A él le toca referir un cuento esta noche.

Eso lo explicaba todo.

Sin embargó, yo no tenía gran interés en oír su relato. Abrigaba la convicción de que estaría lleno de oropel y de doncellas que se desmayaban y terminaban sus días en un convento, bajo la dirección espiritual del padre Meuron; y cuando él ascendió a la tribuna, yo busqué un rincón penumbroso, un tanto apartado del semicírculo, donde podría quedarme dormido, con solo desearlo, sin provocar comentarios.

En realidad, la narración me tomó totalmente desprevenido.

Cuando todos hubimos ocupado nuestros sitios, y la pipa de Monseñor estuvo encendida, y el propio Monseñor estirado en su silla plegadiza, el francés comenzó su historia. La relató en su propio idioma, pero yo trataré de daros una versión tan fiel como sea posible.

—Mi contribución a la serie de relatos —comenzó, sentado en el sillón de respaldo recto, en el centro del círculo, un tanto apartado de mí—, mi contribución a los relatos que van a referir estos buenos padres, es una historia de exorcismo. He aquí una cuestión con la que no estamos muy familiarizados actualmente los que vivimos en Europa. Diríase, y yo así lo creo, que la gracia tiene cierta facultad, acumulada en el transcurso de los siglos, de saturar con su fuerza aun a los objetos del mundo físico. Por numerosas que sean las rebeldías de los hombres, los sacrificios ofrecidos y las oraciones elevadas poseen la facultad de refrenar a Satanás e impedir

sus más formidables manifestaciones. Aun en mi infortunado país, en este momento, a pesar de la apostasía que se ha extendido ampliamente y del culto deliberado de Satanás, la gracia palpita en el aire; y en efecto, rara vez sucede que un sacerdote tenga que lidiar con un caso de posesión demoníaca. En vuestra respetable Inglaterra también ocurre lo mismo; la piedad sencilla de los protestantes ha mantenido vivo, en cierta medida, el vigor del Evangelio. Aquí, en Italia, las cosas son un tanto distintas. Las viejas potestades han sobrevivido al asalto cristiano, y si bien no pueden vivir en la santa Roma, hay rincones donde perduran.

Desde mi lugar vi que el padre Bianchi miraba furtivamente al narrador, y creí leer en esa mirada un involuntario asentimiento.

—Sin embargo —prosiguió el francés, desdeñando majestuosamente encauzar por ahí su relato—, mi historia no acaece en este continente, sino en la islita de La Souffrière. Allá las circunstancias no son las de aquí. Cuando yo estuve en la isla, el año 1891, era un baluarte de las tinieblas. La gracia, si bien se había apoderado del corazón de los hombres, aún no había penetrado en la creación inferior. ¿Comprenden? Había muchas santas personas a quienes yo conocía, que frecuentaban los sacramentos y vivían devotamente, pero no todos eran de esa índole. Los antiguos ritos sobrevivían secretamente entre los negros, y las tinieblas… ¿Cómo diré?… la oscuridad se corporizaba.

»No obstante, para los fines de mi relato… —El sacerdote buscó posición más cómoda en su asiento y juntó los dedos como si fueran instrumentos preciosos. Se divertía enormemente, y yo comprendí que estaba preparándose para una revelación.

—Fue en 1891 —repitió— cuando fui allí, a ocupar, con otro de nuestros Padres, la casa misional. No les fastidiaré, caballeros, con el relato de nuestra llegada o de lo sucedido en los meses siguientes, aunque muchas de las cosas que vi me causaron asombro. Hasta aquel momento nunca me había parecido tan evidente el poder de los Sacramentos. En los países civilizados, como ya he sugerido, el aire está cargado de gracia. Cada ser no es más que una ola del profundo mar. Al que carece del favor de Dios no le falta Su gracia, presente en cada bocanada de aire que respira. En torno a él, hay templos, hay personas piadosas y religiosas; hay, a sus espaldas, siglos enteros de plegarias. Los edificios mismos en que entra, como nos ha explicado M. Huysmans, tienen la pátina de las oraciones. Aunque sea una criatura malvada, está aún en la casa de su Padre: y el retorno de la muerte a la vida no es, al fin y al cabo, un cruce del abismo. Pero allá, en La Souffriére no hay términos medios: todo es divino o satánico, negro o blanco, cristiano o infernal. Uno está, por decirlo así, en la ribera del mar, observando las rompientes de la gracia, y cada una de ellas es un milagro. Les digo que he visto a santos catecúmenos echar espumarajos por la boca, con los ojos en blanco, al caer sobre ellos el agua salvadora y salir de ellos lo que tenían en su interior. Como dice el Evangelio: “*Spiritus conturbavit illum: et elisus in*

terram, volutabatur spumans”.

El padre Meuron hizo una nueva pausa.

Me interesó escuchar esta corroboración de evidencias llegadas a mis oídos en otras ocasiones. Más de un misionero me había contado lo mismo; y en sus relatos, yo había vislumbrado un paralelo de aquellos que nos dejaron los primeros predicadores de la fe cristiana en los primitivos tiempos de la Iglesia.

—Yo era incrédulo, al principio —continuó el clérigo—, hasta que vi esas cosas con mis propios ojos. Un viejo sacerdote de la misión reprendió mi incredulidad. «Eres ignorante», me dijo; «aún tienes las ínfulas de los recién salidos del seminario». Y sus palabras, amigos míos, eran justas.

»Un lunes por la mañana, estando reunidos en consejo, advertí que aquel viejo sacerdote tenía algo que decir. Se llamaba M. Lasserre. Guardó el más absoluto silencio hasta que quedaron resueltos todos los asuntos de poca monta, y entonces se encaró con el Padre Rector.

»“Monseñor ha escrito”, dijo, “y me ha otorgado el permiso necesario para realizar esa diligencia que usted conoce, padre mío. Y me ordena llevar conmigo otro sacerdote. Solicito que sea el padre Meuron quien me acompañe. Este joven y celoso misionero necesita una lección”.

»El padre Rector me miró con una sonrisa (yo estaba alelado), y luego miró al padre Lasserre y asintió con la cabeza, dándole su venia.

»“El padre Lasserre le explicará todo”, dijo, incorporándose para rezar las oraciones.

»El buen padre me explicó todo, como había dicho el Padre Rector.

»Al parecer, se trataba de un exorcismo. Una mujer que vivía con su madre y con su esposo, dijo el padre Lasserre, había sido afligida por el demonio. Era una catecúmena, y durante varios meses se mostró muy devota y todo marchó perfectamente hasta que el demonio lanzó ese… ese asalto contra su alma. El padre Lasserre visitó a la mujer, la examinó y envió su informe al obispo, solicitándole permiso para exorcizarla; y ese permiso había llegado por la mañana.

»No me atreví a decir al sacerdote que estaba errado, y que se trataba de un ataque de epilepsia. Yo había leído algunos libros, para adquirir conocimientos médicos, y todo lo que entonces oí pareció confirmar mi diagnóstico. Los síntomas estaban ahí, fáciles de descifrar. ¿Qué quieren ustedes? —El padre Meuron hizo nuevamente aquel pequeño gesto de que hablé antes—. En mi juventud, yo sabía más que todos los Padres de la Iglesia. ¡Aquellos achaques de endemoniados no eran más que afección al cerebro, sueños y fantasías!

»Y si los exorcismos parecían dar resultado en esas gentes, ello era el efecto que ejercía en su imaginación la solemnidad del rito. Nada más.

Rio con feroz ironía.

—¡Ustedes lo saben todo, caballeros!

Mis deseos de dormir se habían esfumado por completo. El sacerdote francés era más interesante de lo que yo pensara. Su aparatosidad se había disipado. Su voz temblaba un poco, mientras denunciaba su propio engreimiento, y empecé a preguntarme cómo se había producido ese cambio en su estado de ánimo.

—Salimos aquella tarde —dijo, retomando el hilo de su relato—. La mujer vivía en el extremo más lejano de la isla, a un par de horas de viaje, quizá, porque el terreno era accidentado; y mientras caminábamos por el sendero, el padre Lasserre me contó algo más del caso.

»Al parecer, la mujer blasfemaba. “El yo inconsciente”, pensé para mis adentros, “tal como lo ha explicado M. Charcot. Una reafirmación del antiguo hábito de la mujer”.

»Echaba espuma por la boca, y ponía los ojos en blanco. “Una afección cerebral”, me dije.

»Le inspiraba terror el agua bendita; y tan fieramente se debatía, que nadie osaba echársela. “Porque le han enseñado a tenerle miedo”, argüí.

»Y el buen padre hablaba, mirándome de reojo a las veces, y yo sonreía para mis adentros, convencido de que era un viejo simple, que no había estudiado los nuevos libros.

»Se tranquilizaba después del anochecer, me dijo, y consentía en comer un poco. Casi todos sus ataques se producían al mediodía.

»Al oírlo, sonreí nuevamente. Yo conocía el motivo. El calor la afectaba. Era natural (lo afirmaba la ciencia) que al caer la tarde se sosegara. Si fuese el poder de Satanás el que la dominaba, seguramente se pondría más furiosa en la oscuridad que en la luz. Así lo declaran las Escrituras.

»Algo de esto dije al Padre Lasserre, como si se tratara de una pregunta, y él me miró.

»“Tal vez, hermano”, dijo, “ella esté más cómoda en la oscuridad y tema la luz, y por eso se apacigua cuando se pone el sol”.

»Yo torné a sonreír para mis adentros. “¡Cuánta piedad!”, me dije. “¡Y cuánta simpleza!”.

»La casa donde vivían aquellos tres seres estaba un poco apartada de las demás. Era una vieja barraca a la que se habían mudado una semana antes, porque los vecinos ya no podían soportar los gritos de la mujer. Y nosotros llegamos antes de que anocheciera.

»Era una tarde opaca, pesada y agobiante, y al avanzar por el sendero vi, a la izquierda, entre la maraña de árboles, la montaña humeante. Nos rodeaba un gran silencio, no se agitaba el viento, y cada hoja se recortaba en acero contra el cielo colérico.

»Luego vimos el techo del cobertizo, allá abajo, y una nubecita de humo que escapaba por un agujero, pues no había chimenea.

»“Nos sentaremos un rato aquí, hermano”, dijo mi amigo. “No entraremos en la casa hasta que anochezca”.

»Sacó su breviario y empezó a rezar sus maitines y laudes, sentado en un tronco caído, al costado del sendero.

»Todo estaba muy silencioso en torno. Yo experimentaba terribles distracciones, porque era hombre joven y me sentía muy excitado; y aunque estaba convencido de que no vería otra cosa que un ataque de epilepsia, no es esta cosa agradable de ver. Pero finalizaba mi primer nocturno cuando vi que el Padre Lasserre desviaba la vista del libro.

»Estábamos sentados a unas treinta yardas del techo de la cabaña, construida en una depresión del terreno, de suerte que el techo de la misma quedaba al nivel del terreno en que nos hallábamos sentados. Debajo, había un pequeño espacio abierto, liso, de unas veinte yardas de ancho, y más allá se extendía nuevamente el bosque, y luego el humo de la aldea contra el cielo. Vi, también, el brocal de un pozo, junto al cual había un cubo; y parado junto a este un hombre, un negro, muy erguido, con una vasija en la mano.

»Aquel sujeto se volvió en el instante en que yo miraba en su dirección; nos vio, y dejó caer la vasija, y yo alcancé a ver sus dientes blancos. El Padre Lasserre se incorporó y se llevó el dedo a los labios, asintió una o dos veces con la cabeza, señaló al oeste, donde el sol iba tocando el horizonte, y el individuo respondió, a su vez, con un movimiento de cabeza, y se inclinó para recoger la vasija.

»La llenó con el agua del balde y regresó a la casa.

»Miré al Padre Lasserre, y él devolvió mi mirada. “Dentro de cinco minutos”, dijo. “Ese es el marido. ¿No le ha visto las heridas?”.

»Sólo le había visto los dientes, repuse, y mi amigo meneó nuevamente la cabeza y se dispuso a concluir su nocturno.

El Padre Meuron hizo una nueva pausa dramática. Su rostro rubicundo parecía un poco más pálido que de costumbre a la luz de las bujías, aunque no había contado aún nada capaz de justificar su aparente horror. Evidentemente, algo se avecinaba.

El Rector se inclinó hacia mí y susurró, poniendo la mano a modo de pantalla, y en relación con lo que el francés había referido minutos antes, que ningún sacerdote está autorizado a pronunciar un exorcismo sin especial consentimiento de su obispo. Yo asentí y le di las gracias.

Los ojos del Padre Meuron recorrieron el círculo de oyentes con un fulgor terrible. Entrelazó las manos y prosiguió:

—Cuando no se veía del sol más que el rojo borde sobre el mar, bajamos a la casa. El sendero llegaba a la altura del techo del cobertizo; después se replegaba y

descendía, pasaba ante la ventana y desembocaba frente al cobertizo.

»Al pasar frente a aquella ventana, en pos del Padre Lasserre, que llevaba su bolsa con el oficionario y el agua bendita, miré furtivamente, pero no vi otra cosa que el resplandor del fuego. Y no se oía ruido alguno. Eso me pareció terrible.

»La puerta estaba cerrada cuando llegamos, y al alzar la mano el Padre Lasserre, oyóse en el interior un aullido de bestia.

»Llamó a la puerta, y me miró.

»“No es más que epilepsia”, dijo, y al decirlo sus labios se arrugaron.

El Padre Meuron se interrumpió nuevamente y nos miró a todos con sonrisa irónica. Después entrelazó las manos por debajo de la barbilla, como un hombre aterrorizado.

—No les diré todo lo que vi —prosiguió— cuando encendimos la vela y la pusimos sobre la mesa; apenas les contaré una pequeña parte. De lo contrario, queridos amigos, no tendrían buenos sueños… como no los tuve yo aquella noche.

»Pero la mujer estaba sentada en un rincón, junto al fuego; los brazos atados con cuerdas al respaldo de una silla, y las piernas amarradas, también, a las patas de la misma silla.

»Caballeros, esa criatura ya no parecía una mujer. El aullido del lobo brotaba de sus labios, pero en ese aullido había palabras. Al principio no comprendí, hasta que empezó a hablar en francés… y entonces sí comprendí… ¡Dios mío!

»La espuma le caía de la boca como si fuera agua, y sus ojos… Pero ¡vamos! Yo me eché a temblar cuando le vi los ojos, empecé a volcar el agua bendita y tuve que ponerla sobre la mesa, junto a las velas. Había un plato de carne sobre la mesa, carnero asado según creo, y una hogaza de pan. ¡Recuerden eso, caballeros! ¡Esa carne y ese pan! Y parado allí, torné a decirme, como quien hace una profesión de fe, que no era más que un caso de epilepsia, o en el peor de los casos, de locura.

»Amigos míos, probablemente pocos de entre ustedes conozcan la fórmula del exorcismo. No figura en el Ritual ni en el Pontifical, y yo mismo no puedo recordarla. Pero empezaba así.

El francés se incorporó y quedó de espaldas al fuego, con el rostro en sombra.

—El Padre Lasserre estaba aquí, donde yo estoy, con su sobrepelliz y su estola, y yo a su lado. Ahí, donde está mi sillón, estaba la mesa cuadrada, al alcance de la mano, con el pan, la carne, el agua bendita y la vela. Detrás de la mesa estaba la mujer; su esposo al lado de ella, a la izquierda, y la anciana madre ahí —señaló a la derecha con la mano—, ¡sobre el piso! Rezando su rosario y llorando… ¡llorando!

»Cuando el Padre estuvo dispuesto, después de decir unas palabras a los otros, me indicó por señas que alzara nuevamente el agua bendita (en aquel instante la posesa estaba tranquila), y la roció.

»Cuando levantó la mano, ella alzó los ojos, y había en ellos una expresión de

terror, como si fueran a golpearla, y al caer las gotas saltó hacia adelante, y la silla saltó también. Su marido se abalanzó sobre ella y arrastró la silla al punto de partida. Pero ¡oh, Dios mío!, era terrible verlo: sus dientes brillaban como si estuviera sonriendo, pero las lágrimas corrían por su cara.

»Entonces ella gimió como un niño dolorido. Como si el agua bendita la abrasara; alzó los ojos y clavó la mirada en su hombre, como rogándole que enjugara las gotas.

»Y mientras sucedía todo esto, yo seguía diciéndome que no era otra cosa que el terror de su mente por el agua bendita… que era imposible que estuviese poseída por Satanás… que no era más que locura… ¡locura y epilepsia!

»El Padre Lasserre siguió rezando sus oraciones, y yo dije "Amén", y después recitó un salmo (*Deus in nomine tuo salvum me fac*) y después vino la primera exhortación al espíritu impuro, ordenándole que saliera, en nombre de los Misterios de la Encarnación y la Pasión.

»Caballeros, puedo jurarles que entonces sucedió algo, aunque no sé exactamente qué. La confusión se apoderó de mí, y una especie de oscuridad. No vi nada… Era como si estuviese muerto.

El sacerdote alzó una mano temblorosa para enjugarse la traspiración de la frente. Un profundo silencio reinaba en el aposento. Miré a Monseñor, y vi que tenía la pipa a dos centímetros de la boca, que sus labios colgaban flojos y laxos, y que tenía los ojos fijos.

—Cuando recuperé la noción de las cosas, el Padre Lasserre leía, en los Evangelios, cómo Nuestro Señor dio autoridad a Su Iglesia para echar a los espíritus malignos; y su voz no tembló una sola vez.

—¿Y la mujer? —exclamó la voz ronca del Padre Brent.

—¡Ah! ¡La mujer! ¡Dios mío! No lo sé. No la miré. Yo miraba el plato que estaba sobre la mesa; pero, por lo menos, ella había dejado de gritar.

»Terminada la lectura de los Evangelios, el Padre Lasserre me dio el libro.

»"¡Bah! ¡Padre!", dijo. "No es más que epilepsia, ¿verdad?".

»Luego me llamó con la mano, y lo seguí, llevando el libro, hasta que estuvimos a un paso de la mujer. Pero yo no podía tener quieto el libro, temblaba, temblaba…

El Padre Meuron extendió la mano.

—Temblaba así, caballeros.

»Él me arrebató el libro, brusco y colérico.

»"Retírese", dijo, poniendo el libro en la mano del esposo.

»"Eso es", dijo.

»Me refugié tras la mesa y me apoyé en ella.

»Entonces el Padre Lasserre… ¡Dios mío! ¡Qué coraje el de ese hombre!, colocó sus manos sobre la cabeza de la mujer. Ella alzó los dientes para morder, pero él era demasiado fuerte, y luego él leyó en el libro la segunda exhortación al espíritu

impuro.

»“¡*Ecce crucum Domini*! ¡He aquí la Cruz del Señor! ¡Huid, huestes adversas! ¡El león de la tribu de Judá ha prevalecido!”.

»Caballeros —aquí el francés extendió las manos—, yo que estoy aquí puedo decirles que algo ocurrió, aunque solo Dios sabe qué. Yo, solo sé esto: que cuando la mujer gritó y se arrastró por el piso, la llama de la vela tomó por un instante el color del humo. Me dije que era el polvo levantado por el forcejeo, el sucio aliento de la enferma. Sí, caballeros, yo pensé lo mismo que ustedes piensan ahora. ¡Bah! No es más que un ataque de epilepsia, ¿verdad, señores?

El viejo Rector se inclinó hacia adelante con gesto reprobatorio, pero el francés gesticulaba y echaba fuego por los ojos; hubo un murmullo en la sala, y el anciano sacerdote tornó a reclinarse en su asiento, y apoyó la barbilla en la mano.

—Luego hubo una oración. Escuché: “*Oremus*”, pero no me atreví a mirar a la mujer. Yo tenía los ojos clavados en el pan y la carne; eran la única cosa limpia en aquella habitación terrible. Susurré para mis adentros: “Pan y carne, pan y carne”. Pensé en el refectorio de la casa misional.

Vi que las manos del francés subían y bajaban, contraídas, y que apretaba los labios contra los dientes para impedir que temblaran. Tragó saliva una o dos veces.

—Señores, juro por el Dios Todopoderoso que esto es lo que vi. Yo tenía los ojos clavados en el pan y la carne. Estaban ahí, bajo mis ojos, y sin embargo, vi también al buen Padre Lasserre inclinarse nuevamente hacia la mujer, y comenzar: “*Exorciso te*…”.

»Y entonces ocurrió eso… eso…

»El pan y la carne se corrompieron en gusanos ante mis ojos…

El Padre Meuron se lanzó hacia adelante, giró sobre sus talones y se desplomó en su asiento, mientras los dos sacerdotes ingleses que estaban más cerca se incorporaban de un salto.

Pocos minutos más tarde pudo decir que todo había terminado bien; que después de uno o dos incidentes que me tomo la libertad de omitir, se advirtió que la mujer había recobrado el dominio de su persona; y que el aparente paroxismo de la naturaleza que acompañara las palabras del tercer exorcismo se desvaneció tan pronto como había venido.

Luego fuimos a rezar las oraciones nocturnas y fortalecernos contra el poder de las tinieblas.

14
El Horla
Guy de Maupassant

GUY DE MAUPASSANT nació en 1850. Novelista, cuentista, una de las expresiones más altas del naturalismo, discípulo de Flaubert, empieza a escribir a los treinta años; en diez más, revelando gran capacidad de trabajo, publica veintisiete tomos de cuentos o novelas. Recordemos algunos títulos: *Boule-de-Suif, Bel-Ami, Fort comme la Mort*. Enloquece en 1891 y muere dos años más tarde, absolutamente desvinculado de la realidad exterior, él que fue uno de sus más penetrantes observadores.

Se ha dicho que la enfermedad mental de Maupassant sigue un proceso que puede reconocerse en sus cuentos de tema fantástico escritos a partir de 1883. Entre esos relatos que al mismo tiempo son documentos de la desintegración de un gran espíritu, quizá el más impresionante es «El Horla». Maupassant escribió dos versiones. Esta es la primera, que data de 1886.

El doctor Marrande, el más ilustre y eminente de los alienistas, había rogado a tres colegas y a cuatro sabios en ciencias naturales que vinieran a pasar una hora en la casa de salud que dirigía, para mostrarles uno de sus enfermos.

Y cuando sus amigos estuvieron reunidos, les dijo:

—Os voy a someter el caso más extraño e inquietante que haya encontrado jamás. Por otra parte, nada tengo que deciros de mi paciente. Él mismo hablará.

Llamó entonces el doctor a uno de sus criados, y este hizo entrar a un hombre. Era muy delgado, de una delgadez cadavérica, semejante a la de ciertos locos a quienes devora un pensamiento, porque el pensamiento enfermo devora, más que la fiebre o la tisis, la carne del cuerpo.

Y después de saludar, cuando todos se sentaron, dijo el hombre:

—Señores, sé por qué os han reunido aquí, y estoy dispuesto a contaros mi historia, como me lo ha rogado mi amigo el doctor Marrande. Durante mucho tiempo él me creyó loco. Ahora duda. Dentro de poco todos vosotros sabréis que mi espíritu es tan sano, lúcido y clarividente como el vuestro, desdichadamente para mí, para vosotros y para la humanidad entera.

Pero quiero comenzar por los hechos mismos, hechos muy simples. Helos aquí:

«Tengo cuarenta y dos años. Soy soltero, mi fortuna es suficiente para vivir con cierto lujo. Habitaba una finca en las márgenes del Sena, en Biessard, cerca de Rouen. Me gustan la caza y la pesca. Detrás de la finca, encima de los grandes peñascos que domina mi casa, se extiende el bosque de Roumare, uno de los más hermosos de Francia, y al frente tenía yo uno de los ríos más bellos del mundo.

»Mi casa es vasta, pintada de blanco por afuera, alegre, antigua, y está en el centro de un gran jardín con árboles magníficos, que se extiende hasta el bosque, escalando los enormes peñascos de que os he hablado.

»Mi servidumbre se compone, o, mejor dicho se componía de un cochero, un jardinero, un ayuda de cámara, una cocinera y una costurera, que era al mismo tiempo una especie de ama de llaves. Todos ellos habían vivido en mi casa entre diez y dieciséis años, me conocían, conocían mi morada, el país, todo lo que me rodeaba. Eran servidores buenos y tranquilos. Y eso tiene importancia para lo que voy a decir.

»Debo agregar que el Sena, que bordea mi jardín, es navegable hasta Rouen, como sin duda lo sabéis vosotros, y que diariamente yo veía pasar grandes navíos de vela o de vapor, procedentes de todos los rincones del mundo.

»Ahora bien, de pronto —de ello hizo un año el pasado otoño— me sentí asaltado de extraños e inexplicables malestares. Al principio fue una especie de inquietud nerviosa, que me tenía despierto noches enteras, en un estado tal de sobreexcitación que el menor ruido me hacía estremecer. Mi carácter se agrió. Experimentaba cóleras repentinas e inexplicables. Llamé a un médico, quien me recetó bromuro de potasio y duchas.

»Empecé, pues, a darme duchas por la mañana y por la tarde, y a tomar bromuro. Y pronto, en efecto, recobré el sueño, pero un sueño más espantoso que el insomnio. Apenas me acostaba, cerraba los ojos y me sumía en la nada. Sí, caía en la nada, en una nada absoluta, en una muerte del ser entero, de la que venía a arrancarme bruscamente, horriblemente, la sensación atroz de un peso agobiador sobre el pecho, y de una boca que posada en la mía me sorbía la vida. ¡Oh, qué sobresaltos! No conozco nada más espantoso.

»Figuraos un hombre que duerme, y a quien asesinan, y que se despierta con un cuchillo en la garganta, y que agoniza cubierto de sangre, y que va a morir, y que no comprende… ¡eso es!

»Yo enflaquecía de un modo inquietante, continuo; y advertí bruscamente que mi cochero, que era muy gordo, comenzaba a enflaquecer como yo. Por fin le pregunté: “¿Qué tienes, Jean? Estás enfermo”. Él respondió: “Creo que he contraído la misma enfermedad que mi amo. Son mis noches las que destruyen mis días”.

»Pensé, entonces, que había en la casa una influencia febril debida a la vecindad del río, y estaba dispuesto a marcharme por espacio de dos o tres meses (a pesar de

que estábamos en plena temporada de caza) cuando un pequeño y extraño suceso, observado por casualidad, me deparó una serie de descubrimientos tan inverosímiles, fantásticos y terribles, que decidí quedarme.

»Teniendo sed, un atardecer, bebí medio vaso de agua y observé que la garrafa colocada sobre la cómoda, frente a mi cama, estaba llena hasta el tapón de cristal.

»Durante la noche tuve una de esas pesadillas atroces de que ya os he hablado. Encendí la bujía, dominado por espantosa angustia, y al querer beber de nuevo, advertí con estupor que la garrafa estaba vacía. No podía creer a mis ojos. O bien alguien había entrado en mi cuarto, o bien yo era sonámbulo.

»Al atardecer del día siguiente, quise hacer la misma prueba. Cerré con llave mi puerta para estar seguro de que nadie podría entrar en mi cuarto. Me dormí, y más tarde desperté, como me ocurría todas las noches. El agua que viera con mis propios ojos, dos horas antes, había desaparecido.

»¿Quién la había bebido? Yo, sin duda, y sin embargo, estaba seguro, absolutamente seguro, de no haberme movido en el transcurso de mi profundo y doloroso sueño.

»Entonces recurrí a diversas tretas para convencerme de que no era yo quien, inconscientemente, realizaba esos actos. Una tarde coloqué junto a la garrafa una botella de burdeos añejo, una taza de leche, que detesto, y unos pasteles de chocolate, que me gustan mucho.

»El vino y los pasteles permanecieron intactos. La leche y el agua desaparecieron. Día a día cambié las bebidas y los alimentos. Aquello no tocó jamás las cosas sólidas, compactas, ni bebió otra cosa que leche fresca y, sobre todo, agua.

»Pero una duda punzante permanecía en mi espíritu. ¿No era yo mismo quien me levantaba, sin tener conciencia, y bebía aun las cosas detestables, puesto que mis sentidos debilitados por el sueño sonambúlico podían modificarse, perder sus repugnancias habituales y adquirir gustos nuevos?

»Utilicé entonces, contra mí mismo, un nuevo ardid. Envolví en cintas de muselina blanca todos los objetos que infaliblemente era menester tocar, y no contento con eso, los cubrí con una servilleta de batista.

»Después, antes de acostarme, me embadurné con grafito las manos, la boca y los bigotes.

»Al despertarme, advertí que todos los objetos permanecían inmaculados, a pesar de haber sido tocados, ya que la servilleta no estaba en la misma posición en que yo la dejara; además, el agua y la leche habían desaparecido. Ahora bien, era imposible que alguien hubiese entrado por la puerta, cerrada con doble llave, o por la ventana, a la que por prudencia había puesto un candado.

»Entonces me formulé esta pregunta temible: ¿quién era el que de este modo se acercaba a mí todas las noches?

»Quizá, señores, os he contado todo esto con demasiada rapidez. Os veo sonreír, ya habéis formado vuestra opinión: “Es un loco”. Quizá debí describiros más minuciosamente las emociones de un hombre sano de espíritu que, encerrado en su cuarto, ve cómo detrás del vidrio de una jarra ha desaparecido, mientras él dormía, un poco de agua. Debí haceros comprender esa tortura, renovada todas las noches y todas las mañanas, y aquel sueño invencible, y aquellos despertares aún más atroces.

»Pero prosigo.

»De pronto, el milagro cesó. Nada volvió a desaparecer en el interior de mi cuarto. Aquello se acabó. Empecé a mejorar. Había recobrado mi buen humor, cuando supe que uno de mis vecinos, el señor Degit, se hallaba exactamente en el mismo estado en que me encontrara yo. Una vez más pensé en una pestilencia que se hubiera extendido por el país. Mi cochero, muy enfermo, se había marchado un mes antes.

»Había transcurrido el invierno, y empezaba la primavera. Una mañana me paseaba cerca de mis rosales cuando vi, claramente, cerca de mí, quebrarse el tallo de una de las rosas más bellas, como si la hubiese cogido una mano invisible; y después la flor describió la curva que habría descrito un brazo al llevarla hacia una boca, y permaneció suspendida en el aire transparente, sola, inmóvil, espantable, a tres pasos de mis ojos.

»Presa de un terror insensato, me lancé sobre la flor con intención de apresarla. No encontré nada. Había desaparecido. Entonces me asaltó una cólera furiosa contra mí mismo. Un hombre serio y razonable no puede permitirse semejantes alucinaciones.

»Mas ¿era en verdad una alucinación? Busqué el tallo de la rosa. Y lo encontré en seguida recién cortado, en el arbusto, entre otras dos rosas que habían permanecido sobre la rama. Y las rosas que yo había visto con toda claridad eran tres. Entré en mi casa con el alma trastornada. Señores, escuchadme, estoy tranquilo. Yo no creía en lo sobrenatural, aún hoy no creo, mas a partir de aquel momento estuve seguro, tan seguro como lo estoy de la existencia del día y de la noche, de que había cerca de mí un ser invisible que me había visitado, que después me había abandonado, y que ahora regresaba.

»Un poco más tarde tuve la prueba.

»En primer lugar, empezaron a estallar todos los días entre los criados furiosas reyertas por mil motivos en apariencia fútiles, pero llenos de sentido para mí.

»Un vaso, un buen vaso de Venecia, se quebró solo, en pleno día, sobre el aparador del comedor. El ayuda de cámara acusó a la cocinera, y esta a la costurera, y ella no sé a quién.

»Puertas cerradas por la noche aparecían abiertas por la mañana. Todas las noches, en la antecocina, robaban la leche. ¡Ah!

»¿Qué era? ¿Cuál era su naturaleza? Una curiosidad tensa, mezcla de cólera y temor, me tenía día y noche en un estado de extrema agitación.

»Pero una vez más volvió la tranquilidad a la casa, y una vez más creí que todo había sido una pesadilla, cuando ocurrió lo siguiente:

»Era el 20 de julio, a las nueve de la noche. Hacía mucho calor; había dejado mi ventana abierta de par en par, la lámpara encendida sobre la mesa, alumbrando un tomo de Musset abierto en la página de *La Noche de Mayo* y me había reclinado en un gran sillón, donde acabé por dormirme.

»Habré dormido unos cuarenta minutos. De pronto abrí los ojos, despertado por no sé qué sensación confusa y extraña. En el primer momento no vi nada; después, bruscamente, me pareció que una página del libro acababa de volverse por sí sola. Ni un soplo de aire entraba por la ventana. Me sentí sorprendido; esperé. Unos cuatro minutos más tarde vi, sí señores, vi con mis propios ojos cómo otra página giraba y caía sobre la anterior, como si un dedo invisible hojeara el libro. Mi sillón parecía vacío, pero adiviné quién estaba allí. ¡Era él! De un salto atravesé el cuarto para sorprenderlo, para tocarlo, para atraparlo, si era posible… Pero el sillón, antes de que yo llegara, se volcó, como si alguien huyera de mí; la lámpara también cayó y se apagó, quebrándose el tubo; y la ventana, empujada bruscamente como si un malhechor la hubiese aferrado al tratar de salvarse, chocó violentamente contra su marco… ¡Ah!…

»Me lancé sobre la campanilla y la agité. Cuando apareció el ayuda de cámara, le dije: “He derribado todo y he roto varias cosas. Tráigame una luz”.

»Aquella noche ya no pude dormir. Y, sin embargo, aun era posible que hubiese sido juguete de una ilusión. En el despertar, los sentidos permanecen ofuscados. ¿No había sido yo mismo quien derribara el sillón y la lámpara, al precipitarme como un loco a través de la habitación?

»¡No, no era yo! Estaba completamente seguro. Y, sin embargo, habría querido creerlo. Esperad. ¡El Ser! ¿Qué nombre podía darle? El Invisible. No, eso no bastaba. Lo he bautizado el Horla. ¿Por qué? Yo mismo lo ignoro. El Horla, pues, ya no me abandonó. Día y noche tuve la sensación, la certeza de la presencia de ese vecino insaciable, y también la certeza de que se apoderaba de mi vida, hora a hora, minuto a minuto.

»La imposibilidad de verlo me exasperaba. Encendí todas las luces de mi casa, como si aquella claridad pudiese descubrirlo.

»Y por fin lo vi.

»No me creéis. Y sin embargo, lo he visto.

»Yo estaba sentado ante un libro cualquiera, sin leerlo, pero al acecho, con todos mis sentidos sobreexcitados, al acecho de aquel a quien sentía cerca de mí. Sin duda, allí estaba. Pero ¿dónde? ¿Qué hacía? ¿Cómo llegar hasta él?

»Frente a mí, mi cama, una vieja cama de roble con dosel. A la derecha, la chimenea. A la izquierda, la puerta, que yo había cerrado cuidadosamente. Detrás, un gran armario con espejo, que utilizaba todos los días para afeitarme y para vestirme, y en el cual acostumbraba mirarme de la cabeza a los pies cada vez que pasaba delante.

»Pues bien, fingí leer para engañarlo, porque él también me espiaba, y de pronto sentí con total certeza que él leía por encima de mi hombro, que estaba allí, rozándome la oreja.

»Me incorporé y me di vuelta con tanta rapidez que estuve a punto de caer. ¡Y bien…! Se veía todo perfectamente, como en pleno día… ¡y no me vi en el espejo! El espejo estaba vacío, claro, lleno de luz. Mi imagen no se reflejaba… Y yo estaba frente a él… ¡Yo veía el gran cristal, límpido de arriba abajo! Y miraba aquello con ojos enloquecidos, y no osaba avanzar un paso más, sintiendo que él estaba entre nosotros, él, y que se me escaparía una vez más, y que su cuerpo imperceptible había absorbido mi reflejo.

»Sentí terror. Y de pronto comencé a verme en el fondo del espejo, como envuelto en una bruma o cubierto por el agua; y me pareció que ese velo de agua se deslizaba de izquierda a derecha, lentamente, precisando mi imagen segundo tras segundo. Era como el fin de un eclipse. Aquello que me ocultaba no parecía tener contornos netamente definidos; era como una opaca transparencia que se aclarase poco a poco.

»Por fin pude percibir mi imagen por completo, tal como la percibo todos los días al mirarme al espejo.

»Lo había visto. Y aún me estremece el espanto que me produjo.

»Al día siguiente vine aquí, y rogué que me permitieran quedarme.

»Y ahora, señores, termino.

»El Dr. Marrande, después de haber dudado mucho tiempo, se resolvió a efectuar un viaje, él solo, a aquellos lugares.

»Y en este momento, tres de mis vecinos padecen el mismo mal que yo padecí. ¿No es cierto?

—Es cierto —respondió el médico.

—Usted les ha aconsejado que todas las noches dejaran agua y leche en su cuarto, para comprobar si desaparecían. Así lo hicieron. Y esos líquidos, ¿han desaparecido, como en mi casa?

El médico respondió con solemne gravedad:

—Han desaparecido.

—Entonces, señores, un ser, un ser nuevo, que sin duda se multiplicará muy pronto como nosotros nos hemos multiplicado, acaba de aparecer sobre la tierra.

»Ah, ¡sonreís! ¿Por qué? Porque este ser permanece invisible. Pero el ojo humano, señores, es un órgano tan elemental que apenas puede distinguir lo que es indispensable a nuestra existencia. Lo que es demasiado pequeño se le escapa, lo que

es demasiado grande se le escapa, lo que está demasiado lejos se le escapa. Ignora los millones de diminutos seres que viven en una gota de agua. Ignora los habitantes, las plantas y el terreno de los astros vecinos. Ni siquiera ve lo que es transparente.

»Colocad ante él un cristal perfecto; no lo distinguirá y se lanzará contra él, como el pájaro encerrado dentro de una casa que se golpea la cabeza contra los vidrios. Por consiguiente, no ve cuerpos sólidos y transparentes, que, sin embargo, existen; no ve el aire que respiramos, no ve el viento, que es la fuerza más potente de la naturaleza, y derriba a los hombres, abate los edificios, arranca de cuajo los árboles, levanta el mar en montañas de agua que desmoronan los acantilados de granito.

»¿Qué tiene de asombroso que no veamos un ser nuevo, a quien solo falta, sin duda, la propiedad de reflejar los rayos luminosos?

»¿Acaso podéis ver la electricidad? Y, sin embargo, la electricidad existe.

»Ese ser, a quien yo he llamado el Horla, también existe.

»¿Quién es? Señores, es aquel a quien la tierra espera, después del hombre. Es el que viene a destronarnos, a esclavizarnos y someternos, quizá a alimentarse de nosotros, como nosotros nos alimentamos de las vacas y los jabalíes.

»Desde hace siglos es presentido, temido y anunciado. El temor de lo Invisible siempre ha perseguido a nuestros padres.

»Él ha llegado.

»Era de él de quien nos hablaban todas las leyendas de hadas, de gnomos, de vagabundos del aire insaciables y malignos; de él, presentido por el hombre ya inquieto y tembloroso.

»Y cuando vosotros mismos, caballeros, hacéis todas esas cosas que practicáis desde hace algunos años, y que llamáis hipnotismo, sugestión, magnetismo, es a él a quien anunciáis y profetizáis.

»Os digo que ha llegado. Ambula inquieto como los primeros hombres, ignorando aún su fuerza y su potencia, que pronto (demasiado pronto) llegará a conocer.

»Y he aquí, señores, para terminar, un fragmento de un periódico que ha llegado a mi poder, y que procede de Río de Janeiro. Leo: “Una especie de epidemia de locura parece reinar desde hace algún tiempo en la provincia de Sao Paulo. Los habitantes de varias aldeas se han salvado abandonando sus tierras y sus casas, y pretenden haber sido perseguidos por vampiros invisibles que se alimentan de su aliento mientras ellos duermen y que, por lo demás, no beberían otra cosa que agua y, a veces, leche”.

»Y debo agregar que pocos días antes del primer ataque de ese mal al que estuve a punto de sucumbir, recuerdo perfectamente haber visto pasar un gran barco brasileño, de tres palos, con su pabellón desplegado… Os he dicho que mi casa está a orillas del agua… Toda blanca… Sin duda él estaba oculto en ese barco…

»Señores, nada más tengo que decir.

El Dr. Marrande se levantó y murmuró:

—Yo tampoco. No sé si este hombre está loco, o si lo estamos los dos… o si… nuestro sucesor realmente ha llegado.

15
El enfermo
J. F. Sullivan

Los mejores cuentos fantásticos no pertenecen a los autores más famosos (recuérdense las tibias incursiones de Dickens o Walter Scott).

Donde ellos suelen fracasar, escritores más oscuros consiguen a veces dejar por lo menos un relato memorable. Quizá sea este el caso de J. F. SULLIVAN, de quien no hemos podido obtener datos biográficos. Sabemos solamente que «El Enfermo» se publicó por primera vez en 1894, en la revista londinense «Strand Magazine» —la misma que hizo célebre a Sherlock Holmes— y que Dorothy Sayers lo recogió en su antología *Great Short Stories of Detection, Mystery and Horror*.

El único que guardaba silencio en nuestra *table d'hóte* era un hombre muy alto, devorado por la inquietud, que pasaba sin tocarlas la mayoría de las fuentes que se le ofrecían, y jugueteaba con las escasas migajas que comía, como si apenas advirtiera su presencia en el plato. Estaba sentado con el ceño fruncido, dolorosamente preocupado, y a todas luces sumido en sus propios pensamientos. El alemán satisfecho que estaba junto a él, acodado sobre la mesa, mondándose los dientes con una mano y llevándose con la otra a la boca grandes cucharadas de picadillo de carne, se esforzaba, en su bien masticado inglés, por hacerle intervenir en la conversación, pero su flaco interlocutor contestaba solo con monosílabos, o no daba respuesta alguna.

Pero de pronto, mientras el alemán, con numerosos bufidos y gorgoteos, sorbía de su cuchara el helado, cuyo bol descansaba en la palma de su mano —sus codos, por supuesto, estaban siempre encima de la mesa—, el taciturno se volvió hacia él y le dijo:

—Creo que será mejor que empiece a preparar su maleta. De lo contrario, le faltará tiempo cuando llegue el telegrama.

—¿*Telegrama*? —dijo el alemán, en cuya garganta las palabras, el helado y un traga de vino disputaban la supremacía—. *¿Qué telegrama? ¿Cuál telegrama?*

—¡*Oh*! Sus almacenes de Hamburgo, usted sabe… el incendio… —Se interrumpió bruscamente y dijo—: ¡Ah, me olvidaba!… estaba pensando en voz alta,

eso es todo.

El alemán se atoró, tragó saliva, resopló y farfulló más que antes aún, pero su apremiante interrogatorio no obtuvo respuesta de su vecino; y por último, engullendo al mismo tiempo un higo, un trozo de queso, un mendrugo de pan y un sorbo de vino, se arrancó la servilleta del cuello y salió del comedor, tosiendo indignado.

Al día siguiente no vi al hombre delgado. Pero a medianoche me despertaron un ruidoso pataleo y estentóreos gritos que sonaban en los corredores, seguidos de toses y estertores que se apagaron al descender la escalera, y reaparecieron en los escalones del pórtico. Era el alemán, que se marchaba en el tren nocturno. A la mañana siguiente, durante el desayuno, me enteré por el camarero de que el alemán había regresado a Hamburgo después de recibir un telegrama. Al parecer, había mostrado gran inquietud y agitación, y el botones le oyó hablar consigo mismo, muy excitado, de un incendio.

Aquella noche, como quien cumple un deber, me encaminé al Casino; en el peristilo hallé al hombre delgado, que, con los brazos a la espalda, iba y venía muy lentamente; el cigarro que sostenía entre los dientes estaba irremediablemente apagado sin que él lo notara. Lo tiró de súbito y entró apresuradamente en el teatro; pero no parecía oír el concierto, y al cesar la música se incorporó, murmurando:

—¡Vamos a ver cómo pierde sus siete mil libras ese pobre diablo!

Se acercó febril a las mesas y fue rectamente a la segunda de la derecha, donde uno de los jugadores apostaba pequeñas pilas de monedas de oro… veinte pilas en cada tiro. En aquel momento acababa de ganar con la pila más alta, acertando un pleno, y de ese modo había aumentado considerablemente sus anteriores ganancias.

—Yo le aconsejaría que dejase de jugar *ahora* —dijo el hombre delgado, parándose junto a la silla del jugador; pero este se limitó a mirarlo fijamente y siguió distribuyendo sus pilas de monedas en toda la mesa.

—¡Hum! Nadie puede impedírselo, naturalmente —insistió el hombre delgado—. ¡Pero no diga que no le previne!

Salió el cero; y el jugador —que desdeñaba las apuestas menores— perdió todas sus pequeñas pilas; pero siguió jugando: plenos, calles, cuadros, semiplenos; y nuevamente salió el cero, y allá se fueron sus montones de monedas. Entonces el jugador apostó una pila muy alta al cero… y el cero no salió; y así prosiguió hasta que desapareció todo su rimero de monedas, y cambió luego billete tras billete hasta que no le quedó ninguno. Entonces se incorporó lentamente, contempló con furia al hombre delgado, miró al *croupier* más próximo con una sonrisa espectral y desapareció (más tarde supe que había perdido siete mil libras).

El hombre delgado comenzaba a interesarme. Colocó una moneda de cinco francos a *manque*, y ganó; repitió dos veces la apuesta y ganó; apostó dos veces a *passe*, y ganó. Quince o veinte veces jugó a color, a par o impar, y nunca dejó de

ganar. Después apostó al negro las quince o veinte monedas de cinco francos que había ganado, diciéndole a un *croupier*:

—Esta vez perderé —y el negro perdió. Colocó la moneda original en un pleno: el 15. Salió el 15. Dejó sobre la mesa los 175 francos que ganara y apostó su moneda de 5 francos al 9. Salió el 9.

Los demás jugadores habían comenzado a reparar en él. Apostó discretamente al 1; varios lo siguieron y jugaron al mismo número. Salió el l. Dos veces repitió el procedimiento con otros números —y otros lo imitaron—, y esos números ganaron. Los *croupiers* cambiaron miradas y murmuraron unas pocas palabras entre sí. Uno de los *chefs* se levantó de su alta silla y se encaminó hacia el ganador con intención de hablarle; pero el ganador ya no estaba allí. Sus apuestas y ganancias, sin embargo, permanecían sobre la mesa, donde las había dejado. El *chef* recorrió las salas buscando al hombre delgado, pero en ninguna parte pudo hallarle. Yo lo había visto retirarse sosegadamente cuando el *croupier* gritó: «¡Uno!», y salir en silencio de la sala.

A la mañana siguiente, después del desayuno, el hombre delgado estaba fumando un cigarrillo en la terraza del hotel, y una curiosidad irresistible me impulsó a hablarle.

—Debo felicitarlo por la suerte que tuvo anoche —le dije.

—¡Suerte, señor! —replicó el enjuto individuo sin apartar la mirada del pavimento. Su voz era sorda y en extremo dolorosa, desprovista de toda esperanza—. No es suerte, sino mala suerte… ¡condenada mala suerte, señor!

—Ciertamente no pareció dar usted mucha importancia a su éxito, a juzgar por la manera en que abandonó sus apuestas y ganancias. Supongo que sabe usted que ganó una suma considerable, ¿verdad?

—¿Si lo sé? Oh, perfectamente.

—¿Y no llama suerte a eso?

—No le llamo suerte, sencillamente porque no es suerte, y la suerte nada tiene que ver en ello —replicó el hombre delgado, mirándome lúgubremente—. Es certeza, y no otra cosa. Lamento mucho decirlo, pero sé con anticipación qué número va a salir.

—¿Qué? ¿Siempre?

—Siempre, sí… ¡maldito sea! ¡Esa es mi cruz, señor! ¿Cree usted que habría abandonado mi cómodo hogar para venir a mezclarme con un montón de extranjeros charlatanes, si el médico —¡un rayo lo parta!— no me lo hubiese ordenado? ¿Es eso lo que sugiere mi aspecto?

—Bueno, no; debo admitir que no. En todo caso, confío en que su salud se restablecerá rápidamente.

—No lo creo, señor. Cuando uno es lo bastante necio como para contraer alguna

dolencia que los médicos no conocen, es difícil quitársela de encima. No me extrañaría que este malhadado conocimiento del futuro perdurase hasta que…

—¿Conocimiento del futuro? Pero eso no puede considerarse una enfermedad…

—¿Ah, no? ¡Ya lo creo que es una enfermedad, señor! Es anormal, ¿verdad? Bueno, lo que es anormal es una enfermedad, ¿cierto?

—Pero —dije yo—, ¿no le parece una enfermedad extraordinariamente inusitada?

—Por supuesto —replicó el hombre delgado—, y eso empeora las cosas.

—Pero ¿cuál es su origen?

—¿Cuál había de ser? Esa dolencia elegante, que hoy está tan de moda: el agotamiento nervioso. Exceso de trabajo, señor, que trae por consecuencia una sobreexcitación de los tejidos cerebrales… esa es la jerga del caso. Le digo que es una enfermedad, señor; supongo que los antiguos profetas la padecieron; de todas maneras, yo la padezco, y le aseguro que no me gusta nada. Vine aquí para ver si el cambio de aire me sanaba.

—Le ruego que me perdone —dije—, pero su caso es tan peculiar e interesante, que me veo obligado a preguntarle cuáles fueron las primeras manifestaciones del mal.

—¡Oh! Lo de siempre: me sentía cansado y deprimido… no podía dormir… carecía de energía… me era imposible fijar las ideas. Un día, de pronto, cuando alguien me preguntó si creía que iba a durar el buen tiempo, respondí, con gran sorpresa de mi parte: «No, mañana a las tres de la tarde comenzará a llover y seguirá lloviendo toda la noche». Yo sabía que ocurriría así, señor; y cuando mi pronóstico se cumplió, me asaltaron muy diversos sentimientos.

»En el primer momento me sentí sorprendido, luego asustado, después satisfecho; pero al fin prevaleció el miedo. No era una sensación agradable, señor; procuré convencerme de que no era más que una fantasía; pero las cosas pasaban como yo las preveía, y me vi obligado a creer.

»Pues bien, señor, supongo que usted pensará:

»“¡Qué maravilloso, tener un poder semejante! ¡Qué ventaja magnífica!”. Pero ¿lo es realmente? Créame, señor, su opinión sería otra si estuviera en mi lugar. ¡Ventaja, señor! ¿Le parece una ventaja prever todas las cosas desdichadas y horribles que le van a ocurrir a uno dentro de varios años, quizá, y aguardarlas y pensar continuamente en ellas hasta que ocurran? Es malo recordar una pasada desdicha cuando sus consecuencias aún persisten, pero muchísimo peor es verla anticipadamente, ¡verla crecer y crecer como un tren expreso que avanza desde lejos para aplastarlo a uno como una mosca!

»¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Que esa enfermedad tiene ciertas ventajas prácticas? Pero ¿de qué sirven, señor, cuando uno sabe todo lo que va a pasarle? Yo no quiero riquezas, señor; si las tuviera, no sabría qué hacer con ellas. Tengo lo suficiente para

satisfacer todas mis necesidades: y tampoco quiero poder, señor, ni influencia; quiero estar tranquilo y vivir la vida, ¿y cómo diablos puede estar tranquilo y vivir la vida un hombre afligido por el don de la profecía? Le aseguro que mi conocimiento del futuro es como una pesadilla; y me torna maligno y vengativo; la única aplicación interesante que hallo a mi dolencia es preocupar a la gente hasta hacerle perder el seso. Usted, señor, por ejemplo, se sentiría muy incómodo —y es poco decir— si yo le contara lo que va a sucederle dentro de unos tres años. Pero de eso le haré gracia; y ya tiene motivo para estarme muy agradecido.

Traté de sonreír con divertida incredulidad, pero no pude lograrlo. Ladeé levemente mi sombrero e hice dar un alegre brinco a mi cigarro, para demostrar mi indiferencia; pero pronto volví a enderezar aquel, y permití que el cigarro volviera a su seria posición acostumbrada. Di la espalda al hombre delgado y entré en la sala de lectura; tomé un ejemplar del Galignami, y me senté; y tardé cinco minutos en comprender que sostenía el periódico al revés.

Entonces me levanté abruptamente, me dirigí de nuevo hacia el hombre delgado, y mirándolo con fijeza le dije:

—Le agradeceré que me diga… —pero al llegar a la última palabra mi voz pareció a punto de extinguirse, y concluí de este modo—:… la hora.

El hombre delgado sonrió de un modo mefistofélico: sabía perfectamente que yo no había ido a preguntarle la hora. Con súbita y violenta resolución de no hacer el tonto, comencé a hablar una vez más sobre lo ocurrido en la mesa de ruleta.

—La gente del Casino —dije— estará intrigada.

—Sí —contestó—. ¡Los administradores se están ocupando en el asunto, y parecen bastante inquietos! Uno de ellos vendrá a visitarme esta tarde para traerme un cheque por el importe de mis ganancias y preguntarme qué pienso hacer. Por supuesto, han comprendido que puedo arruinarlos si me lo propongo; pero mi conducta los ha desconcertado. Anoche, con solo quererlo, habría podido hacer saltar la banca en todas las mesas… pero no es ese mi propósito. Quiero fastidiarlos. Si es usted un hombre curioso, le invito a presenciar la entrevista.

Acepté ansiosamente… Cualquier cosa, con tal de distraerme. Después del almuerzo acompañé al hombre delgado a su cuarto y quince minutos más tarde vino el camarero para anunciar que un caballero deseaba hablarle.

—Hágalo subir —dijo. El visitante entró.

—¿Usted está ansioso… muy ansioso por conversar conmigo? —dijo el hombre delgado sentándose cómodamente en su sillón—. Le escucho, pues; mi amigo, aquí presente, no nos estorba; puede hablar libremente en su presencia.

El visitante titubeó, y por fin dijo:

—He traído a *Monsieur* las ganancias que olvidó anoche en la mesa. Este cheque…

—¡Ah, muchas gracias! —dijo el hombre delgado—, pero en este momento no lo necesito. Si quiere usted guardármelo… o, mejor aún, destinarlo a beneficio de los pobres de los alrededores… ¿eh?

El alto empleado del Casino parecía azorado y se pasaba los dedos por la barba. Hubo un silencio, embarazoso para el funcionario; el hombre delgado, en cambio, se esforzaba por reprimir una sonrisa.

—¿*Monsieur* se propone quedarse mucho tiempo en Montecarlo? —preguntó el alto empleado, muy incómodo.

—Pues… Aún no lo he decidido, en realidad —repuso alegremente el hombre delgado.

—¡Ah! Entonces… ¿*Monsieur* se propone hacernos el honor de visitar nuevamente nuestras mesas?

—Bueno, tampoco me he trazado ningún plan sobre ese particular.

El alto empleado seguía acariciándose la barba con los dedos, desolado; la expresión de ansiedad de su rostro era evidente y dolorosa. Miró primero al hombre delgado y después a mí.

—*Monsieur* podría… este… ¿quizá estaría dispuesto a aceptar un pequeño convenio con respecto a su partida? —dijo por fin y con voz un tanto ronca—. La administración siempre es liberal y…

—Oh, no necesito dinero —respondió jovialmente el hombre delgado—. Ya lo habrán adivinado ustedes anoche, cuando abandoné mis ganancias.

—¡Eso es cierto, a fe mía! —dijo el funcionario—. Pero la verdad es que… *Monsieur* parece gozar de muy buena estrella… una *chance* extraordinaria…

—Suerte, quiere decir usted, por supuesto. Pero no se trata de suerte, mi querido señor; es, simplemente, conocimiento del futuro… Eso es todo. ¿Quiere tener la bondad de clavar la mirada en la esquina de esa casa de la costanera? Yo le diré quiénes van a pasar por ahí antes de que aparezcan. Un hombre gordo con abrigo pardo… ahí lo tiene usted; tres señoras y un perrito… ahí están; un policía y un gendarme, llevando un paquete blanco; un perro blanco; ahora pasará una mujer con una gran cesta.

No había la menor posibilidad de que el hombre delgado pudiera ver a los peatones antes de que aparecieran por detrás de la casa. El alto empleado del Casino palideció y se rascó la nariz.

—Ya ve usted —prosiguió el hombre delgado— que no es «suerte». ¡Diablos, ojalá lo fuese! Bueno, quizá se le haya ocurrido a usted que puedo predecir cada uno de los lances de las salas de juego —clavaba los ojos centelleantes en el funcionario (cuyo rostro parecía más alargado por la consternación que reflejaba), y parecía sonreír interiormente mientras hablaba—, que puedo comunicar ese conocimiento a otros… a todos los concurrentes a las salas de juego… ¿no es así? Podría hacer saltar

la banca de todas las mesas, todos los días, hasta que ustedes se vieran obligados a cerrar el negocio; piense en eso, mi querido señor… ¡cállese! Podría barrer con todo, sin más trámite; ¡saque usted la cuenta! ¿O ya lo ha hecho?

Era indudable que el alto empleado lo había hecho; estaba mortalmente pálido, y sus ojos parecían los de un loco; el hombre delgado, entretanto, sonreía alegremente, erguido en su silla, y no le quitaba la mirada de encima.

—Pero… indudablemente… *Monsieur*… *mon Dieu*… ¿*Monsieur* es tan duro de corazón como para trazarse un plan tan terrible? ¿Hemos ofendido a *Monsieur* de algún modo? Estamos a las órdenes de *Monsieur*. Cualquier cosa que podamos hacer para serle gratos… cualquier cosa… ¡estamos a su disposición! ¿*Monsieur* querría aceptar una participación en la empresa… una participación muy grande? ¿Una cuarta parte… la mitad? ¿*Monsieur* nos hará el honor de integrar la administración?

El hombre delgado sonrió suavemente.

—¡Oh, cielos, no! —dijo, complacido—. No tengo ambiciones en ese sentido. Realmente, aún no tengo un plan definido. Quizá me divierta en las mesas —el alto empleado hizo una mueca, y sus dientes castañetearon—, quizá nunca vuelva a entrar allí. Solo Dios lo sabe.

—Pero, por lo menos, ¿*Monsieur* me hará su promesa de abstenerse de comunicar sus terribles predicciones a otras personas… a la multitud? ¿Tendrá la bondad de prometerme que…?

—Oh, en realidad no puedo prometerle nada. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Pero, reflexione usted… Usted no nos odia, ¿verdad, *Monsieur*?

—Oh, no, Dios mío —dijo, muy satisfecho, el hombre delgado—. En absoluto. Ustedes me han entretenido gratuitamente con espléndidos conciertos y cosas parecidas. La administración me inspira simpatía. Cualquier cosa que yo haga, tendrá el único propósito de divertirme… Claro está que las consecuencias *pueden* ser desastrosas para ustedes, aunque con esto no quiero decir que forzosamente han de serlo, ¿me comprende?

El alto empleado se levantó, pálido y azorado. Se pasó la mano por la frente, húmeda de transpiración. Se encaminó a la puerta, titubeó, volvióse, después hizo una reverencia y salió lentamente.

—La cosa atormentará a esta gente, ¿sabe usted? Estarán terriblemente preocupados, ¿verdad? Eso es lo que quiero; los dejaré perplejos… ¿comprende? Seré una espada suspendida sobre su cabeza; ¡estarán siempre temblando de miedo a que yo aparezca, a que organice una empresa para informar a los jugadores, cuáles son los números que van a ganar!

En su rostro consumido se dibujó una sonrisa. Luego añadió:

—A decir verdad, me iré esta noche; pero le diré al gerente del hotel que tal vez regrese muy pronto; ¡*ellos* lo sabrán, y se divertirán mucho!

Aquella noche no pude cenar; después, no logré mantener mi pipa encendida; tampoco me fue posible oír el concierto del Casino; las palabras del hombre delgado, «De eso le haré gracia, y ya tiene motivo para estarme agradecido», zumbaban en mi cabeza, hasta que al fin me sentí mareado. Tres o cuatro veces me dirigí a su puerta para buscarlo y suplicarle me dijera en seguida qué era lo que me iba a ocurrir; pero no pude juntar valor para oírlo. Lo detestaba; eso, sin embargo, no remediaba nada. Por la noche se iría… ¿y yo lo dejaría ir, llevándose el secreto, para no verlo acaso nunca más? Entonces me dije: «¡No seas necio! ¡Haz de cuenta que todo esto es una estúpida impostura o un sueño!», y me desvestí y acosté; pero inmediatamente torné a levantarme y a vestirme. Él viajaría hacia el oeste, en el tren nocturno. Bajé, pagué la cuenta y ordené que cargaran mi equipaje en el ómnibus que combinaba con aquel tren.

Sonrió nuevamente cuando me vio subir al ómnibus, y dijo:

—Ha resuelto partir en forma muy inesperada, ¿verdad? Espero que no haya recibido ninguna mala noticia.

En el tren abrí veinte veces la boca para preguntarle qué me ocurriría de allí a tres años, y por fin la pregunta brotó tumultuosa de mis labios.

—Oh… ¿eso? —dijo—. ¿Aún no ha olvidado esas palabras lanzadas al azar? Oh, vamos, hay que olvidarlas; no nos preocupemos por eso. ¡Ya lo sabrá a su debido tiempo, se lo aseguro! —Sonrió y meneó varias veces la cabeza—. Ahora le diré lo que pienso hacer yo. Esto lo divertirá. En París hay un multimillonario norteamericano que se ha embarcado en tremendas operaciones financieras… Ha invertido todo su caudal en cierta especulación.

»Supe esta noticia por una carta de un amigo mío que vive en París. El conocimiento de lo que sucede alrededor de mí en el presente solo me llega por las vías ordinarias; esta maldita enfermedad mía solo me permite ver el futuro… ¡condenada sea! Pues bien, preveo que esa operación rematará en el más espantoso desastre, a menos que el norteamericano siga determinado curso de acción; y yo le diré esto, pero no le diré cuáles son las providencias que debe adoptar… ¿comprende? ¡Le haré salir canas verdes!

—¡Realmente es usted muy vengativo! —exclamé a pesar mío.

Toda su expresión cambió de pronto. Pareció desfigurarse, víctima de un terror invencible.

—Hace aproximadamente dos meses —dijo— la anticipación de lo que me ocurrirá dentro de siete años entró en mi espíritu por primera vez, como un dardo. Lo que me espera es más terrible de lo que jamás hubiera imaginado… ¡y ocurrirá! Tanto he pensado en ello estos dos últimos meses, que por momentos me pregunto si no estoy loco. Antes de esta terrible enfermedad, yo era un hombre robusto… ¡Míreme ahora!

»Esta presciencia me ha agriado, me ha corroído. Suelo pasarme despierto la noche entera, meditando en lo que vendrá, hasta que a veces cedo al impulso de gritar.

»Me he tornado maligno: mi única diversión es hacer sufrir a los demás un poco de lo que yo sufro. Recurro a ese entretenimiento para no pensar en mi propia angustia. Ahí tiene usted su caso, por ejemplo… eso que le ocurrirá a usted dentro de tres años, el 19 de marzo… No lo olvide… ¡el 19 de marzo! No es tan horrible como mi propio destino… ¡pero, en conciencia, mi querido señor, es lo bastante atroz como para estremecerse! No puede usted evitarlo, es indudable que ocurrirá… pero ¡vamos!, es una de esas cosas en las que más vale no insistir; olvidémosla, pues, y pasemos a otro asunto. Vea usted a ese jefe de estación, ahí parado: dentro de tres semanas le sucederá algo muy agradable; en realidad, me gustaría bajar y decírselo todo, pero no hablo muy bien el francés. Bueno, bueno, ahora lamento no saberlo; ¡qué desventaja tan grande es no saber hablar un idioma!

Dejé que siguiera parloteando, pero sin oír lo que decía. ¿Debía negarme a conocer mi destino, descender en la primera estación y escapar precipitadamente? ¿O suplicarle que me lo dijera por el amor de Dios? ¿O quizá obligarlo a que me lo revelara, amenazando matarlo a menos que…? ¡Bah! Él sabía que yo no podía matarlo; sabía que le quedaban siete años de vida, por lo menos… hasta que le sobreviniera aquella calamidad.

Decidí, pues, mantenerme en contacto con él; viajar con él a París, y no perderlo nunca de vista; y en Marsella nos alojamos en el mismo hotel. Le oí decir al camarero que pensaba marcharse en el tren de la noche siguiente: pero al otro día descubrí que se había ido en el tren de la mañana. Tomé el primer tren a París, y recurrí a todos los planes imaginables para encontrarlo; durante tres semanas le seguí la pista; después la perdí.

¡De manera, pues, que allá estaba ese 19 de marzo, para el que solo faltaban tres años, suspendido sobre mí! Luché duramente por apartar la idea de mi espíritu, ocupándome en toda clase de cosas; pero el recuerdo volvía a intervalos con tanta fuerza que durante semanas enteras no lograba conciliar el sueño por las noches. Comencé a encanecer prematuramente, y mi cara se tornó descolorida y surcada de arrugas.

Mis amigos me dijeron que presentaba un aspecto lamentable; y mi invencible melancolía los apartaba de mi lado.

Un día viajaba en el Ferrocarril del Distrito, frente a frente con el único ocupante del coche. Era un hombre regordete, de aspecto satisfecho; tenía un aire que me pareció familiar. De pronto comenzó a mirarme con fijeza; después una expresión de gran angustia mental pasó por su rostro.

—¿Estuvo usted alguna vez en Montecarlo? —preguntó.

Una convicción crecía en mi espíritu.

—Sí —repliqué—, ¡infortunadamente para mí!

Colocó nerviosamente su mano sobre la mía; parecía muy apiadado.

—¿En marzo… hace dos años? —preguntó.

—Sí… ¡maldito sea el día!

—¿Me conoce usted? —preguntó con voz temblorosa.

—Sí —respondí, casi a gritos, incorporándome—. Usted es el monstruo que… ¿Me dirá *ahora* lo que va a ocurrirme dentro de un año… el 19 de marzo?

Guardó silencio; se pasó la mano por la frente, como esforzándose ahincadamente por recordar; y después me miró de un modo tan indefenso, tan lleno de remordimiento, tan suplicante, que sentí que mi expresión de odio mortal se mitigaba y mis puños cerrados se abrían. Volvió a poner su mano sobre la mía, y dijo con voz desfalleciente:

—No puedo recordar nada, *ninguna* de las cosas que preví durante mi enfermedad. Al regresar a Londres, mi mente curó de su estado anormal, y todo el futuro se desvaneció. Recuerdo que predije algo que le ocurriría a usted en alguna fecha dada, pero eso es todo.

Me miró y se estremeció; no era necesario que me dijese cuán cambiado me encontraba.

—¡Haga la prueba! —dije roncamente.

Una vez más trató de recordar… pero en vano. De pronto se me ocurrió que ahora había llegado mi oportunidad de vengarme; evidentemente había olvidado que a él también le aguardaba un horrible destino de allí a cinco años. Sonreí interiormente, con demoníaco placer, y comencé a elegir las palabras con que le recordaría la futura catástrofe… pero él seguía mirándome con aquel derrotado gesto de arrepentimiento y piedad; y me fue imposible decírselo. Se cubrió el rostro con las manos, y las lágrimas corrieron por entre sus dedos. Yo guardaba silencio.

—¿Por qué no me mata? —dijo.

Más tarde, animándose súbitamente, añadió:

—Quizá esa visión del futuro no era más que una fantasía… ¡una simple alucinación mental! Seguramente… ¡es imposible que haya sido otra cosa!

—¿Recuerda usted los números de la mesa de ruleta? —dije—. ¿Y la gente que pasaba por la rambla? ¿Y el telegrama del alemán?

—Haré lo posible por recordar —dijo—. Día y noche trataré de recordar. Aquí tiene mi dirección… Venga a quedarse conmigo; de ese modo, si en algún momento surge el recuerdo, estará usted cerca para oírlo. ¡Qué demonio debo de haber sido por aquella época…! Quisiera saber por qué. ¿Qué pudo cambiarme de ese modo? ¡Eso era ajeno a mi naturaleza!

Aquella era mi oportunidad para iluminarlo; pero guardé silencio.

Hace un año que trata de recordar, incesantemente. Está otra vez devorado por la inquietud, casi tanto como cuando lo conocí.

Los tres últimos meses he permanecido constantemente a su lado, escrutando su rostro para descubrir la primera vislumbre del recuerdo; pero en vano. Una y otra vez, en mis momentos de horror, he estado a punto de decirle cuál es el destino que a él le aguarda, dentro de cuatro años… pero no lo he hecho. A veces me siento medio loco. Estoy muy enfermo y me he convertido en un anciano de treinta y cuatro años. Él está sentado, junto a mí, sosteniéndome la mano, y me lee un libro.

De tanto en tanto lo recorre un estremecimiento, deja de leer, se pasa la mano por el entrecejo fruncido. El sol se pone en un banco de nubes. Hoy es el 18 de marzo.

16
El anticipador
Morley Roberts

MORLEY ROBERTS nació en Londres en 1857, murió en 1942. Sus andanzas en distintos lugares del mundo —fue *cowboy* en los Estados Unidos, obrero ferroviario, marinero en muchos mares— le dieron tema para un libro de reminiscencias: *The Western Avernus* (1887). Publicó también numerosas novelas, cuentos y obras teatrales.

—Admitiré, desde luego, que no se trata de un plagio —dijo ferozmente Carter Esplan—; será el destino, el demonio, pero ¿es menos irritante por eso? ¡No, no!

Y se pasó la mano por el cabello hasta erizarlo. Lo agitaba una febril excitación; una mancha roja ardía en cada una de sus mejillas; se mordía el labio tembloroso.

—¡Maldito Burford, sus padres y sus ascendientes! Las herramientas, para quien sabe manejarlas —añadió después de una pausa durante la cual su amigo Vincent lo estudió con curiosidad.

—La culpa es tuya, mi querido salvaje —dijo Vincent—. Eres demasiado indolente. Recuerda, además, que esas cosas (esas ideas, esos motivos) están en el aire. La originalidad no es más que el arte de atrapar tempranas larvas. ¿Por qué no escribes las cosas apenas las inventas?

—Hablas como un burgués, como un viajante de comercio —repuso Esplan, disgustado—. ¿Por qué un manzano no da manzanas apenas fecundadas sus llores? ¿A qué esperar el estío y las influencias del viento y el cielo? ¿Por qué no salen polluelos de huevos recién puestos? ¿Acaso el parto sigue inmediatamente a la concepción? ¿Y no sufrió dolores la montaña para dar a luz un ratón? ¿Y por ventura…?

—¿… y por ventura, no exigirán tus obras de genio una parte de la eternidad a que están destinadas?

—¡Tontería! —gruñó Esplan—, pero tú conoces mi método. Yo capto la sugerencia, el flotante vilano del pensamiento, tal vez el título; y luego lo dejo, quizá sin tomar una nota; lo dejo al cerebro, a la conciencia subliminar, al yo subconsciente. El cuento crece en la oscuridad del alma interior, perpetua e insomne. Quizá lo rechace el tribunal artístico que en ella tiene su sede; quizá lo relegue. Yo, el yo exterior, insignificante envoltorio de tendencias hereditarias, nada sé de él, pero un día tomo la pluma y mi mano lo escribe. Este es el automatismo del arte, y yo… yo

no soy nada, soy apenas la última de las individualidades ocultas en mí. ¡Quizá un tácito antecesor llega por mí a la palabra, y sin embargo el Complejo Yo Esplan tiene que ser anticipado en esa forma!

Se incorporó y midió con pasos irregulares el largo salón de fumar del club. Era evidente que sus nervios estaban tensos y el desorden imperaba en su espíritu. Pero Vincent, que era médico, veía más hondo. Esplan, en efecto, hablaba espasmódicamente y a veces no acertaba con la palabra justa, lo que revelaba una perturbación de los centros del habla.

«¿Será la morfina? —pensó—. ¿La estará tomando nuevamente, y hoy le ha faltado su dosis?». Pero Esplan estalló una vez más.

—No me importaría tanto si Burford escribiera bien, pero no sabe escribir un cuento. Mira esa última historia mía… es decir, suya. Yo la veía como una criatura impetuosa y palpitante, que vibraba y cantaba, una verdadera Ménade, llena de sangre roja. En sus manos, ni siquiera nació muerta; está diciendo a gritos que es un muñeco, pierde el aserrín, se mueve como un maniquí, huele de lejos a cosa fabricada. Mas ahora ya no puedo escribir ese cuento. Lo ha arruinado para siempre. Es la tercera vez. ¡Maldito sea, y maldita mi suerte! Yo trabajo cuando siento la necesidad de crear.

—Tomas muy en serio tu vocación —dijo Vincent perezosamente—. Al fin y al cabo, ¿qué importa? ¿Qué son los cuentos? ¿No son un opio para la vida de los cobardes? Preferiría inventar algún pequeño instrumento, o construir un puente de tablas sobre un arroyo fangoso, antes que escribir el mejor cuento del mundo.

Esplan se encaró con él.

—Bueno, bueno —dijo casi a gritos—, el hombre que inventó el cloroformo fue grande, y quienes lo fabrican son útiles. Lo que hacemos nosotros llámalo cloral, morfina, bromuro; lo que quieras, pero damos alivio.

—Cuando sería mejor usar vejigatorios…

—¡Qué estupidez! —contestó Esplan con dureza—. En todo caso, tu charla es ociosa. Yo soy yo, los escritores son escritores… pequeños, si quieres, pero un resultado y una fuerza. Déjame descansar. No hables de tonterías ideales.

Pidió brandy. Después de beberlo, su aspecto cambió un poco. Sonrió.

—Acaso no vuelva a suceder. Si sucede, creeré que Burford se obstina en cruzarse en mi camino. Tendré que…

—¿Eliminarlo? —preguntó Vincent.

—No. Trabajar más rápido. Pronto escribiré algo. Algo que indudablemente le encantaría echar a perder.

La conversación cambió y poco después los amigos se separaron. Esplan se dirigió a su departamento de Bloomsbury. Durante algunos minutos caminó ociosamente por la sala, pero luego sintió en el cerebro el impulso de escribir. Le

escocían los dedos, un estado de ánimo semiautomático se apoderaba de él. Se sentó y escribió, primero lentamente, después más rápido, y por último con furia.

Eran las tres de la tarde cuando empezó a trabajar. A las diez seguía sentado ante el escritorio, poblado por las cenizas de innumerables pipas. A intervalos se alisaba con las manos húmedas los cabellos erizados. Sus ojos cambiaban como ópalos: a veces centelleaban y casi ardían, a veces se volvían opacos. Él mismo cambiaba con cada frase; pronunciaba en alta voz lo que escribía; cada pensamiento se reflejaba en su rostro pálido y móvil. Reía y gemía. En el punto culminante de su narración, le corrieron lágrimas por la cara y borraron el ya indescifrable manuscrito. Pero a las once se levantó, rígido y tambaleante. Con dificultad recogió del piso las páginas sin numerar, y las ordenó. Después se desplomó en su asiento.

—¡Es bueno, es bueno! —decía, sonriendo—. ¡Qué extraño demonio soy! Mis callados antecesores reviven fantásticamente en mí. Es extraño, infernalmente extraño. El hombre no es más que un micrófono, y loco por añadidura. ¿Cuánto tiempo estuve madurando esto que acabo de escribir? El cuento es viejo y al mismo tiempo nuevo. Se lo mandaré a Gibbon. A él le gustará. Pequeña bestia, pequeño horror, pequeño cerdo, con un divino anillo de oro de inteligencia crítica en el sucio hocico.

Bebió medio vaso de whisky y se echó en la cama. Su imaginación corría alocadamente.

—Mi ego está un poco fisurado —dijo—. Debo cuidarme.

Y antes de dormirse pronunció conscientes tonterías. Ideas incongruentes se eslabonaban en su cerebro; se burló de la necedad de su imaginación, y sin embargo tenía miedo. Por fin tomó morfina en una dosis tan grande, que le afectó el nervio óptico. Relámpagos subjetivos brillaron en la oscuridad de su cuarto. Soñó con un Burford gigantesco y brutal, que usaba un gran diamante en la pechera de la camisa.

—Comprado merced a la transmisión de mis pensamientos —dijo. Pero al mirarse advirtió que él tenía una joya al más grande, y pronto su alma se disolvió en la contemplación de sus rayos, hasta que su conciencia fue disipada por una divina absorción en el Nirvana de la Luz.

Cuando despertó, al día siguiente, era ya avanzada la tarde. Estaba destrozado por el trabajo de la víspera, y aunque mucho menos irritable, caminaba con inseguridad. La molestia de mandar su cuento a Gibbon le resultó casi insuperable; pero lo envió, y después tomó un taxímetro que lo llevó a su club, donde permaneció varias horas, casi en estado comatoso.

Dos días más tarde recibió una nota del jefe de redacción. Le devolvía su cuento. Era bueno, pero…

«Hace varias semanas Burford me envió otro con el mismo tema, y lo acepté».

Esplan golpeó contra la repisa de la chimenea su mano delgada y blanca,

haciéndola sangrar. Aquella noche se embriagó con champaña. El espumoso vino pareció corroer, morder y retorcer hasta el último nervio y la última célula de su cerebro. Su irritabilidad se volvió tan extrema que se quedó al acecho de sutiles e imaginarias ofensas, y meditó mórbidamente sobre el aspecto de inocentes desconocidos. Pagó al camarero el doble de lo que había consumido, no porque lo mereciera especialmente, sino porque comprendió que la menor señal de descontento por parte de aquel hombre podría originar en él un estallido de irreprimible cólera.

Al día siguiente se encontró con Burford en Piccadilly, y pasó junto a él sin saludarlo, con una amarga sonrisa.

—No me atrevo a dirigirle la palabra —murmuró—. ¡No me atrevo…!

Y Burford, que no alcanzaba a comprender, se sintió ultrajado. Él mismo odiaba a Esplan con el odio de un rival que se siente desplazado y aventajado. Sabía que su trabajo carecía de la diabólica precisión de Esplan… de la frase brillante, el toque justo de color, el certero impulso que culmina en el final perfecto, la convicción amarga y exacta, el conocimiento de los hombres que proviene de la herencia, la exaltada experiencia que alega intuiciones recibidas. Era, bien lo sabía, un exitoso fracaso, y su ambición superaba a la de Esplan. Trepador, voraz y presumido, su vacuidad era notoria aun antes de que Esplan la pusiera de relieve con la seguridad de su estilo.

—Él toma lo que yo hago y lo hace mejor —repetíase Burford—. Tiene mala intención.

Y cuando Esplan publicó su último cuento, y el mundo recordó —para olvidarla en seguida a la luz deslumbrante de esas páginas magistrales— la fría pasta del *bibelot* de Burford, este sintió que el odio crecía en su interior. Pero se contuvo momentáneamente y siguió su camino pequeño y laborioso.

El éxito del cuento y el amargo eclipse de Burford ayudaron mucho a Esplan, quien tal vez se habría recobrado, de no mediar otras influencias nocivas para su vida. Entre ellas la muerte de cierta mujer, cuya amistad con él nadie conocía. Esplan se aferró a la morfina, que, a medida que aumentaban las dosis, lo conduciría al desastre.

Y en efecto, el desastre se produjo, por fin. Burford hizo publicar dos cuentos, muy superiores a lo que acostumbraba escribir, en una revista que hasta ese momento había sido territorio exclusivo de Esplan. Eran los mismos temas que Esplan acababa de imaginar y estaba a punto de escribir. El escozor de este último golpe lo sacó de quicio: pensó en el asesinato; lo planeó con brutalidad, después con sutileza, y llegó a sentirse dominado por la idea, hasta que su vida se trocó en la flor de ese motivo insano. El hecho de que un comentarista señalara la estrecha afinidad entre la obra de los dos escritores y, exaltando el genio de Esplan, colocara al uno por encima de toda crítica y al otro por debajo de todo elogio, no modificó en nada la situación.

Pero la amarga exactitud de la crítica enloqueció a Burford. Castañeteando los dientes, detestando su propio trabajo, odió aun más al hombre que había pulverizado su presunción. Sentía deseos de destruir. ¿Cómo hacerlo?

Esplan llevaba una vida subracional. Era un maniático homicida, con una víctima preseñalada. Concebía y escribía planes. Sus cuentos eran variaciones sobre el asesinato. Imaginaba medios de ejecutarlo, los buscaba en otros libros. A veces corría el peligro de creer que ya había cometido el crimen. En un momento de locura estuvo a punto de entregarse a la policía por ese asesinato anticipado. Así ardía y se consumía su imaginación ante el sendero que se había trazado.

—Lo haré, lo haré —murmuraba, y en el club los hombres hablaban de él.

—Mañana —dijo, pero después lo postergó. Debía planearlo con arte. Lo dejó para que germinase en su fértil cerebro. Y por fin, cuando ya había empezado a escribirlo, la acción, iluminada por extrañas circunstancias, fue creciendo ante él. Ese asesinato despertaría un mundo de resplandores, inaugurando una época en la historia del crimen. Aun cuando el rojo planeta se viera convulsionado por las guerras, aun entonces los demás querrían oír esa historia increíble y verdadera, penetrar en ella, dilucidar el método y el crecimiento de los medios y el motivo. Sonreía solo en la calle, y reía con risa aguda en su cuarto de fugaces visiones. Por la noche transitaba las solitarias callejuelas próximas, ponderando con ansia el borbollón de sus encontrados pensamientos; y apoyado en las rejas de frondosos jardines, veía fantasmas en las sombras de la luna y los invitaba a conversar. Se convirtió en un pájaro nocturno. Era raro verlo.

—Mañana —dijo por último. Mañana daría el primer paso. Se frotó las manos y soltó a reír, ya cerca de su casa, en una plaza solitaria, al tramar los últimos detalles sutiles que su imaginación multiplicaba.

—¡Está bien, basta, basta! —gritó a su fantasía enloquecida, segregada de él—. Ya está hecho.

Y las sombras que lo rodeaban eran muy oscuras. Se volvió en dirección a su casa.

Entonces le llegó la inmortalidad con extraño aparato. Le pareció que su alma ardiente y oprimida estallaba en su angosto cerebro chispeando maravillosamente. Hubo alrededor un diluvio de luces, relámpagos en un cielo rosado, un espantoso trueno. El firmamento se abrió en un blanquísimo resplandor. Vio cosas inimaginables. Giró sobre sí mismo, se llevó la mano a la cabeza herida y cayó pesadamente en un charco de su propia sangre.

Y el Anticipador, aterrorizado, huyó por una callejuela.

Notas

[1] Llámanse así, en Rusia, los religiosos de avanzada edad. <<